

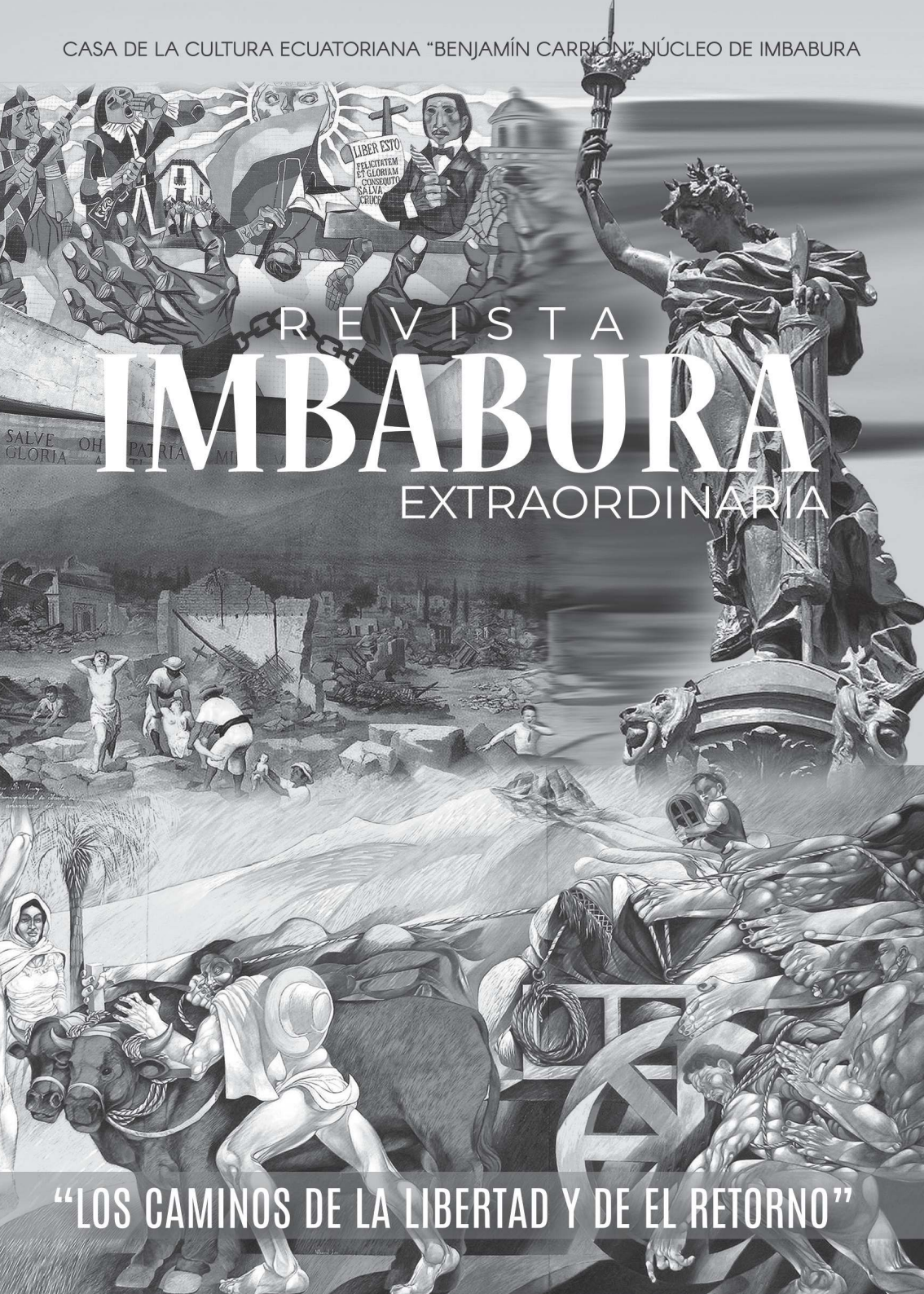
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA



REVISTA
IMBABURA
EXTRAORDINARIA

“LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD Y DE EL RETORNO”

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN", NÚCLEO DE IMBABURA



REVISTA
IMBABURA
EXTRAORDINARIA

“LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD Y DE EL RETORNO”

**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”
Núcleo de Imbabura**

Luis Fernando Revelo
DIRECTOR

© **REVISTA IMBABURA, EXTRAORDINARIA XXIX**
“LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD Y DE EL RETORNO”

Diseño: Julio Flores Ruiz
Fotografías: CCE, Imbabura, autores y Google.

1ª edición, 25 de febrero de 2022
Impresión Studio21
Quito-Ecuador



**CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
“BENJAMÍN CARRIÓN” NÚCLEO DE IMBABURA**

**DIRECTORIO DE LA CCE,
NÚCLEO DE IMBABURA 2021-2025**

MSc. Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

VOCALES PRINCIPALES:

Lic. Consuelo Terán de Suárez
Dr. Germánico Guevara Cueva

VOCALES SUPLENTES:

Lic. Elizabeth Mafla Andrade
A.P. Oliverio Corrales Rivera

Lic. Mercedes Basantes S.
SECRETARIA

COMITÉ EDITORIAL REVISTA IMBABURA

Prof. Marcelo Valdospinos Rubio
Ing. Hernán Jaramillo Cisneros
Dr. José Albuja Chaves

MIEMBROS FUNDADORES

Prof. Juan Francisco Leoro Vásquez	Prof. Pedro Pablo Pérez Torres
Dr. Francisco H. Moncayo Parreño	Prof. José Miguel Leoro Vásquez
Dr. Hugo Guzmán Lara	Prof. Alfredo Albuja Galindo
Dr. Modesto A. Carcelén	Rvdo. Reginaldo M. Arízaga
Dr. Carlos Suárez Veintimilla	Dr. Tarquino Páez Zambrano
Mons. Elías Liborio Madera Negrete	Prof. Roberto Morales Almeida
Dr. Joaquín Sandoval Monge	Prof. Miguel Ángel Gómezjurado Erazo
Prof. Juan Francisco Cevallos Almeida	Sr. Miguel Ángel Rosales Corelia
Dr. Luis Enrique Cisneros Jácome	

MIEMBROS BENEFACTORES

Mons. Leonidas Proaño Villalba †	Sr. Luis Mejía Montesdeoca
Dr. Alfredo Rodas Reyes †	Dr. Luis Muñoz Herrería
Mons. Bernardino Echeverría Ruiz †	Dr. Marco Proaño Maya
Mons. Antonio Arregui Yarza	Dr. Joaquín Lalama Nieto

**MIEMBROS CORRESPONDIENTES DE LA CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA BENJAMÍN CARRIÓN, NÚCLEO DE IMBABURA**

Mauro Aguirre Terán	Renato Clerque Reina
José Albuja Chaves	Luisa Olivia Cobos E.
Washington Andrade Cevallos	Luis Cocha Tulcán
Daniel Almeida Mendoza	Rodrigo Colorado Morales
Xavier Almeida Mendoza	Oliverio Corrales Rivera
Antonio Almeida Suárez	Germán Correa Buenaño
Carlos Alulema Díaz	Carlos Alberto Cortez Terán
Patricio Álvarez Vaca	Juan Chávez Cabrera
Gastón Andrango Pupiales	Armando Chiliquinga Espinosa
Silvio Arce Lara	John Chiriboga Viana
Hidalla Arciniega Sánchez	Guicar Dávila Ayala
Reinaldo Aupaz Álvarez	Priscila Dávila Gallegos
Anatolio Ayala Andrade	Fausto Dávila Rodas
Mirían Ayala Mora	José I. Dávila Saá
Luis Báez Tobar	Hipatia Dávila Tena
Diana Barahona Pinto	Susana Dávila Navarrete
Carlos Hernán Barahona S.	Rodrigo Delgado Torres
Alicia Bastidas Aldás	Martha Leonor De la Torre
Amyra Bastidas Amador	Edison Díaz Martínez
Merck Benavides Benalcázar	Rigoberto Díaz Rodríguez
Fanny Benavides Quiroz	Andrés Domínguez Limaico
Fernando Bonilla Flores	José Echeverría Almeida
Santiago Brborich García	Víctor Hugo Echeverría F.
Diego Buitrón Rojas	María Dolores Echeverría V.
Paola Cabrera Zuleta	Jorge Esparza Tello
Homero Cadena López	Carlos Espinosa Arévalo
Bernabé Caicedo Cevallos	Pablo Espinosa Lima
Fernando Campos Encalada	Fernando Espinosa de los Monteros
Fernando Cantos Aguirre	Ruby Estévez
Elena Castillo Andrade	Edmundo Fierro Montenegro
Jorge Isaac Cazorla Z.	Lida Figueroa Delgado
Miguel Ángel Cepeda V.	Manuel Figueroa Plazas
Fausto Cervantes Durán	Julio Flores Ruiz
Rodrigo Benjamín Cevallos	Ximena Flores Venegas
Edison Cevallos Guaña	Amelia Fuentes Ortiz
Yolanda Cevallos Vásquez	Fabián Fuentes Valencia
Ricardo Cisneros Garzón	Norberto Fuertes Vallejo

Ulpiano Galindo Saltos
Mario García Gallegos
Javier García Yépez
Eduardo Gómez Fuentes
Ana María Gómez P.
Eduardo Grijalva Salvador
Inti Gualapuro Ipiales
Patricio Guerra Guerra
Germánico Guevara Cueva
Margarita Guevara Cueva
Fernando Guevara Jaramillo
Marco Gudiño Mejía
Mariana Guzmán Villena
Carmen Haro López
Nicolás Herrera Dávila
Soly Herrera Quelal
Rodrigo Herrera Rosas
Emerson Hidalgo Carlosama
Juana Hidalgo Silva
Danny Hidrobo Guzmán
Cecilia Hinojosa de Yépez
José Huaca Pinchao
Silvana Jácome Cárdenas
Wálter Jácome Viteri
Hernán Jaramillo Cisneros
Fausto Jaramillo Yerovi
Laureano Játiva Chávez
Darío Jiménez Patiño
Martha Victoria Larrea
María Elena Leiton V.
Oscar Lomas Reyes
Giovanny López Endara
Yolanda Luna Gómez
Fredy Llerena Guerrero
Mauricio Llerena Guerrero
Elizabeth Mafla Andrade
Francisco Maldonado Terán
Vanessa Mantilla Andrade
Edwar Mármol Mazón

Carlos Martínez Cadena
Napoleón Martínez Cadena
Jorge Martínez Estévez
Rebeca Martínez Mafla
Lucía Mejía Moreno
Tarquino Mejía Rodríguez
Mario Meneses Dávila
Ramiro Meneses Játiva
Olmedo Moncayo Albán
Adriana Montúfar Boada
Franklin R. Mora Mediavilla
Pedro Morales Barahona
Juan Carlos Morales M.
Wilson Alejandro Morán
Fernando Moreno Almeida
Josefina Moreno Piedra
Ronald Mosquera Almeida
Luis Muñoz Herrería
Myriam Muñoz Lara
Edwin Narváez Rivadeneira
Jaime Núñez Garcés
Andrés Núñez Montoya
Ney Obando Bastidas
Zulema Obando Herrera
Humberto Oña Villarreal
Richellin Orbe Terán
Jaime Orquera Galeano
Cristina Ortega Rubio
Jean Pierre Paredes F.
Marcelo Paredes Montalvo
Gonzalo Parra Flores
Cristina Pasquel Vásconez
Marco Pavón Paredes
Jorge Pavón Sánchez
Israel Peláez Castro
Rodrigo Pepinós Herrera
Patricio Pérez Ramírez
Wilson Pilatuña Villamarín
Paolo Ponce Cadena

Carlos Ponce Carrera
Álvaro Camilo Ponce T.
Luis Potosí Suárez
Alberto Proaño Aguinaga
Claudio Proaño Gómez
Patricio Proaño Proaño
Aurora Quilca Burga
Eliza Quintana Reina
Chardin Reascos Viteri
Nuria Rengifo Dávila
Luis Fernando Revelo C.
Williams Revelo Cuaspu
José Revelo Ruiz
Paúl Rey Bolaños
Marcos Reyes Amaguaña
Gilberto Reyes Domínguez
Sandra Riofrío Lara
Jaime Rivadeneira Almeida
Luis Rivadeneira Játiva
Ketty Rivera Montalván
Ángel Rodríguez Quimba
Romel Rojas Aguilar
Hernán Román Guerra
Carmita Rosales Prado
Martha Rosales Prado
Pablo Rosero Rivadeneira
Ketty Ruales Palacios
Ramiro Ruiz Ruiz
Daniel Ruiz Trujillo
Jacinto Salas Morales
Carlos Salazar Ortiz
Marco Saltos Hidrobo
Milton Saltos Hidrobo
Fermín Sandoval Ortiz
Germánico Santi Salvador
Alexander Santacruz Coloma
Danilo Sarzosa Carlosama
Luis Germánico Solís
Daniel Suárez Benítez

Álvaro Suárez Terán
Ricardo Suárez Terán
Alexandra Suárez Terán
René Tabango Portilla
Juan Carlos Tapia C.
Jairo Abelardo Terán
Myriam Terán Cárdenas
Julio Terán Dutari
Alexandra Terán Portelles
Cecilia Terán Sevilla
Consuelo Terán Sevilla
Carlos Torres Cevallos
Yolanda Ubidia Carrillo
Nancy Ulloa Erazo
Marco Vaca Terán
José Luis Valdivieso A.
Marcelo Valdospinos Rubio
Santiago Vallejo Vásquez
Enrique Vallejos Lastra
Alejandro Vásquez Reina
Abdón Vásquez Rivera
Miguel Ángel Vega B.
Nelson Villacís Venegas
Whitman Villalba Garcés
Jorge Luis Villalba T.
José Villalba Subía
José Villarreal Miranda
Jorge Villarreal Idrovo
Francisco Viniachy Gutiérrez
Luis Vinueza Carlosama
Ana Vinueza Pillajo
César Vinueza Sánchez
Pablo Virgili Benítez
Bladimir Viteri Arce
Kim Vivero Saltos
Jaime Vizcaíno León
Roberto Yarad Salguero
Grisel Yépez Valencia
Martha Teresa Zumárraga Moncayo

Contenido

		Págs.
Editorial		
<i>“Los caminos de la libertad y retorno nos han llevado al éxito”</i>	Kim Vivero Saltos	9
<i>Ibarra en varias efemérides</i>	José Albuja Chaves	13
<i>El centro histórico de Ibarra en el “Retorno” y en el presente. Una visión comparativa para mirar el porvenir</i>	Enrique Ayala Mora	21
<i>La gesta libertaria del Pichincha ¿Cómo celebrarla?</i>	Gustavo Báez Tobar	39
<i>24 de Mayo de 1822: hito emancipador en la línea ecuatorial</i>	Aníbal Fernando Bonilla	47
<i>El retorno de los ibarreños 28 de abril de 1872</i>	Juan Chávez Cabrera	57
<i>El Retorno</i>	Guícar Dávila	63
<i>Antes y después del 24 de Mayo de 1822</i>	Marco Gudiño Mejía	65
<i>Bicentenario de la Independencia del Ecuador de Eugenio Espejo a la Batalla de Pichincha</i>	Hernán Jaramillo Cisneros	75
<i>Las sin nombre ni historia</i>	Fausto Jaramillo Y.	87
<i>El Retorno*</i>	Francisco H. Moncayo	93
<i>Sucre: el héroe, el prócer, el hombre*</i>	Felipe Montilla	109

<i>Retorno al solar nativo*</i>	Abelardo Morán Muñoz	131
<i>¡Que el Bicentenario valga la pena!</i>	Paolo Ponce	137
<i>Glorioso sesquicentenario</i>	Luis Fernando Revelo	143
<i>Ad Maiorem Dei Gloriam: Apuntes sobre la antigua iglesia de la Compañía de Jesús en Ibarra</i>	Pablo Rosero Rivadeneira	153
<i>El terremoto de Imbabura</i>	Ramiro Ruiz R.	169
<i>El Clero imbabureño y su participación en la Batalla de Pichincha</i>	Amílcar Tapia Tamayo	179
<i>En busca de la piel y el espíritu de América</i>	Marcelo Valdospinos Rubio	189
<i>La batalla del Pichincha llega al bicentenario siendo casi una desconocida para las nuevas generaciones</i>	Santiago Vallejo V.	195
<i>Batalla de Pichincha, un sueño de libertad</i>	Enrique Vallejos	203
<i>De la indignidad a la dignidad</i>	Miguel Vega Beltrán	209

“Los caminos de la libertad y retorno nos han llevado al éxito”

Desde inicios de la humanidad, el hombre ha manifestado siempre una preocupación constante por su origen y su pasado, por los grandes y pequeños acontecimientos, por el pueblo y sus gobernantes. Esta inquietud la ha ido manifestando en todo su quehacer diario, desde el amanecer con el alba y la salida del sol hasta el atardecer con el ocaso, desde sus más primigenios y sencillos pensamientos hasta las formas más complejas y elevadas del conocimiento científico y tecnológico; y por supuesto, desde sus más íntimos sentimientos hasta sus más grandes acciones por servir a la sociedad. Es por ello, que la historia de la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, y su organización nacional en base a los Núcleos Provinciales, especialmente al de Imbabura, fundado el 5 de marzo de 1953, se ha constituido en una fuente inagotable de sabiduría y enriquecedora experiencia, en las que cada página ha sido inscrita no sólo con letras de oro como fiel testimonio de un trabajo tesonero, silencioso y productivo de cada uno de los señores presidentes y directores sino también con los distintivos del cariño, compromiso y gratitud del pueblo.

La fidelidad a la filosofía del señor de la nación pequeña, Benjamín Carrión y a su bien trazado ideario, han contribuido a

que el Núcleo de Imbabura, a lo largo de estos 69 años de éxitos, “sembrando la buena semilla de la Patria”, en todos los cantones y parroquias de la provincia, confirmen día a día que la Casa de la Cultura es la “Casa más grande de todas”, el “Templo del saber”, y la Cuna de los intelectuales; por lo que, la pluriculturalidad e interculturalidad, sintonizadas con la contemporaneidad, y la vivencia de los valores se han convertido en el eje transversal del trabajo y leguaje de la gente. Obviamente, esto se debe a la invaluable gestión, honestidad, responsabilidad y compromiso demostrados desde su primer presidente: el Prof. Juan Francisco Leoro Vásquez hasta el actual director: MSc. Luis Fernando Revelo, porque no han sido ni son las palabras sino las obras las que han dejado y están dejando su huella indeleble en todo lugar y momento porque no debemos olvidar que un hoy bien vivido, hace que cada ayer sea un sueño, felicidad y cada mañana una visión de esperanza.

Razones más que suficientes para que en el LXIX aniversario de fundación, la Casa de la Cultura Benjamín Carrión Núcleo de Imbabura, ante la proximidad del Año Jubilar del Bicentenario de la “Batalla de Pichincha” y del Sesquicentenario de “El Retorno”, presente la Extraordinaria XXIX, que lleva el título: “Los caminos de la Libertad y de El Retorno”, en honor a que uno de los logros más grandes de Simón Bolívar, cuando el ejército patriota al mando de Antonio José de Sucre, el 24 de mayo de 1822, dio la libertad al Ecuador, como el tesoro más preciado para todas las generaciones. Al mismo tiempo, en esta edición de oro se expresa la gratitud a un grupo de hombres valientes y mujeres hacendosas, que después de 4 años de vivir momentos de angustia y desesperación como consecuencia del devastador terremoto, el

28 de abril de 1872, con mucha alegría e ilusión, animados por el decreto del presidente del egregio Dr. Gabriel García Moreno, y trabajo fecundo del Gobernador Dr. Manuel España, decidieron retornar a Ibarra para reconstruirla de las cenizas, colocando día a día los cimientos de una ciudad progresista y acogedora, imponiendo un estilo de vida diferente, libre y libertario para generar nuevas fuentes de trabajo. Finalmente, se evidencia cómo estos hombres y mujeres aguerridos han roto las cadenas de la pobreza y desesperanza, demostrando que la tenacidad y el esfuerzo siempre dan buenos frutos; que la laboriosidad y el emprendimiento pueden construir los caminos hacia el bienestar y el progreso; que el respeto, el valor al talento y la capacidad de liderazgo de la gente humilde, sencilla y trabajadora, han hecho de un pequeño pueblo una ciudad tan grande como lo es hoy Ibarra.

Estas exquisitas temáticas han inspirado a que intelectuales de renombre, exitosos profesionales, y ciudadanos insignes puedan plasmar sus pensamientos y sentimientos, talentos y virtudes, valores y actitudes en cada uno de los artículos de ésta prestigiosa revista, para enaltecer a cada uno de los personajes de una historia rica en verdades.

Mi cariño, gratitud, respeto y admiración para cada uno de los señores articulistas que colaboraron en esta importante edición de aniversario.

MSc. Kim Vivero Saltos

DIRECTORA

Ibarra en varias efemérides

“La sesión culminó a la una y media de la madrugada, y se conoce de fuentes confiables que todos se retiraron a sus domicilios a la luz de la luna y con la satisfacción de haber rendido pleito homenaje a su ciudad, sin prolongaciones en las demás horas de la madrugada, guardando fuerzas para los siguientes eventos que oportunamente conformaban la programación especial de festejos”



José Abuja Chaves



Qué duda cabe al afirmar que la ciudad de Ibarra, —primigenia Villa— acopia varias y trascendentales fechas en su devenir histórico, como pocas en la geografía ecuatoriana, asunto que las generaciones presentes deben regresar la vista, y grabar memoria, para vislumbrar su desarrollo desde sus propias raíces. La fundación española misma tiene ribetes de visiones y sueños para un futuro prodigioso de sus primeros hijos. Y luego, la naturaleza la probó en las dimensiones del dolor y la desgracia un 16 de agosto de 1868,

para un consiguiente Retorno el 28 de abril de 1872 sin precedentes, pero abanderando y presintiendo un nuevo porvenir. La Batalla de Ibarra, y antes mismo en la Batalla de San Antonio de Ibarra en 1812, demostraría su amor por la libertad de los pueblos conquistados y sometidos a un régimen colonial.

Hace mucho más de cien años, en septiembre de 1906, los ibarreños vivían con expectativa el desarrollo de los acontecimientos públicos y oficiales preparados para festejar dignamente el tercer Centenario de la fundación española de la ciudad. Claro que hubo de todo: festivales populares, concursos de juegos pirotécnicos y actividades artísticas variadas en los diferentes barrios, sectores en los cuales se hacía evidente la alegría y el jolgorio por tan significativa celebración.

Clásicamente el mes de septiembre tiende a ser brumoso y llueve a sus finales, como anunciando la entrada de un ciclo de invierno muy esperado por los habitantes, especialmente por los agricultores que siempre han sido la masa y la fuerza de la producción para el abastecimiento de víveres estratégicos en la alimentación de nuestros pueblos. El granero ibarreño con el maíz, arveja, fréjol, cebada, morocho, trigo, papas, camote, legumbres hortalizas y con la panela del Valle permitía cumplir con la gastronomía tradicional y exquisita de los ibarreños. Y en aquellos tiempos citados el clima devino en benigno lo que permitió el desarrollo sostenido y total de las celebraciones.

Claro que lo fuerte y sustancial de la programación se dio básicamente por las jornadas literarias preparadas por varias organizaciones sociales del medio, destacando eso sí la Sesión Solemne conmemorativa al tercer Centenario como tal, y la colocación de la primera piedra en la Plaza Central para la construcción del bus-

to en homenaje a uno de los más preclaros ibarreños como lo fuera el doctor Pedro Moncayo y Esparza. No obstante, esta determinación tuvo sus bemoles porque se fijó inicialmente el acto previsto para el día 27 y luego hubo voces de que por su importancia debería concretarse el propio 28 de septiembre como uno de sus principales acontecimientos. Los munícipes se enfrascaron en discusiones realmente bizantinas y al no ponerse de acuerdo el acto quedó para la fecha inicialmente citada. A la manera de una digresión, diría yo, que en aquel instante se hizo notar ya la resistencia de ciertos personajes para disimular su aversión al más brillante de los ibarreños y notabilísimo ecuatoriano, y aquellos prejuicios se mantuvieron por muchos años más insólitamente y con múltiples y baladíes pretextos para no dar culminación a aquella resolución, la misma que recién el 27 de septiembre de 1980, es decir a los 74 años de aquella aprobación municipal se concretó con la colocación de un sobrio monumento, pagando de esta manera la deuda infame que los ibarreños veníamos arrastrando como fruto de rencores y divisiones políticas y enardecidas en los lindes ideológicos sectarios que no de la libertad y la democracia. Claro que en 1930 se hizo justicia con la denominación del parque principal de la urbe con el nombre del preclaro patricio ibarreño.

Hubo también la inauguración de la Escuela de Artes y Oficios ubicada en el barrio denominado de la Bajada de Los Molinos. Y uno de los eventos más sonados del sector productivo fue su Feria Agrícola, Ganadera y Artesanal que concitó la atención de ibarreños, ecuatorianos y colombianos, como una demostración de su capacidad

DENOMINACION DEL PARQUE Y UNA CALLE (Febrero de 1.930)

El Ilustre Concejo Municipal en un Acuerdo expedido con fecha 22 de febrero de 1.930, resuelve designar al Parque construido en la Plaza de la Independencia con el nombre de Parque Pedro Moncayo en reconocimiento a los altos valores cívicos y patrióticos que adornaron al insigne patricio ibarreño, para lo cual se colocarán sendas placas en las cuatro esquinas del parque con ese nombre para que los ibarreños y extraños sepan reconocer

productiva y de la acogida y prestigio que representaban nuestros productos agropecuarios y de manufacturación.

El 28 de septiembre se inició la Sesión Solemne, la misma que fue dividida en dos partes: la formal desde las 2 de la tarde, y luego la Velada literario musical a partir de las 8 de la noche. En la primera se hizo un espacio para acudir en corporación total a los exteriores del edificio y colocar en su frontispicio una lápida conmemorativa del reconocimiento del pueblo ibarreño a sus ilustres fundadores, momentos en que el señor presidente del Cabildo, don Enrique Villota, pronunciará una corta pero sentida alocución. Reinstalado en el Salón se escuchó los discursos vibrantes del doctor Tomás Caicedo, Vicepresidente del Ayuntamiento ibarreño, y a nombre de éste, así como del doctor Alejandro Ceballos comisionado de la Municipalidad de Cotacachi.

Ya por la noche, en la Velada Literario Musical que se inició en el salón auditorio del Colegio Nacional hubo varias y lucidas intervenciones: doctor Alejandro Luna, el presbítero Amable Agustín Herrera, la señorita Dolores Pasquel, el doctor Víctor Gomezjurado, don José Elías Monge, don José Domingo Albuja, la señorita Hermelinda Paez y Paez, la niña Carmen Elena Alarcón, el doctor Daniel Andrade Oña. Este último condecoró con sendas Medallas de Oro a nombre del Cabildo a los notables maestros José Nicolás Vacas, Luis Wanderberg y don José Domingo Albuja. Igual, fue condecorado el presbítero Amable Agustín Herrera como autor del Folleto Histórico Biográfico de Ibarra.

Cabe destacar la actuación de los artistas señores Virgilio y Ulpiano Chávez de Otavalo, así como la de los ibarreños Rei-

naldo Chaves Placencia, José M. Rodríguez y Luciano Cerón *“quienes amenizaron el acto con escogidas piezas musicales, compuestas, muchas de ellas, por los mismas artistas como homenaje a su suelo natal; siendo recomendable, con especialidad, los tres últimos, por el patriotismo con que prestaron su contingente sin aceptar remuneración alguna”* según refiere el Acta respectiva del Cabildo.

La “Fantasía” a Ibarra en 1906 de Reinaldo Chaves fue interpretada en forma personal por su autor, obra que contiene 21 páginas y cuya duración y ejecución conmovió realmente a los asistentes que respondieron con sonoros aplausos, de pies. Como anécdota esta obra ha sido rescatada y compuesta para orquesta por el propio autor. La partitura auténtica reposa en el Museo de las Culturas de la ciudad de Cotacachi, junto con innumerables composiciones de todo corte, y muchas copias las mantiene el autor de este artículo. Chaves es uno de los más connotados compositores que produjo Ibarra a comienzos del siglo XX, y quizás junto a Canelos son los más virtuosos que tuvo Ibarra, pero casi nadie los ha reconocido en la importancia de su agenda histórica y musical. Injusta deuda.

La sesión culminó a la una y media de la madrugada, y se conoce de fuentes confiables que todos se retiraron a sus domicilios a la luz de la luna y con la satisfacción de haber rendido pleito homenaje a su ciudad, sin prolongaciones en las demás horas de la madrugada, guardando fuerzas para los siguientes eventos que oportunamente conformaban la programación especial de festejos. Valioso ejemplo.



Ibarra en 1906



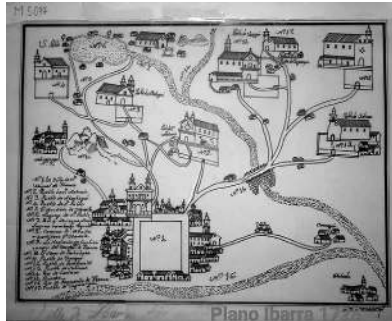
Convento e Iglesia de las Carmelitas



Calle Oviedo, tercera década siglo XX



Calle Sucre comienzos de siglo XX



Plano de Ibarra en 1728



Monografía de Ibarra 1932



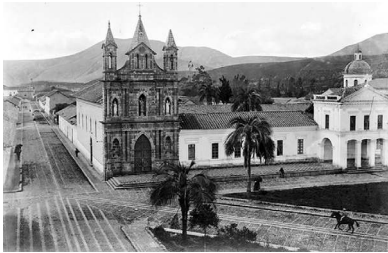
Calle Bolívar comienzos siglo XX



Plaza Mayor de Ibarra 1906 (Flia. Madera)



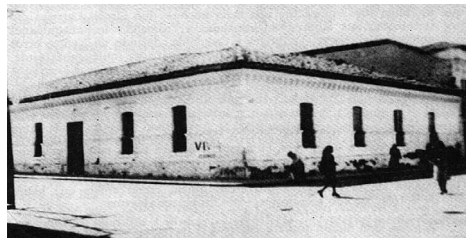
Plaza Mayor de Ibarra finales siglo XXIX (Flia. Madera)



Capilla y edificio Episcopal de Ibarra.



Cámara Municipal de Ibarra en 1900.



Casa de la familia Tinajero en la ciudad de Ibarra en donde residió don Simón Rodríguez. Actualmente en ese lugar (Calles Bolívar y García Moreno) se levanta el local del Banco de Fomento.



Construcción de la iglesia de Santo Domingo.



Fuente: Libro de Actas del Cabildo.- Archivo Municipal de Ibarra

Fotografías: -Archivo Histórico Municipal de Ibarra -Archivo Familia Madera (Ibarra).

-Archivo personal -Varias fuentes.

El centro histórico de Ibarra en el “Retorno” y en el presente

Una visión comparativa para mirar el porvenir

“Ibarra tiene una infraestructura turística ocupada en un porcentaje muy bajo. Eso no se solucionará si no se atrae mayor cantidad de visitantes que no vengan solamente por pocas horas, sino que pasen al menos una noche en la ciudad. También la oferta de comida de todo tipo es abundante en la ciudad, pero no puede expandirse solo con el consumo local”



Enrique Ayala Mora*

1. LA RECONSTRUCCIÓN HEROICA

Luego del terremoto de 1868, que arrasó Ibarra y su provincia, el esfuerzo de retornar al solar de la ciudad y sobre todo su reconstrucción, debió haber sido, sin duda, una tarea heroica. Muchos no querían volver al devastado asiento de Ibarra desde el campamento de La Esperanza. Pero, respaldados por el genio y las amenazas de García Moreno se atrevieron a retornar al sitio devastado y desde 1872 se dedicaron a reconstruir la ciudad, comenzando por el centro, que ahora es la parte más importante de su espacio patrimonial.

A escasos tres años del “Retorno” la obra había avanzado. Por ello es interesante revisar el informe que el gobernador de la Provincia Juan Manuel España hizo en 1875, sobre Imbabura, especialmente de su reconstrucción. En este trabajo revisaremos, en primer lugar, las partes pertinentes de ese documento, publicado en la Exposición del Ministro del Interior ante el Congreso de ese año.¹ En segundo lugar, haremos varias observaciones sobre la situación actual del centro de la ciudad y sus posibilidades como espacio patrimonial.

.....

1 Juan M. España, Informe del gobernador de Imbabura. Ibarra, 17 de abril de 1875. En: República del Ecuador, *Exposición del ministro del Interior y Relaciones Exteriores dirigida al Congreso del Ecuador en 1875*. Quito, Imprenta Nacional, 1875. El Informe se publicó en su integridad como anexo de la Exposición del ministro. A su vez, el Informe del Gobernador fue acompañado de varios anexos (comunicaciones y cuadros estadísticos).

2. LA POBLACIÓN

El gobernador indicaba: “Según los cuadros estadísticos formados en cada parroquia por los tenientes parroquiales, cuadros que siempre adolecen de mil inexactitudes, el número total de los habitantes de esta provincia asciende a setenta y siete mil ciento sesenta y nueve, apareciendo un aumento de doce mil seiscientos veintinueve respecto del censo que se formó en el año de 73”. La población masculina (14.163) era inferior, con una diferencia de cerca de mil, a la femenina. (15.053) La mayoría de los habitantes era adulta.

En la ocupación de varones existían: profesiones y artes 211, comercio 154, actividad agrícola 3.083, artesanos 1.453 y servicios 3.851.² La inmensa mayoría de los hombres estaban dedicados a la agricultura y los servicios, con una gran proporción de artesanos. Hay, por ejemplo, cinco médicos para casi treinta mil habitantes. Asimismo se han censado solo 18 profesores, aunque había varios de otras profesiones que se dedicaban a la docencia.

La variedad de oficios artesanales era grande. Va desde aquellos que están organizados y se ubican en un sector social elevado, como sastres (171), zapateros (103), carpinteros (202), hasta los alpargateros (96), uno de los oficios más modestos. La profesión más numerosa es la de los sombrereros (285). Los “servicios” cubren la mayoría de las ocupaciones, con 3.679 “jornaleros”, donde debe estar agrupada la gran mayoría de la población indígena.

.....

2 Estas categorías fueron establecidas por el autor de este trabajo, en forma aproximativa, tratando de agrupar profesiones u oficios afines. En el cuadro original el listado de estos es bastante anárquico.

Para el caso de la ocupación de las mujeres, la clasificación más amplia es el genérico “oficios” (9.295). Y en ella dos son los absolutamente dominantes: “costureras” (3.396) e “hilanderas” (5.539). Ya que esos oficios no son profesiones remuneradas y no se establece la categoría de “quehaceres domésticos” o “ama de casa”, mas bien denotan actividades cotidianas de mujeres fundamentalmente dedicadas a la familia.

La mayoría de las mujeres no ejercían funciones remuneradas, sino tareas domésticas. Hay, empero, algunas que si puede pensarse que ejercían tareas pagadas, como panaderas (59), institutoras (11) o costaleras (200). Bajo la clasificación “comercio” se han agrupado dos ocupaciones: “pulperas” o tenderas (54) y dueñas de “chicherías” (31). En “servicio doméstico” se agrupan: cocineras (560), lavanderas (150) y “aplanchadoras” (48). Debe entenderse que todas trabajaban para patronos que pagaban una remuneración. Finalmente se han agrupado las “jornaleras”, pero la mayoría corresponden a una sola parroquia rural, lo cual supone un error en la recolección de datos o un interesante tema de investigación.

3. OBRAS PÚBLICAS NACIONALES

El Informe del Gobernador pasa revista a las obras públicas que realiza el gobierno. Al respecto dice: “De esta clase existen: una casa destinada al servicio de la Gobernación y los despachos de hacienda. Se halla concluida definitivamente. Otra igual y construida según el mismo plano de pertenencia de esta municipalidad, pero hecha con fondos nacionales. En esta se encuentran todos los despachos de la Municipalidad, los de los Juzgados municipales,

el de la Jefatura de Letras, el de la policía y las escribanías de número y hacienda. Para estar concluida definitivamente solo faltan vidrieras en las ventanas del interior y algunas refacciones que se han hecho necesarias para la mayor solidez de la obra”.

“Sigue a continuación de la primera casa la destinada para el servicio de la policía, la cual se encuentra en principios por haber paralizado el trabajo á consecuencia de la falta de recursos. Como esta casa debe, según el plano, contener celdas para prisiones de hombres y mujeres, se hace de todo punto indispensable su conclusión; pues en este lugar no existe mas cárcel que el cuartel”. El cuartel (anterior al que ahora existe) estaba entonces en construcción. Los edificios habían sido diseñados por el Arquitecto Tomas Reed. Su precio ascendía a la significativa suma de 12.146 pesos. Además, la Iglesia y el Convento de San Francisco estaban siendo construidos “a expensas del Tesoro Nacional”.

En medio de los días duros de la reconstrucción volvió a adquirir empuje el camino a Esmeraldas. El infome decía que “hasta el 17 de enero de 1874, fecha en la que se suspendió el trabajo, ha continuado la apertura en la extensión de ciento noventa y un kilómetros ochocientos cuarenta y cinco metros”. Su costo había sido 109.828 pesos con 26 centavos. Por cuenta del Gobierno se habían construido también varias escuelas en Ibarra y en las parroquias, con un gasto de veinte mil ochocientos cincuenta pesos veinticinco centavos”.

4. OBRAS PÚBLICAS MUNICIPALES

La tarea de la reconstrucción de la Provincia de Imbabura, apenas a siete años del terremoto, según el informe del Gobernador, era también, desde luego, una prioridad de las adminis-

traciones municipales, “no obstante la poca importancia de sus rentas”. Sobre las tareas de la Municipalidad de Ibarra, dice el documento: “Entre sus obras figura como de más importancia la composición de la plaza. Cruzada en todas direcciones por hermosas calles de doce metros de ancho y hechas en forma de carretera, se encuentra dividida en porciones simétricas que deberán contener bosques y jardines. El cuadro formado por las calles laterales, complementa su belleza”.

“Las demás obras, como el arreglo y empedrado de algunas calles, el reparo de la cañería que conduce el agua á las fuentes públicas, la construcción de una alcantarilla para facilitar el paso del agua que sirve para regar los terrenos del pueblo, la composición de puentes sobre las acequias de las calles, la emprendida con el objeto de desaguar el lugar la que se tiene principiada para formar una carnicería y otras de la misma naturaleza, han dejado mejoras de conocido valor y utilidad para el servicio público. En dichas obras ha invertido esta municipalidad la suma de cuatro mil doscientos noventa pesos trece centavos”.

El informe indica: “También ha hecho construir locales para escuelas en las parroquias de Caranquí, San Antonio, Atuntaquí, Urcuquí, Tumbaviro, Caguasquí, Pimampiro, Mira y Salinas, así como cárceles, adjudicando para el efecto el producto del ramo de multas”. Se había realizado un gran esfuerzo de reconstrucción en los otros cantones.

5. BENEFICENCIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

En su recuento de la realidad de la provincia en 1875, el Gobernador España hace referencia a la construcción del

“Hospital de Caridad” en Ibarra, que había sido una de las prioridades de la reconstrucción. Advierte sobre el avance de la obra: “Cuatro son los departamentos que se están acabando para poner en ejercicio el hospital, que son: el de habitación para las Hermanas de la Caridad, el destinado para salón de medicina, el de dormitorio y comedor de criados y el que debe servir para botica, cocina general y depósito. Todos cuatro se hallan en estado de recibir cubiertas, y creo que hasta el mes de agosto estarán en servicio. (...) Hasta la fecha su costo asciende á la cantidad de trece mil ochocientos ochenta y cinco pesos setenta y cinco centavos”.

Añade el informe que se construían “dos hermosas casas, la una para huérfanas y para Colegio de niñas la otra, separadas por una capilla que se comunica con entrambas. El sinnúmero de huérfanos que quedaron a consecuencia del terremoto del 16 de agosto de 1868 y que yacen á merced de su propia desgracia, tendrán bien pronto un asilo hospitalario en donde, á mas de contar con todos los medios que facilitan una educación perfecta, se pondrán á cierto de los tiros de las pasiones corruptoras”.

El Informe menciona la existencia de un “Monte de Piedad”: “Este establecimiento, cuyo fondo es de treinta mil pesos, es la mejor garantía con que cuentan toda clase de personas para aliviar sus necesidades más urgentes y para hacer frente á fuertes compromisos. Quizá se debe á él el adelanto rápido en la reconstrucción de la ciudad; y si los intereses que se cobran no fueran tan fuertes, (el catorce por ciento) atendiendo á la suma necesidad de la mayor parte de los pobladores y á la falta casi absoluta de comercio en esta provincia, la utilidad de este establecimiento seria aun mas eficaz”.

El gobernador incluye en su informe una visión general de la educación. Existían 44 escuelas, 31 de niños y 13 de niñas con un total de 2.751 alumnos, 2.014 varones y 137 mujeres (en estos datos se incluye también el Cantón Tulcán).³ El nivel de escolaridad, sobre todo entre las mujeres era bajísimo. Recoge información sobre el Colegio Seminario de Ibarra, que también fue restablecido en la nueva ciudad. Tenía un total de 210 alumnos. De ellos, 161 estaban en la escuela primaria y el resto en el colegio secundario propiamente dicho, que era al mismo tiempo un centro de preparación de sacerdotes y un centro de formación de seglares interesados en continuar la formación superior.

6. AVANCE DE LAS OBRAS

Al fin, el documento el gobernador España manifiesta que en el curso de tres años, la provincia sigue siendo objeto de grandes esfuerzos de reconstrucción y que la ciudad de Ibarra se halla reconstruida en su mayor parte. Sobre Ibarra ofrece esta estadística:

Casas concluidas	131
Id. que se hallan al concluirse	102
Id. para las que se han hecho cimientos	13
Tiendas concluidas	362
Id. al concluirse	171
Id. en cimientos	12

.....
 3 Entonces Imbabura incluía el cantón Tulcán, que en cinco años pasaría a ser la provincia del Carchi.

Conventos concluidos	2
Id. reedificados en parte	3
Templos concluidos	1
Id. construyéndose	2

Sobre la construcción de la nueva Catedral dice don Abelardo Morán en su ensayo sobre la diócesis: “El 28 de abril de 1872, después de celebrar de Pontifical el Prelado, en la capilla provisional de La Merced, se trasladó, en dolorosa peregrinación, con toda la concurrencia, al ángulo nororiental de la plaza principal, y bendijo el solar escogido para la construcción de la Catedral.” En 1875 ya estaba muy avanzada la Catedral, que una vez concluida, fue consagrada por el obispo Pedro Rafael González Calisto, en 1878.

El informe del gobernador, enviado precisamente en ese año, indicaba que se estaba construyendo el convento de las carmelitas expatriadas de Colombia y observaba: “A excepción de los escombros de la iglesia de la Compañía, los demás se encuentran demolidos, habiendo desaparecido por este motivo ese aspecto desolador que nos recordaba á cada instante las desgracias que sufrimos. Las calles se hallan todas ensanchadas y perfectamente delineadas, y las principales empedradas al estilo del día. La Municipalidad continúa con este trabajo, y dentro de poco estarán casi todas empedradas”.

El retorno de 1872 fue el hito más destacado de esa labor, cuyos resultados se proyectaron en los años siguientes y fueron la base de la configuración de la ciudad y su centro histórico.

7. EN EL PRESENTE

En el sesquicentenario del “Retorno”, Ibarra debe definir una propuesta general sobre su patrimonio arquitectónico, que se encuentra especialmente en su centro histórico. No haberlo hecho en el pasado ha conducido a situaciones de incertidumbre, deterioro del patrimonio, gastos innecesarios, despilfarro y ningún avance sustancial.

Por ello es importante contar con una propuesta de conceptualización global y articulada del centro histórico de Ibarra.⁴ La preservación se orienta a consolidar la identidad colectiva local, el sentido de pertenencia y también a potenciar el crecimiento del turismo, especialmente cultural. Contribuye también a la combinación de diferentes actividades que atraen visitantes, es decir consumidores. Los esfuerzos de conservación patrimonial deben generar autoconciencia y también ingresos. Deben promover el turismo y participación de los ciudadanos en la preservación y valorización del patrimonio. El empleo en el sector cultural es muy importante en todas partes del mundo, especialmente en espacios de alto valor histórico, natural y cultural, como la provincia de Imbabura y la ciudad de Ibarra.

El centro histórico de Ibarra debe ser concebido como una unidad en la que cada una de las partes cumplen una función complementaria: Los edificios, la propia estructura urbana, los atractivos artesanales, la comida y las manifestaciones religiosas, culturales y sociales. De esta manera se podrá adoptar políticas permanentes, realizar inversiones de largo plazo.

.....
4 Este texto se ha preparado a partir de la obra: Enrique Ayala Mora, *Patrimonio Cultural de Imbabura*, Ibarra, Fundación Cultural Enrique Ayala Pasquel, 2020.

Un instrumento fundamental es el Inventario Nacional de Patrimonio. El de la provincia de Imbabura, junto con el de otras provincias del norte, lo realizó la Universidad Andina Simón Bolívar. Por ello pude participar en el trabajo en forma directa y tengo la necesaria información. El que los bienes sean inventariados es el primer paso. De allí se debe avanzar a la declaratoria, que deben hacer el INPC o en municipio, según los casos. Por ello, además de actualizar el inventario, se debe proceder con las declaratorias.

8. EL CASCO HISTÓRICO ACTUAL

Ibarra cuenta con un casco histórico de origen decimonónico que es uno de los más importantes del país. Su centro es, pese a que se han dado intervenciones desafortunadas, un conjunto urbano muy destacable. Su valor principal es precisamente ese conjunto. Pero también cuenta con edificaciones de gran valor patrimonial.

El conjunto central, con el Parque Pedro Moncayo, es el eje original de la urbe, alrededor del cual se ubican las principales edificaciones, que fueron levantadas en diversos momentos desde la segunda mitad del siglo XIX, precisamente luego del Retorno de 1872. En este conjunto se encuentran estas edificaciones principales:

- La Casa de Gobierno, integrada por la Gobernación y el Municipio tradicional con su ampliación
- El antiguo Cuartel, recientemente restaurado
- La Catedral, el Palacio, la Capilla Episcopal y la residencia del obispo

- El antiguo Colegio Teodoro Gómez de la Torre y el adyacente Torreón, que están siendo restaurados
- El antiguo Seminario Menor y su capilla
- La plaza, su entorno y la basílica de La Merced
- La Iglesia de San Agustín y su entorno
- La plazoleta del Águila con el antiguo Mercado Municipal convertido en Museo y Archivo, el Teatro y el Edificio del Consejo Provincial

En la parte central del casco histórico hay edificaciones que originalmente fueron casas de habitación y ahora se destinan a diversos fines. Se pueden mencionar: la “Casa de la Ibarreñidad”, que fue de la familia Ayala, adquirida por el Municipio y restaurada; la que fue de la familia Tamayo, ahora sede de SRI, la que fue de la familia Andrade Oña, que espera ser restaurada; la que fue de la familia Merlo, adquirida y restaurada por CATI.

Deben añadirse el antiguo Banco de Fomento y el Banco Pichincha, muestras de la arquitectura de mediados del siglo XX. Hay inmuebles deteriorados, mal intervenidos o destruidos y reemplazados por edificios que casi siempre rompen la armonía del conjunto patrimonial. Hay más de una centena de antiguas casas de vivienda, locales escolares, iglesias y oficinas públicas. Pero se destacan tres conjuntos patrimoniales de gran relieve:

- El centro histórico de Caranqui, su iglesia parroquial, sus plazas y casas privadas, especialmente el sitio arqueológico, “La Huaca”, con las ruinas del gran palacio inca, que apenas se comenzó a excavar y está pendiente de un trabajo urgente.

- El Campus Patrimonial de la Universidad Técnica del Norte, integrado por el antiguo Hospital San Vicente de Paúl y el Monasterio del Carmen. Remodelados (o restaurados?) son el mayor patrimonio cultural arquitectónico de una institución superior.
- La antigua hacienda “Pilanquí”, que alberga a la sede de la Casa de la Cultura, aunque mal restaurada y las edificaciones complementarias contienen elementos de valor cultural, como la colección de arte contemporáneo de Imbabura.

No se mencionan aquí, porque no están en el espacio urbano patrimonial de la ciudad, San Antonio, el valle del Chota, el sector de Angochagua y La Esperanza.

9. LAS PRIORIDADES

El conjunto patrimonial de Ibarra demanda dos definiciones básicas y fundamentales: Primero, establecer el destino de las edificaciones principales, como una referencia para las acciones inmediatas y de largo plazo. Segundo, determinar prioridades para racionalizar el uso de los escasos recursos asignados al patrimonio arquitectónico. Sobre el destino de las edificaciones mencionadas anteriormente pueden plantearse las siguientes propuestas:

La Casa de Gobierno

Integrada por el **Municipio** y la **Gobernación**, debe mantener su destino administrativo. Pero se deben tomar dos deci-

siones básicas: Primera, rescatar el antiguo **Salón de la Ciudad**, que la alcaldesa se propone, felizmente, devolver a su tradicional función. Segunda, restaurar la **Gobernación**, lo que implica que esa dependencia vuelva al sitio o la ceda a la Municipalidad para integrar los espacios.

El antiguo Cuartel

Fue restaurado con un proyecto inconsulto y caro, sin haber decidido su destino específico, con espacios para oficinas municipales, reducida biblioteca, restaurantes, salas interactivas y una de exposiciones. Felizmente, el proyecto ya se ha rectificado en lo que fue posible y la Municipalidad lo ha destinado al **Museo Americano de Artesanías**, una gran obra que servirá para profundizar la identidad imbabureña y para atraer turismo. Allí se ubicarían, además, la muestra militar, salas de trabajo, restaurante y el **Salón Rafael Troya**.

La Catedral, el Palacio, la Capilla Episcopal

Junto con la residencia del obispo son un conjunto. Están siendo sujetos de una gran obra de restauración, que convertirá a las dos iglesias en sitios destacados de culto, de identidad cultural y de vista turística. Quedaría pendiente, como responsabilidad de la Curia diocesana, la formación de un pequeño **Museo de la Catedral**.

El Teodoro Gómez de la Torre

Este antiguo edificio ha recibido mucho maltrato. Una vez que lo recibió el Municipio, es objeto de un proyecto de restauración, que, luego de necesarios ajustes, se dedicará al **Centro**

de la Memoria, con una **Biblioteca**, el **Archivo Municipal** integrado y un espacio para uso de nuevas tecnologías del conocimiento dedicado a niños, jóvenes e investigadores. El adyacente **Torreón** es parte del proyecto.

Complejo Pilanquí

Respetando la autonomía de la Casa de la Cultura, con un amplio diálogo, el complejo **Pilanquí** debe integrarse a una visión de conjunto de la Ibarra cultural. La muestra histórica y sobre todo la **Galería de Pintura Contemporánea**, son destinos de visita muy interesantes.

Campus Patrimonial de la Universidad Técnica del Norte

Así me he permitido llamar al que integra el antiguo **Hospital San Vicente de Paúl** y el **Monasterio del Carmen** que, ya restaurados, se dedican a fines académicos. Pero varios de sus espacios son interesantes para ser visitados, como los jardines del hospital y los claustros del convento. El salón de la antigua capilla tiene grandes posibilidades.

Complejo Patrimonial de Caranqui

Es de tal importancia cultural y turística, que merece un tratamiento aparte de aquel que estamos dando al Centro Histórico en este artículo. Habrá que dedicarle una propuesta específica, que debe formularse con toda la celeridad del caso, ya que los trabajos arqueológicos son urgentes.

Otros espacios patrimoniales

Del mismo modo, será necesario que en el futuro se adopten políticas para otros espacios patrimoniales destacados como

Yahuarcocha y Socapamba, Angochagua, La Esperanza, en especial Cochicaranqui, San Antonio y el valle del Chota, todos ellos de gran importancia cultural y patrimonial.

10. PROPUESTAS

Hay mucho que hacer, pero ante todo es necesario plantear una propuesta general del casco patrimonial de Ibarra y su Centro Histórico, como aquí se ha sugerido. Por ello, uno de los primeros pasos debe ser definir el destino de los monumentos principales felizmente, el destino del Cuartel y del antiguo Teodoro Gómez de la Torre ya están resueltos.

Una cuestión central es jerarquizar y reforzar las instancias municipales dedicadas a la gestión del patrimonio. Para ello, un paso fue crear en el seno del Concejo una **Comisión de Patrimonio**. Adicionalmente se plantea la creación inmediata de una **Dirección de Patrimonio**, que cumpla las tareas especializadas con solvencia y nivel.

Otra cuestión prioritaria es la aprobación de la Ordenanza Municipal destinada a regular el patrimonio del Cantón Ibarra, que ha venido siendo postergada por varios años. Al discutir y aprobar la ordenanza el Concejo debe considerar un problema: La ciudad crece y se quiere construir edificaciones de tres pisos o más en sitios patrimoniales. Por ello los propietarios impiden la declaratoria patrimonial, incluso abandonan y destruyen las edificaciones existentes. Así el centro se convierte en un tugurio. Esta situación debe ser asumida de inmediato. Las dilatorias solo profundizan el problema.

11. CONSENSO NECESARIO

Llegar a grandes definiciones que nos lleven a consagrar a Ibarra como ciudad patrimonial y destino turístico de envergadura internacional, requiere de un gran esfuerzo concertado entre el municipio y la ciudadanía. Solo un amplio y perdurable acuerdo permitirá en una década de sostenido esfuerzo se consiga ese gran objetivo. Es necesario que la ciudadanía se apropie de él y lo haga suyo. Si la propuesta pasa a ser parte de la cultura local, se podrá recuperar el sentido de pertenencia a la urbe y se hará conciencia de que el patrimonio genera empleo y recursos para nuestra gente.

Desarrollar el patrimonio no es un lujo sino una necesidad. Con ello se profundiza la identidad y se crea un referente, parte central de un proyecto colectivo de ciudad. Eso sucedió en Quito, que desarrolló por años su centro histórico con gran apoyo de la población, y logró ser declarado por la UNESCO como el primer patrimonio de la humanidad. La unidad local potenciará la posibilidad de obtener que el gobierno central apoye el proyecto y sus instituciones impulsen el desarrollo de los edificios y lugares patrimoniales. También posibilitará que los organismos internacionales acepten generar líneas de financiamiento para la conservación, restauración y potenciación de los espacios patrimoniales.

Ibarra tiene una infraestructura turística ocupada en un porcentaje muy bajo. Eso no se solucionará si no se atrae mayor cantidad de visitantes que no vengan solamente por pocas horas, sino que pasen al menos una noche en la ciudad. También la oferta de comida de todo tipo es abundante en la ciu-

dad, pero no puede expandirse solo con el consumo local. La producción artesanal, reconocida dentro y fuera del país, últimamente está deprimida por la baja demanda. Las “industrias” o “emprendimientos” culturales han tenido poco espacio para funcionar y crecer mientras el ritmo de visitas no se eleve.

Las decisiones que deben tomarse dinamizarán la economía y permitirán solucionar parcialmente el problema de vivienda urbana y ofrecerán alternativas a los propietarios de las edificaciones inventariadas de la ciudad, que viven en la incertidumbre.

Hay mucho trabajo por delante. Para realizarlo, el primer paso es llegar a acuerdos y tomar decisiones de largo plazo. Debemos hacerlo. El destino de Ibarra depende de ello.

Ibarra, febrero 15 de 2022

.....

* Enrique Ayala Mora, historiador ibarreño, docente e investigador, rector fundador y actualmente profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador. Ha sido legislador varios períodos.

La gesta libertaria del Pichincha ¿Cómo celebrarla?

**“Recordemos
que las nuevas generaciones
serán las depositarias
de los mejores valores
en la conciencia de los
futuros ciudadanos,
ellos que tendrán en sus
manos las riendas
del poder y de los
destinos de la nación”**



Gustavo Báez Tobar

Si algún hecho histórico de gran relevancia debemos siempre tener presente en nuestra memoria los ecuatorianos es el 24 de Mayo de 1822, fecha gloriosa de grata recordación, cuando los ejércitos grancolombianos al mando del General Antonio José de Sucre derrotaron a las huestes españolas, en las faldas del legendario volcán, que ahora guarda en su regazo a nuestra querida Capital. El trofeo ganado: **LA INDEPENDENCIA DE LOS ECUATORIANOS DEL OPROBIOSO YUGO HISPANO**. Gloriosa efemérides que el Ecuador se apresta a celebrar, con razón y justicia, el Bicentenario.

Digna de celebrarla en realidad, esta hazaña, con admirable y justa veneración. Antonio José de Sucre, haciendo gala de extraordinaria estrategia militar, atravesó con su ejército los riscos del Pichincha, cargado con todos sus dispositivos de combate, la madrugada del 24 de Mayo de 1822, logrando ascender a 4.600 metros de altura, para desde ahí desafiar al enemigo y derrotarlo luego de cruento combate, hasta conquistar la victoria que había de rubricar la libertad del pueblo ecuatoriano, con el aporte heroico de Córdava, O Leary, Miller, Abdón Calderón, y muchos héroes más que ofrendaron su vida por legarnos patria libre.

Recordemos, Antonio José Francisco y Alcalá de Sucre, leal, muy leal lugar Teniente del Gran Libertador Simón Bolívar, había nacido en Cumaná, Venezuela, el 3 de febrero de 1795 y murió trágica y lamentablemente asesinado en las selvas de

Berruecos, muy cerca de Pasto, el 4 de junio de 1830, debido a incomprensibles celos y ambiciones políticas. Él era considerado uno de los militares más completos entre los próceres de la independencia; Bolívar, casi solo y enfermo en Santa Martha, al conocer su muerte, dijo: “SE HA DERRAMADO, DIOS EXCELSO, LA SANGRE INOCENTE DE ABEL”. Como conocemos, el 17 de diciembre de ese mismo año, el fatídico 1830, dejó Simón Bolívar el escenario terrestre, para vivir en los recintos amplios, admirables... de la inmortalidad!

ANTECEDENTES DE LA BATALLA DEL PICHINCHA

Bien sabido es que ningún acontecimiento individual o colectivo, menos un hecho bélico, se producen porque sí, siempre tienen sus causas y motivaciones.

A principios del Siglo XIX, corrían vientos libertarios en América. Quito había lanzado el Primer Grito de Independencia el 10 de Agosto de 1809. Sus próceres habían sido vilmente asesinados el 2 de Agosto de 1812, y masacrado infamemente su indefenso pueblo. Guayaquil había declarado la Independencia el 9 de Octubre de 1820. Nueva Granada se había convertido en el foco luminoso de las movimientos libertarios de América, Pero para todo ello había un hilo conductor, un eje principal, un prohombre nacido para líder y promotor de las libertades; un hombre dotado de facultades extraordinarias, física y mentalmente preparado para asumir el papel de Libertador de América. Esta figura fulgurante, hijo de la guerra y nacido para la gloria era el Gran SIMÓN BOLÍVAR.

Su robusta personalidad ha sido justipreciada en innumerables escritos. Por ejemplo, Santiago Vallejo Vásquez, a fines de

2021 escribió “Visión General del Pensamiento Político de Simón Bolívar” que persigue el laudable propósito de exaltar la figura de este ilustre ciudadano del Mundo, para ello, en su obra ampliamente documentada, se adentra profundamente en la admirable preparación prodigada por el maestro y tutor Simón Rodríguez, quien no solo le enseñó las materias de la época y le inició en literatura y poesía, sino que le inculcó la necesaria lectura de los clásicos griegos y latinos, así como obras de relevancia filosófica que integraron a los autores de la ilustración francesa, todos los cuales reconfortaron el alma enormemente inquieta de Simón Bolívar, en quien ya no fue difícil insuflar grandes valores y virtudes de un ciudadano capaz de abrazar los más nobles ideales de amor a la libertad, a la democracia... a la justicia. Confirmación de ello es el sagrado juramento que el joven Bolívar hiciera, en escenario magnífico como el monte Aventino, frente a la Ciudad Eterna, de no dar descanso a su espada ni reposo a su espíritu hasta conseguir la liberación de América.

El autor del libro va más allá: analiza documentos básicos de contenido histórico como las declaraciones de Cartagena y la Carta de Jamaica, que las pone en consideración del lector, para reafirmar su comprensión de las causas socio-culturales que contribuyeron en la formación de este espartano gigante de las libertades, como fue Simón Bolívar, en quien es de admirar su riqueza léxica y facilidad de oratoria para comunicarse con miles y miles de personas de diversos niveles de preparación, para inculcarles el amor a la libertad, a fin de limpiar la esclavitud y explotación española, en esta parte del Continente.

¡Qué proclamas y arengas militares, dignas de las mejores antologías, fueron necesarias para, de la nada, reclutar soldados, for-



mar ejércitos y realizar las hazañas más asombrosas que contar nos pueda la historia! Baste solo referirnos al increíble cruce desde el llano por los Andes, en pleno invierno, con un ejército semi-desnudo, para coronar con la liberación de Nueva Granada. Morillo diría de nuestro héroe *“era más temible vencido, que vencedor”*. O, mirífico y grande, cuando luego de una derrota, que también las tuvo, alguien le preguntó: *“¿Y ahora, qué hacemos?, la respuesta fue: ¡TRIUNFAR!”*.

Hombre nacido para la gloria, Bolívar, y para ella fue conquistando victoria tras victoria, sonados triunfos en Boyacá, Carabobo, y luego vendría Pichincha, y luego Junín y Ayacucho, que coronaron de lauros su frente y colocaron penachos de libertad en las cumbres mayestáticas de los Andes. Hombre grande, digno de todo honor: de simples colonias españolas las constituyó en naciones y les dio luces y herramientas para ser Repúblicas. ¿Podríamos exigirle más a este venerado Padre de la Patria?

El atildado periodista Patricio Pérez Ramírez en su obra presentada por la Casa de la Cultura, Núcleo de Imbabura, 2021, **BOLÍVAR Y EL PERIODISMO**, nos hace conocer esta faceta del genial Libertador, y en un acápite nos resume el potencial gigantesco de su talento: “Con solo 47 años de edad enfrentó 472 batallas siendo derrotado únicamente 6 veces. Participó en 79 batallas con el riesgo de morir 25 veces. Liberó a 6 naciones cabalgando 123.000 Kilómetros más de lo navegado por Colón y Vasco de Gama. Cabalgó con la antorcha de la libertad la distancia en línea de 6.500 kilómetros, es decir media vuelta a la Tierra. Recorrió 3 veces más que Napoleón y el doble de Alejandro Magno. Sus ideas de libertad fueron escritas en 92 proclamas y 2.632 cartas, muchas de ellas en diferentes idiomas”.

Por todo aquello, cielo y tierra te aclaman, ¡Simón Bolívar, oh sublime grandeza; ¡Orgullo de la raza humana!

¿CÓMO CELEBRAR ESTA EFEMÉRIDES DEL PICHINCHA?

Para conmemorar dignamente esta gloriosa efemérides hay que adentrarnos en la significación del concepto de libertad. Quizá no hay pluma connotada de valor universal que no haya exaltado su valor como derecho y virtud del ser humano; filósofos, escritores, poetas, con toda autoridad lo han hecho: Sartre lo dijo: *“el ser humano está condenado a ser libre”*. Cervantes, Juan Montalvo, entre nosotros, Jorge Isaac Cazorla, Abelardo Moncayo, para referirse a la LIBERTAD como un don insustituible, incomparable... por el cual el hombre está dispuesto a dar la vida, si es necesario. ¿Qué hacer, entonces?

Se me ocurre que las más altas autoridades nacionales deberían haber declarado al presente 2022, como Año Jubilar, es decir, año de júbilo para conmemorar por todo lo alto esta magna efemérides del 24 de Mayo. No, no es necesario el fasto y el jolgorio, sino actos de gran significación histórica, de contenido cívico y patriótico.

Pero estamos aún a tiempo. El mes de Mayo, puede ser señalado para esta gran recordación, como mes del CIVISMO Y LA LIBERTAD, con el apoyo de los medios de comunicación: Prensa Radio y TV para concientizar todo el pueblo ecuatoriano; principalmente a la niñez y juventud, en escuelas, colegios y universidades, con actos que tengan como sustento esta temática, importante, muy importante.

Recordemos que las nuevas generaciones serán las depositarias de los mejores valores en la conciencia de los futuros ciudadanos, ellos que tendrán en sus manos las riendas del poder y de los destinos de la nación.

En ese empeño deberían colaborar todos los medios de comunicación y redes sociales —y quizá podrían hacer ya— difundiendo spots publicitarios, preparando al pueblo, para la gran celebración del bien máspreciado que posee el hombre: ¡LA LIBERTAD!

Empero, la Libertad y la Democracia son celosas plantitas que hay que cuidarlas con permanente esmero. Los déspotas y autócratas, son los peores enemigos de los dones entregados con sangre y sus propias vidas por nuestros inmortales héroes. Cada ciudadano debe ser un soldado permanente de la Libertad y Democracia.

24 de Mayo de 1822: hito emancipador en la línea ecuatorial

“La derrota de las huestes del general Melchor de Aymerich, último presidente de la Real Audiencia de Quito, tuvo enorme significado en el contexto continental. En la batalla de Pichincha fue determinante la visión e impronta del mariscal Antonio José de Sucre”



Aníbal Fernando Bonilla

Las sociedades pugnan a lo largo del tiempo por la ansiada libertad (o libertades) que permita de manera perseverante el desarrollo equilibrado y armónico, en el marco del respeto y acatamiento normativo. En tal sentido, la mirada tolerante a las otredades ha sido una de las motivaciones que despierta el sentido racional en esa búsqueda incesante -a ratos incomprendida-, para que las poblaciones afiancen una estructura orgánica que brinde las condiciones de prosperidad en un marco político y administrativo fiable y de envergadura, y apto para alcanzar los nobles afanes democráticos.

Aspiraciones emancipadoras éstas (como en el naciente Ecuador de 1830), que tienen un carácter irrenunciable de cara a los objetivos de cristalización de organizaciones político-jurídicas, en donde el mandato popular esté enmarcado en funciones públicas que brinden estabilidad y garantías ciudadanas. Esa pretensión libertaria sólo es posible cuando se cohesionan elementos de una conciencia colectiva¹ que supera la ambición personalista o los beneficios de las élites. Por tanto, se entiende que el arribo de coincidencias conjuntas –por encima de las divergencias– en la comunidad permite la fecundación de realizaciones supremas en aras del bienestar general.

La necesaria exploración encauzada en el debate y diseño de la cuestión nacional, con pleno sentido de autonomía ha implicado

1 Una de las figuras que descolló en la toma de conciencia criolla en la entonces Presidencia de Quito, fue Eugenio Espejo, quien a fines del siglo XVIII recibió cárcel y destierro por divulgar sus ideas republicanas.

la provocación de severos cuestionamientos a los mandos jerárquicos de prosapia ibérica. Las raíces engendradas por nuestros primeros asentamientos comunitarios se vieron reducidos a la experimentación colonialista que trajo un esquema de sumisión en un orden piramidal que fragmentó la anhelada coexistencia social.

El cimiento de nuestras sociedades circundantes tiene vestigio de lucha y hálito de gloria. Tras sus firmes huellas queda el acervo tutelar y la decidida acción de nuestros antepasados, como expresión insubordinada de exigencia de derechos y cumplimiento de tareas encauzadas al progreso común. La consigna fue -desde siempre-, alcanzar un destino ecuánime, aunque aquello implique la revuelta popular. Ante toda ignominia queda el grito de denuncia y la demanda de abdicación a la corona dominante.

En sí, las naciones -desde su génesis- se han visto teñidas de esclarecedoras jornadas de luz -en medio de hondas dificultades y severos contrastes-, que envolvieron episodios de heroicidad y rebelión. En su constructo social queda la savia de mujeres y hombres que a costa de ofrendar sus vidas, refrendaron el surgimiento e instauración de territorios alimentados de signos de identidad, que fueron el producto de una irrefrenable ansiedad emancipadora, tal como ocurrió en la geografía latinoamericana, especialmente, en el transcurso del siglo XIX, aunque con vastos antecedentes en donde los cabildos originarios indígenas tuvieron preponderancia en la justa protesta, no obstante de sangrientas secuelas, cargadas de ruindad y oprobio².

.....

2 En la Colonia ante la situación de sometimiento, se dieron en lo que hoy es el Ecuador, levantamientos indígenas en contra del sistema implantado por la Real Audiencia de Quito. Tales son los casos de lo ocurrido en Riobamba en 1764, en Otavalo en 1776, y en Guamote en 1803.

Resquicios de la historia

La arquitectura del Estado-nación transita por varios estadios de acumulación histórica. Tal registro afianza el eslabón identitario. Y, en el asunto abordado, con su revisión sabemos de los intersticios de nuestro origen que es complejo pero aleccionador, en donde el monopolio y los intereses despóticos gobernaron y saquearon nuestras tierras, siendo la misma gente americana y, particularmente, ecuatoriana, quien se alzó –contrario al predominio español– por alcanzar la libertad y adoptar de manera autónoma sus decisiones como República.

Jorge Núñez Sánchez (2009), asevera que “la historia debe ser, ante todo, un acto de reflexión colectiva, por el que un pueblo piensa y asume con dignidad las acciones de sus antepasados. Por lo mismo, cada generación debe volver sus ojos hacia el ayer y efectuar su propia lectura del pasado, antes de definir sus horizontes de futuro” (p. 9).

Entonces, el reto es evidente. Primero, cabe conocer el pasado, luego entender ese entretejido del tiempo, en donde sus protagonistas con aciertos y yerros determinan el curso histórico. Y, en circunstancias actuales en que se invoca el restablecimiento de valores inmanentes a la concepción patria, es menester propagar y replicar la ética y honda convicción cívica de nuestros próceres.

La historia reúne una conjunción de hechos que tienen interconexión en el tiempo. El variado entramado de la sociedad acoge sus consecuencias, tras ser sujeto primordial de su casuística. Sin sociedad la historia se vería mermada de acontecimientos notables, al igual que toda sociedad carecería de vida sin el influjo histórico que le brinda una producción dialéctica profusa.

Breve reseña

Con lo dicho, es relevante releer los pasajes históricos que contribuyeron a la configuración patria. Es así, que el 24 de Mayo de 1822 tiene especial connotación en los anales de la vida nacional. Precisamente, es en el campo de batalla en donde se fragua el ideal emancipador –contrario al dominio colonial–, como peculiaridad de las naciones que tuvieron como certificado de nacimiento el acervo bolivariano.

La fecha anotada, ciertamente, tiene antecedentes insoslayables que merecen ser descritos, como el 10 de Agosto de 1809, que fue el punto de partida respecto del ansia libertaria de prohombres que entregaron su vida un año después, con la finalidad de proclamar la independencia³. Luego, otro momento significativo fue el 09 de octubre de 1820, cuando Guayaquil se levantó con su característica rebeldía costeña. A renglón seguido, vino igual proclama en Cuenca en noviembre del mismo año, y en gran parte de lo que hoy es la sierra centro de nuestro país. Aunque esos esfuerzos hayan tenido complicaciones ante el ulterior control de las tropas realistas.

Esta fue una época convulsionada por los afanes de reivindicación republicana, en tanto las fuerzas realistas propugnaban la defensa irrestricta de la monarquía, aún a sabiendas del oprobio causado por la supremacía española, con la complicidad de ciertos segmentos de la clase criolla. Pero más era la fuerza de cambio imperante en las mentes influidas por la Ilustración y

3 Patricios de la quiteñidad fueron masacrados el 02 de agosto de 1810. Entre otros: Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez de Quiroga, José Luis Riofrío, Juan Salinas, Juan Pablo Arenas, Juan Larrea, Francisco Javier Ascázubi. En la confrontación se menciona que por lo menos trescientas personas fallecieron en la urbe quiteña por las fuerzas realistas.

fenómenos universales como la Revolución Francesa⁴, que determinaron avanzar en el objetivo supremo en pos de la autonomía ciudadana en estas tierras fértiles. Ante lo cual, por pedido expreso del libertador Simón Bolívar —a quien le vendría resistencia desde Pasto—, en 1821 arribó a Guayaquil, Antonio José de Sucre, con el afán infructuoso de interponer sus buenos oficios para convenir la anexión del Puerto a la República de Colombia, a través de intensos diálogos entre sus pares. Sin embargo de no alcanzar tal propósito, Sucre preparó las estrategias necesarias para conformar un fuerte ejército que le permitiese recorrer los chachiñanes de la patria en ciernes, hasta alcanzar la cima del Pichincha el 24 de Mayo de 1822.

Sin embargo, esta empresa tuvo más de un obstáculo ya que la soldadesca enemiga empleó sus recursos militares y experiencia bélica para impedir la vertiginosa posesión de los cerca de tres mil patriotas en suelo quiteño⁵. Al amanecer del día detallado, Sucre cercó las laderas de la cima del volcán Pichincha, sosteniendo una ofensiva que le valió al mediodía el triunfo de sus tropas conformadas a más de connacionales, por venezolanos, neogranadinos, ingleses, irlandeses⁶, y como refuerzos de José de San Martín, por argentinos, peruanos y chilenos.

La derrota de las huestes del general Melchor de Aymerich, último presidente de la Real Audiencia de Quito, tuvo enorme significado en el contexto continental. En la batalla de Pichincha fue determinante la visión e impronta del mariscal Antonio José

4 Suceso desarrollado en 1789, de imponderable trascendencia europea y de influencia en América Latina en aquel contexto histórico, por su proclama de *libertad, igualdad y fraternidad*.

5 El dato corresponde a Alfredo Albuja Galindo, en su libro *La otra cara de la Historia Ecuatoriana* (1993), p. 252.

6 Ver referencia en *Nuestra patria* (2005), p. 155, de varios autores en los fascículos de Historia Nacional.

de Sucre⁷. Al respecto, Felipe Montilla (1996) ratifica que “Un año, de mayo de 1821 a mayo de 1822, tardó la gestión diplomática, política y militar de Sucre para consolidar la libertad y la independencia de esta tierra y para ocupar esta histórica ciudad de Quito. Pichincha, modelo de estrategia militar, decidió la suerte el 24 de mayo de 1822 y después de esta esplendorosa victoria Sucre ocupó (...) Quito” (p. 299).

Igualmente, despuntó la valentía de Abdón Calderón Garaicoa (de padre cubano y madre guayaquileña), cuya edad apenas frisaba los 18 años, quien demostró pundonor en el campo bélico, continuando en el teatro de los acontecimientos pese a su afectación por las heridas en su cuerpo. En días posteriores falleció ante el definitivo quebranto de su salud.

Pero, asimismo como la historia oficial ha apreciado estos liderazgos perceptibles, también corresponde señalar la adscripción desde una representación colectiva de grupos sociales ciertamente preteridos en su protagonismo en el proceso emancipador. Es el caso de las mujeres⁸ (partícipes en diversos quehaceres, desde el doméstico, culinario, informante, financiero y logístico hasta el eminentemente combativo), y los indígenas, al igual que los negros (cuyo estado de esclavitud muchas veces les obligó a enfilarse en el ejército realista por disposición de la autoridad española).

.....

7 Capítulo aparte merece la clarividencia militar y la talla estadista de Sucre. A más de su leal acompañamiento a Bolívar, por sí mismo se distingue en este ilustre venezolano su desprendimiento por las causas humanas. En el trayecto de vida demostró ponderación en la toma de resoluciones, como fino administrador de la Cosa Pública y en la lucha por ideales supremos que encaucen la integración latinoamericana. Entre sus dignidades destacó la Presidencia de Bolivia. Su muerte se dio a traición en la selva de Berruecos, el 04 de junio de 1830.

8 De la época independentista en sus diversos momentos, sobresalen nombres como Manuela Espejo, Manuela Cañizares, Rosa Zárate Ontaneda, Mariana Matheu, Rosa Montúfar y Larrea, Manuela Quiroga, María Ontaneda, Manuela Sáenz, Manuela Garaicoa de Calderón, Josefina Barba, Rosita Campusano.

Digresión final

E. H. Carr (1984) afirma que “(...) La historia es la larga lucha del hombre, mediante el ejercicio de su razón, por comprender el mundo que le rodea y actuar sobre él (...) El hombre se propone ahora comprender y modificar, no sólo el mundo circundante, sino también a sí mismo (...)” (p. 182). Entonces, ¿para qué nos sirve evaluar la historia? Tal vez, para ahondar con mirada objetiva y plural los eventos consumados, pero no por ello olvidados. O, para aprehender de sus lecciones; un bagaje de aprendizajes que en el tamiz del presente permiten una concienzuda reflexión. Con más audacia se podría sugerir la desacralización del pasado. El reconocimiento y a su vez la ruptura del mito.

En lo concerniente al 24 de Mayo de 1822, esa llama libertaria (encendida con el cántico del romanticismo modélico que idealizaba al paisaje y al tiempo remoto), se ha visto mermada en distintos tramos de la historia, inclusive luego de tal gesta, ante la ambición criolla. Y, más tarde, cuando el Distrito del Sur se escindiera de la Gran Colombia, liquidando así, el propósito quimérico de Bolívar.

La afirmación del Estado-nación a partir de esta batalla ejemplar ha sido dilema constante en la existencia del país. En la tesitura de las circunstancias históricas conviene la resignificación de este episodio para alentar renovados vientos en el afianzamiento de un Estado intercultural y multiétnico, cuyo sentir democrático sea el mejor homenaje que se pueda brindar a las mujeres⁹ y hombres que con su denodada voluntad y bravura en el Pichincha abrieron la senda sublime de liberación.

.....

9 Según indagación de Amy Taxin, al menos tres damas intervinieron en el enfrentamiento como tal, suplantando sus nombres, por otros masculinos: Nicolasa Jurado como Manuel Jurado, Gertrudis Espalza como Manuel Espalza e Inés Jiménez como Manuel Jiménez.

Bibliografía

Abuja Galindo, Alfredo. (1993). *La otra cara de la Historia Ecuatoriana*. Imprenta Offset Internacional.

Ayala Mora, Enrique. (2018). *Resumen de Historia del Ecuador* (sexta edición). Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, Quito.

Bonilla, Aníbal Fernando. (2018). Batalla de Pichincha: síntesis de la gesta heroica. En *Revista Imbabura* N° 64. Anuario de la CCE, Núcleo de Imbabura, pp. 61-68.

Carr, E.H. (1984). *¿Qué es la historia?* Sudamericana-Planeta, Argentina.

De la Torre Reyes, Carlos. (1985). Génesis y proyecciones de la Batalla de Pichincha. En Ayala Mora, Enrique. (Ed.). *La Historia del Ecuador: ensayos de interpretación*, pp. 251-267. Corporación Editora Nacional, Quito.

Londoño, Jenny. (2009). *Las mujeres en la Independencia*. Campaña de Lectura Eugenio Espejo, Quito.

Montilla, Felipe. (1996). Sucre, el héroe, el prócer, el hombre. En Ayala Mora, Enrique. (Ed.). *Sucre-Soldado y Estadista*, pp. 287-305. Editorial Planeta-Universidad Andina Simón Bolívar, Colombia.

Núñez Sánchez, Jorge. (2009). *De la Colonia a la República: El patriotismo criollo*. Campaña de Lectura Eugenio Espejo. Editorial Ecuador, Quito.

Pareja Diezcanseco, Alfredo. (1962). *Historia del Ecuador*. Editorial Colón, Quito.

Taxin, Amy. (1999). La participación de la mujer en la Independencia: el caso de Manuela Sáenz. Procesos. *Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 14. Quito: CEN. Pdf

VARIOS. (2005). *Nuestra patria*. El Comercio, Quito.

El retorno de los ibarreños 28 de abril de 1872

**“Sintámonos orgullosos
de nuestra ciudad,
hagámosla la más hermosa.
Su geografía es única.
Con nuestro aporte
permitámonos tener
la más hermosa
de las ciudades
de este también
hermoso país”**



Juan Chávez Cabrera



Cada pueblo hace su Historia con sus gentes, sus acontecimientos, su arte, sus costumbres, su idiosincrasia. Con aquellas gentes que laboran, que viven cada día un día nuevo. Unos con su manifestación explícita y otros calladamente. Pero todos tienen parte en esa historia. Más aún, tratándose de Ibarra, es una historia compartida entre los propios y los extraños que se han hecho propios, que se han empoderado de este bello suelo, de esta tierra generosa.

Ibarra, un rincón de privilegio por sus habitantes, su tierra, su cultura y sus paisajes. Ha hecho de su terruño lo más importante, su casa grande donde todos puedan vivir y vivir bien. Donde los propios se sientan bien y los extraños también. Muchas artes la

han engrandecido abundantemente. Podemos hablar de literatura, historia, música, educación, política, etc. No cabe duda que los interrogantes en cada tema quedan totalmente resueltos con abundancia y generosidad por personajes que han hecho historia, una historia imperecedera. ¡Cuánto orgullo debemos tener que las fronteras ibarreñas se hayan extendido más allá de unos simples límites físicos, traspasando los espacios hacia el país y el mundo!

Y todo esto después de una terrible hecatombe ocurrida el 16 de agosto de 1868. Nos podemos imaginar cómo quedarían los solares, las habitaciones, las calles, pero sobre todo los habitantes después de un terremoto que asoló toda la ciudad y los lugares circunvecinos. Si la partida de un solo ser querido enluta el corazón de la familia, qué angustia, qué soledad, qué desamparo vivirían los ibarreños en esa fecha trágica. Cómo buscar refugio con esos ánimos quebrantados por la angustia y el dolor. Dónde acudir para organizar sus vidas.

Perennizada ha quedado la tragedia de Ibarra en una de las obras literarias más importantes de nuestra Literatura, la novela “A la Costa”, del ambateño Luis Alfredo Martínez. Pero son páginas no para causar más terror, sino para darnos cuenta del flagelo y estar atentos a superar cualquier otro con valentía y dinamismo, propios de un ibarreño, de una ibarreña. Pero también de aquellos que disfrutamos de su calor, de su amabilidad, de su clima, de su paz, de su encanto.

“La gran campiña, sembrada antes de ciudades, pueblos y haciendas, estaba allí informe, monstruosa, como si en todo el territorio hubiera estallado una mina inmensa. Las casas eran montones fragmentarios de piedras, tejas pulverizadas y maderas reducidas a astillas. Algún arco de iglesia resquebrajado se levanta

taba todavía como gigante solitario. Los árboles mismos, los copudos nogales, las palmas, los sauces verdes, que daban a Ibarra un aspecto oriental, como si hubieran sido asolados por un ciclón furioso, estaban allí tronchados o arrancados de cuajo, las raíces al aire, asemejándose a tentáculos de pulpos gigantes. Las llanuras, ayer verdes, unidas, tersas como alfombras de terciopelo, surcadas estaban por anchas grietas ...y las tendidas lomas, que por sus redondeces abultadas parecían antes los pechos de una naturaleza generosa, ahora estaban desgarradas por el azote, mostrando quebradas y precipicios, rocas y peñascos, vacíos de la tierra fecunda...

La desesperación, la locura, el idiotismo, pintados en los rostros de los sobrevivientes vestidos de harapos. Y la naturaleza, en tanto, como burlándose del dolor humano, haciendo lujo de sus nubes coloreadas, de cielo azul, de calma majestuosa y solemne”.



Calmados en parte los ánimos de los sobrevivientes, dejan a un lado la tragedia y comienzan a buscar el mejor sitio para improvisar viviendas, hasta que se pueda estabilizar el espacio para

rehacer las vidas y pensar en el desarrollo individual y social de los habitantes. El mejor lugar, los llanos de “Santa María de la Esperanza”. El lugar que servirá durante cuatro años para pensar y proyectar la vida futura.

Mientras tanto, un hombre de recia personalidad comenzará la reconstrucción de la ciudad, García Moreno, que con su carácter y temperamento fuerte y decidido hará de Ibarra una nueva ciudad, digna de la admiración de propios y extraños. Una nueva ciudad que se preparó para recibir con alegría y júbilo a los que sufrieron la calamidad telúrica. Acontecimiento que sucedió un 28 de abril de 1872. Día para recordarlo por siempre. Día para festejarlo, porque la tristeza quedó atrás y la alegría se hizo centenaria.

¡Qué hermoso retornar! Volver a su tierra, a su lar querido después de un tiempo de ausencia, de unos bellos o malos momentos, ¡qué felicidad y alegría! La fiesta es grande y variada. No hay habitante que persista en la tristeza, en el dolor, en la desesperación y en el llanto.

Y ese despertar se ha hecho grande. Los elementos naturales se han arropado con bondad. El sol brilla más saludable, el cielo se resiste a dejar de ser azul, el Imbabura no deja de lucir sus canas de plata, Yahuarcocha se alegra con el canto blanco de las garzas, el Tahuando sigue su curso con su canción eterna hacia el infinito océano, las Iglesias lucen los colores del arcoíris y han dejado atrás el luto de tragedia, y mejor entonan jubilosas el canto de victoria.

Con todo esto es hora de vivir, de permitir la vida para aquellos conciudadanos que partieron a países lejanos en busca de mejores días, que han dejado con nostalgia su tierra querida, su

familia, sus hijos, su ser amado. Vivamos ese retorno ansiado. El abrazo fuerte que confunde a los seres en uno solo y permiten compartir el calor de hermanos y amigos, que rehace la familia y nos hace sentir con orgullo el ser ecuatorianos, el ser imbabureños, el ser ibarreños con un corazón grande y generoso.

Sintámonos orgullosos de nuestra ciudad, hagámosla la más hermosa. Su geografía es única. Con nuestro aporte permitámonos tener la más hermosa de las ciudades de este también hermoso país. Permitamos con nuestra voluntad tener el espacio más lindo para vivir. Reconstruyámosla todos los días. Sintámonos orgullosos de sus avenidas, de sus calles, de sus templos, de sus edificios públicos, de sus paisajes, de su paz, de su esperanza.

Démonos el mejor de los aplausos por ser ibarreños, imbabureños, ecuatorianos.

El Retorno

**“Ahí en las calles
se juntan quimeras
de un pasado de ilusión.
Y en cada suspiro
se construye
con ferviente devoción”**



Guicar Dávila

Retornan del caos cientos de almas
cobijadas por la esperanza.
Nuevos rumbos y añoranzas,
trabajo, sacrificio y tesón.

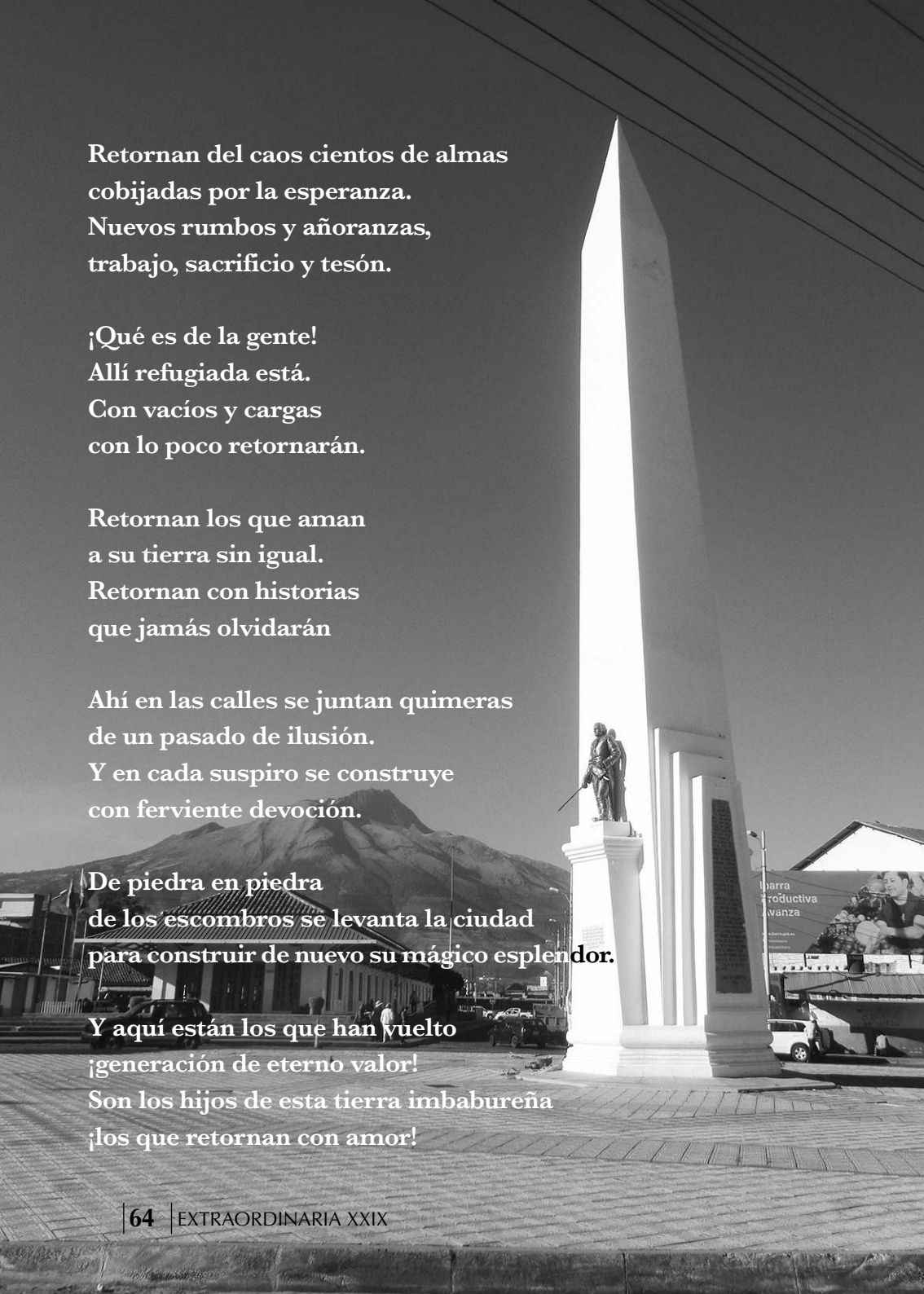
¡Qué es de la gente!
Allí refugiada está.
Con vacíos y cargas
con lo poco retornarán.

Retornan los que aman
a su tierra sin igual.
Retornan con historias
que jamás olvidarán

Ahí en las calles se juntan quimeras
de un pasado de ilusión.
Y en cada suspiro se construye
con ferviente devoción.

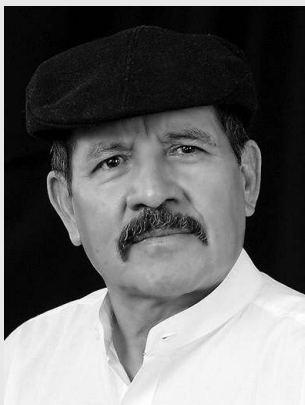
De piedra en piedra
de los escombros se levanta la ciudad
para construir de nuevo su mágico esplendor.

Y aquí están los que han vuelto
¡generación de eterno valor!
Son los hijos de esta tierra imbabureña
¡los que retornan con amor!



Antes y después del 24 de Mayo de 1822

**“Pese a todo pronóstico,
la autonomía de los pueblos,
permite con seguridad:
buscar su propio derrotero,
decidir sobre su propio
futuro, velar de frente,
por sus propias
necesidades... en bien
de la población
¡LIBERTAD ES
PRÓSPERIDAD!”**



Marco Gudiño Mejía



Desde el abandono forzado de la administración española en la ciudad de Quito, sucedido el 24 de mayo de 1822, hasta el 24 de mayo del presente año, esta “capital inamovible” de los ecuatorianos, cumpliría 200 años de una permanente autonomía; es decir, **¡La Ciudad de Quito alcanzó su vida soberana, después de haberse liberado del fogoso “yugo español”.**

Este glorioso acontecimiento se fragua, en más de una decena de años. El “PRIMER GRITO DE LA INDEPENDENCIA”, sucedido el 10 de agosto de 1809 en esta histórica ciudad, es el

detonante de toda la “rebelión libertaria” del “continente americano”. Esta “primera rebelión” fue decisiva en la encendida de la “antorcha de la libertad”, del pueblo ecuatoriano.

“La batalla de Pichincha se produjo el 24 de mayo de 1822 entre las fuerzas patriotas comandadas por el general venezolano Antonio José de Sucre y las tropas realistas lideradas por Melchor Aymerich. El conflicto se produjo en las faldas del volcán Pichincha, en Quito, a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, en la hoy República de Ecuador”

(<https://www.notimerica.com/cultura/noticia-batalla-pichincha-proceso-independencia-ecuador-20160524085943.html>).

Este despliegue militar que logró la independencia de la ciudad, no solamente estuvo integrada por quiteños; sino que además, intervinieron grandes figuras militares de diferentes nacionalidades, que a la hora precisa se sintieron solidarios, con la causa justa de la emancipación americana; entre ellas: peruanos, ingleses y argentinos.

“El ejército patriota contó con 2900 hombres, la mayoría gran-colombinos (batallones Paya, Magdalena y Yaguachi) y peruanos (batallones Trujillo y Piura). También hubo ingleses y argentinos. Los realistas contaban con 3000 soldados”

(<https://educacionecuadorministerio.blogspot.com/2017/05/resumen-batalla-de-pichincha-24-de-mayo-de-1822.html>).

Cabe señalar, que casi en todos los pueblos del mundo, los “expansionistas” han trastocado “edificaciones”, “valores”, “histo-

rias”. El caso de Quito, no es una excepción. La lucha, el asalto, el despojo, la demostración de superioridad, la lucha por el poder... siempre han sido las tónicas, de la sobrevivencia de los pueblos.

Antes de abordar algunos “detalles comparativos”: de un antes, y de un después de la reacción bélica de 1822, que “redesfigura” el curso regular de la historia, del actual Ecuador, creo pertinente considerar, algunos puntos de partida.

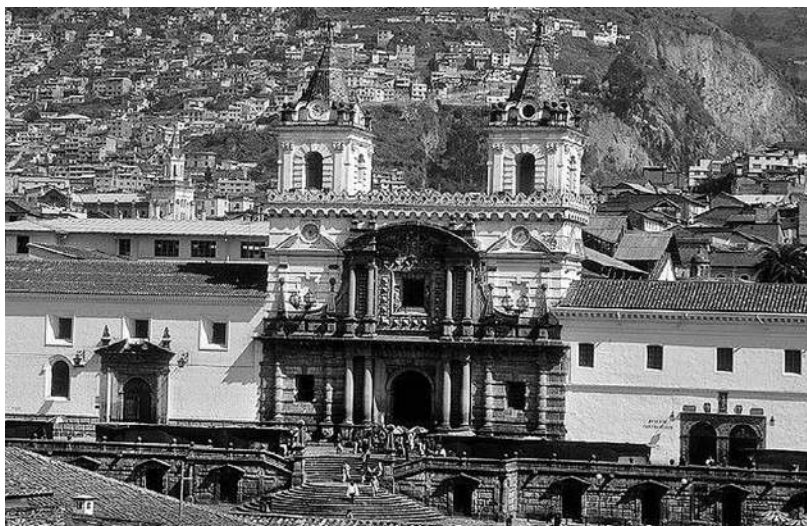
- El fenómeno de la independencia, no fue de una nación; y menos del Ecuador ¡Porque hasta esa fecha no existieron, ninguno de los actuales Estados de la región! Esta liberación fue únicamente del asiento de Quito; una de las últimas “ciudades Estado” que se encontró en manos de los españoles. Antes ya lo habrían alcanzado: Guayaquil/9-10-1820, Portoviejo/18-10-1820, Cuenca/3-11-1820, Latacunga/11-11-1820, Ambato/12-11-1820, Loja/18-11-1820, Riobamba/21-04-1822...
- La primera “alteración histórica” de los conquistadores ibéricos, iniciaría el 16 de noviembre de 1532, con la captura, y luego la muerte, del último “Emperador Inca” Atahualpa, oriundo de las actuales tierras del Ecuador; específicamente de lo que hoy contemplaría, la provincia de Imbabura.
- La alteración histórica del asentamiento de Quito, solo sería a partir de la conquista y la “fundación efectiva” de esta ciudad, por parte de los españoles, operada el 6 de diciembre de 1534, por Sebastián de Benalcázar, sobre las ruinas de esta “población”, dejadas por General Rumiñahui. Desde esta fecha en adelante, se iniciaría el des-

pojo, el reparto, la implantación del nuevo modelo administrativo. El resto ¡Ya es “Historia Colonial”!

- La “historia colonial” de la ciudad de Quito, abarcaría alrededor de 288 años, considerando al 6 de diciembre de 1534, como la fecha de su fundación, hasta el 24 de mayo de 1822, como la fecha de su independencia, y por supuesto, del abandono de las autoridades españolas.

LOGROS ESPAÑOLES EN LA CIUDAD DE QUITO

Solo bastaría observar el histórico, resonante y típico “Casco colonial”, para darse cuenta el aporte de los españoles a la ciudad ¡Todo Él, un yacimiento de cultura Iberoamericana! Gracias a estas edificaciones; y a las consiguientes acciones municipales de conservación y restauración... de esta ciudad de Quito, le permitió alcanzar la categoría de **“Patrimonio de la humanidad”**, por parte de la UNESCO, sellado el 18 de septiembre de 1978.



La construcción de la iglesia de “San Francisco”, según algunos historiadores, iniciaría solo después de tres años de su fundación. Construcción infraestructural que se ha extendido, desde 1537 hasta 1680. El santuario provisional perduraría, solo hasta 1550.

Entre otras edificaciones eclesiásticas construidas por los españoles, se encontrarían: la “Iglesia de la Merced”, iniciada por el año de 1701. La “Iglesia Catedral” por el año de 1562. La de “San Agustín” por el año de 1580. La de “San Juan” por 1750. La de “El Belén” por 1546. La “Iglesia de la Compañía”, aunque informan que quedó inconclusa por la expulsión de sus constructores, iniciaría por el año de 1605...

Una vez levantadas las edificaciones administrativas, los templos religiosos, calles, plazas... debió haberse previsto las celebraciones religiosas; así como el adoctrinamiento de los nativos... ¡Sin duda un trabajo descomunal! por la falta de infraestructura, de contingentes humanos, materiales... y más que nada, por la difícil comunicación con los nativos...

No solo priorizaron la edificación de santuarios, o domicilios; lo más significativo sería, la enseñanza del idioma... de costumbres... Se debería admitir que gracias a ellos, se enriquece la agricultura, la ganadería, y por ende la alimentación... ¡Pienso que el aporte en la educación y la cultura es inconmensurable! Sin desconocer, que “América” también aportó en mucho, a los pueblos del viejo continente.

Efectivamente hay que reconocer, que el montaje de la fundación de la nueva ciudad de Quito, debió haber sido un trabajo titánico, por no contar, con las condiciones infraestructurales necesarias; y peor, acorde a las exigencias de los conquistadores; desde luego, habría que considerar, que toda la ciudad, fue des-

truida o incendiada por sus verdaderos propietarios. Una iniciación espinosa, fatídica, tumultuosa... y con un permanente acecho de los nativos ¡No quiero ni pensarlo!

Probablemente, “solo el apetito voraz del “tesoro de Atahualpa”, pudo haberlos mantenido de pie, valerosos y operativos a los ambiciosos conquistadores, en una tierra totalmente desconocida.

Las organizaciones administrativas, tanto eclesiástica como civil, lo demuestran. La “Diócesis de Quito”, aparece recién en 1545; el verdadero funcionamiento de la “Real Audiencia de Quito”, por el año de 1563... ¡Años con una fe inquebrantable, hasta que vuelva a resurgir de las cenizas, la histórica ciudad de Quito!

LOGROS DE LOS PATRIOTAS EN LA CIUDAD DE QUITO



ANTECEDENTES

Quito ya sea como ciudad, o como capital de los ecuatorianos, tiene mucho que contar a través de su historia, sus gobernantes,

su pueblo... ¡NO SE DEJA DE PENSAR QUE LA NUEVA REPÚBLICA, PARECERÍA QUE LE FALTÓ TODO!, porque se trató de una nueva identidad o de una nueva realidad... En el fondo, la ciudad de Quito fue el “nacimiento prematuro” de una doble personalidad: como ciudad, y como capital de los ecuatorianos. Esta doble realidad le permitió crecer en todos los frentes ¡Resultaría complejo diferenciarlos!

Cuando germinó el “embrión” de la nueva ciudad, o de la capital, le faltaba “casi todo”. En esos “primeros días” no se conocía ni los límites, ni el número de habitantes... de la “nueva república”; y peor, con quienes se contaría para guiar al “rebaño”. Sin leyes, sin recursos económicos; sin acuerdos... ¡Nada bajo el as de la mano!

Tanto es así, que el primer Presidente de los “ecuatorianos” fue un venezolano; y como si fuera poco, sin una sólida identidad... porque hubo que fundir a tres identidades idiosincráticas diametralmente distintas; que aún hoy en día, no terminan por fundirse.

Creo firmemente que la situación del Ecuador, no es la excepción; esta es la constante, de todos los países, especialmente latinoamericanos, donde cada “lucero, cree que es un sol”, sin la correspondiente decencia, honorabilidad, formación... para gobernar una nación.

El siguiente recuento arbitrario, de la edificación de la superestructura e infraestructura de la ciudad, lograda por sus gobernantes, dice de alguna manera, el avance “parsimonioso” de la ciudad y de la capital:

1830/ Nacimiento de la República. **1830/** Elaboración de la Primera Constitución. **1835/** Nueva constitución de la República del Ecuador. **1840/** Constantes revueltas separatistas por al-

canzar el poder. **1860/** Creación de las gobernaciones en cada provincia. **1861/** Ley de División Territorial. 1896/ Instauración del “Estado laico” por Eloy Alfaro. **1901/** Eliminación de Leyes mordazas a los medios de comunicación. **1906/** Se concreta la colocación de la “Estatua de la libertad” en la “Plaza grande”. **1927/** Creación del Banco Central y la Caja de Pensiones. **1934/** Potenciación a la red vial. **1950/** Primer “Censo Nacional de Población”. **1978/** Impulso a las obras hidroeléctricas...

AVANCES SIGNIFICATIVOS

¡Con la “anhelada autonomía” de la ciudad, se ha logrado mucho! A pesar de las constantes falencias, desatinos, violencias, saqueos... de la mayoría de sus propios mandatarios; y que no es una “crítica maligna”, es una realidad patentizada. Son contados los alcaldes; y por ende, los mandatarios nacionales que han obrado con pulcritud, en el progreso de la “patria”.

¡Sin duda! La ciudad de Quito o la capital de los ecuatorianos, es diametralmente diferente a la urbe colonial ¡Hoy es una “Metrópoli próspera, moderna, triunfante”!; y no solamente, por su condición administrativa de los “hijos de la patria”, sino, porque además ha incidido, el avance social y cultural, el desbordante crecimiento de la ciencia y la tecnología... al igual que en todas las urbes, de este encantado planeta.

Este cambio necesario, obligado, sanitario... que ocurrió en la nueva ciudad, obviamente aparece desde la creación de la República del Ecuador, por el año de 1830, descartando de plano, los años del paso transitorio de la creación de la “República de Colombia”/1824–1830, donde probablemente, no se logró ¡Nada!

CONCLUSIONES

- La “independencia de la ciudad de Quito” por el año de 1822, no es gratuita, racional, pacífica ¡Esta independencia cobra la vida de los más grandes “seres humanos que ha fructificado esta tierra! Quién no reconozca la historia por ignorancia... ¡No es ecuatoriano!
- De alguna manera, la batalla del “24 de mayo de 1822”, marca la división de dos etapas diametralmente diferentes: la “Época colonial” de la “Época republicana” de la actual ciudad de Quito.
- Las obras “infraestructurales” y “supraestructurales”, en cada una de las épocas obedecieron a la cosmovisión y a la necesidad de su tiempo. Mientras en la una se dedicó grandes “espacios” a la edificación de santuarios, y la unificación del idioma... en la otra, se prioriza la unificación de la población y la delimitación de su territorio; sin desconocer la construcción de “infraestructuras más elementales”
- Pese a todo pronóstico, la autonomía de los pueblos, permite con seguridad: buscar su propio derrotero, decidir sobre su propio futuro, velar de frente, por sus propias necesidades... en bien de la población ¡LIBERTAD ES PRÓSPERIDAD!

Bicentenario de la Independencia del Ecuador: de Eugenio Espejo a la Batalla de Pichincha

“Triunfó Sucre y el presidente de la Audiencia, general Melchor Aymerich, capituló y entregó la ciudad y sus fuertes. También entregó 1.100 heridos de tropa y 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles y otros elementos. En conjunto murieron 400 realistas y 200 patriotas y quedaron heridos 190 realistas y 140 patriotas, según el parte oficial de la batalla de Pichincha”



Hernán Jaramillo Cisneros

La batalla de Pichincha, 24 de mayo de 1822, con la cual la Audiencia de Quito alcanzó definitivamente la independencia de España, fue la culminación de un largo proceso que tuvo varios protagonistas ilustres y muchísimos participantes desconocidos.

Las primeras ideas de contar con una patria libre de ataduras coloniales fueron expresadas por Eugenio de Santacruz y Espejo (1747-1795) en sus publicaciones clandestinas. Philip L. Astuto, “campeón infatigable y propagador de la obra del prócer ecuatoriano”, dice sobre este personaje:

Rechazado por la oligarquía que regía a Quito, a causa de su condición social, sus proyectos de reforma y sus planes de independencia abarcaban no solo su amada patria, sino toda Hispanoamérica. Aunque no dio fruto durante su vida, la semilla por él plantada floreció espléndidamente en el movimiento por la independencia y ha sido siempre una de las fuentes de la inspiración del idealismo hispanoamericano. Nos parece aún más notable que Espejo no abrigaba el proyecto de crear una sociedad enteramente nueva. Hubiera sido comprensible que un hombre sensitivo de sangre mixta, a quien se negaba entrada en los círculos influyentes, se hubiera propuesto echar abajo los cimientos de la estructura social y religiosa. Pero sus reformas tendían a fortalecer el orden social y religioso existente. En suma, sus proyectos demuestran su moderación (pese a ciertas expansiones retóricas), y dan testimonio de su grandeza.



Foto: Marcelo Jaramillo Cisneros

Espejo fortaleció sus ideas mediante la lectura de los enciclopedistas franceses Rousseau y Voltaire, tomó como ejemplo la independencia de los Estados Unidos de América y el levantamiento de Túpac Amaru en el Perú, acontecimientos producidos en la época que maduraban sus proyectos políticos. Fue importante, asimismo, la amistad y el cambio de ideas con Antonio Nariño y Francisco Antonio Zea, quienes preparaban el movimiento emancipador de la Nueva Granada, y con Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, que formó parte del grupo de Quito.

En 1790, después de haber asumido su defensa en Bogotá y ser sobreesido de un juicio por la aparición del panfleto anónimo titulado *Retrato de un Golilla*, Espejo regresó a Quito. Un año después se estableció la *Sociedad Patriótica Amigos del País*, entidad que autorizó la edición del periódico *Primicias de la Cultura de Quito*, del que fue su único redactor. Por esta publicación fue enjuiciado y apresado; no se dictó sentencia porque antes de que eso ocurriera le llegó la muerte.

Eugenio Espejo, uno de los más destacados representantes de la Ilustración en Iberoamérica, es considerado el principal precursor de la independencia ecuatoriana.

Durante algunos años, los patriotas se mantuvieron en espera de un momento adecuado para continuar con los planes de emancipación que anhelaba Espejo. En cuanto se conoció la abdicación de Carlos IV, el exilio de Fernando VII y la invasión napoleónica a España se tomó la resolución de proclamar la independencia.

Con este propósito, los patriotas se reunieron en la casa de Manuela Cañizares el 9 de agosto de 1809, allí se impuso el criterio

de los más decididos: Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez Quiroga, Antonio Ante y Juan Salinas; por esto, en la madrugada del 10, el conde Ruiz de Castilla, presidente de la Audiencia, y otras autoridades fueron apresadas; el capitán Juan Salinas consiguió el respaldo de las tropas; se organizó la Soberana Junta Gubernativa de Quito, presidida por Juan Pío Montúfar, la cual, en su primera proclama, manifestó “que gobernará interinamente y a nombre y como representante de nuestro legítimo Soberano el Sr. Don Fernando VII y mientras su majestad recupere la Península”. En documento presentado al pueblo de Quito, la Junta dijo: “Un pueblo que conoce sus derechos, que para defender su libertad e independencia ha separado del mando a los intrusos y está con las armas en la mano, resuelto a morir o a vencer, no reconoce más juez que Dios, a nadie satisface por obligación, pero lo hace por honor”.

Acerca de Antonio Ante, Víctor Alejandro Jaramillo dice lo siguiente:

Nació en un pueblo de los tantos que tuvo Otavalo en el período colonial, en Urcuquí, tierra de sol, coraje y bravura, situada en un flanco de los Andes, permanentemente estremecida —cual la provincia toda—, por el jadeo de lucha titánica, ora en los campos de trabajo, para hacer fructificar las espigas, ora en los del honor, para dar brillo y esplendor a la libertad.

Agrega,

...el doctor Ante aparece como figura prominente entre los contertulios de la casa de doña Manuela Cañizares, donde se reunieron los

próceres por la noche del 9 de agosto de 1809, para proclamar la Independencia. El papel que desempeñó el doctor Ante en la alborada del día diez inmortaliza su nombre, pues con ello demostró que sus palabras no fueron superfluas, y que, como buen hijo de la Patria, estuvo pronto, de ser necesario, a sacrificar por ella su existencia. Apuñalado en su propio hogar, por enemigo cobarde, y reducido a prisión, siguió camino del exilio, acompañado de un hijo de pocos años, dando pruebas en el infortunio de conservar la misma fortaleza de ánimo con que participó al Conde Ruiz de Castilla la cesación de sus funciones, en nombre de la Junta Soberana de Quito.

Miles de personas respaldaron el pronunciamiento del 10 de agosto, aunque de inmediato comenzó la represión a los revolucionarios. Quito fue sitiada por orden de las antiguas autoridades realistas y muy pronto llegaron las tropas solicitadas a Panamá, Bogotá, Popayán, Pasto y Barbacoas, por el norte; y las del sur, de Lima, Guayaquil y Cuenca. Las milicias realistas, peruanas y neogranadinas, apresaron a los patriotas en el cuartel real y los sometieron a juicio, acusándolos de delitos de ‘lesa majestad’ y de haber instaurado una ‘causa de Estado’, los peores crímenes en la legislación monárquica española, penados con la muerte.

Los revolucionarios, que permanecían incomunicados, presos con grilletes y en mazmorras humillantes, fueron juzgados con rigor; para 40 de ellos se pidió la pena de muerte, así como para 32 de los 160 soldados de la guarnición que sirvieron a la Junta la noche del 10 de agosto de 1809.

El 2 de agosto de 1810, perversos comandantes realistas, con anuencia del conde Ruiz de Castilla, que había sido restituido como presidente de la Audiencia, comandaron la represión tanto al

interior del cuartel real como en las calles de Quito. Al caer la tarde las víctimas sumaban 300. Así se intentó terminar con la revolución quiteña, pero la masacre del dos de agosto conmovió al continente americano y pronto, de un confín a otro, surgieron las ideas de luchar hasta alcanzar la independencia de España.

Sobre los acontecimientos ocurridos en los primeros años de lucha por la independencia, el historiador Jorge Salvador Lara, manifiesta:

El antecedente mediato de la batalla de Pichincha es el pronunciamiento pionero de Quito del 10 de agosto de 1809. Pero aquel movimiento, que iluminó toda América, estuvo condenado a un fracaso aparente por la fuerza de las circunstancias que gravitaban sobre él. En todo caso, la voz de los próceres quiteños fue como el gran llamamiento heroico, algo así como un inmenso 'grito' que incitaba a la acción, que quería despertar la adormecida conciencia de patria, el clamor desesperado que golpeaba los corazones de todos los hermanos del continente.

Pero si el 10 de agosto es el toque de diana de nuestra emancipación y si el 2 de agosto de 1810 es el de silencio y dolor ante la tragedia que arrebató las vidas de los principales dirigentes de la revolución de independencia, el 9 de octubre de 1820 es el toque a somatén que pone en efervescencia a la nación entera y la galvaniza para la serie de acciones de armas que culminarán en la espléndida victoria del 24 de mayo de 1822. Porque la libertad de Guayaquil es el antecedente inmediato de la acción de Pichincha.

La primera oportunidad para lograr la adhesión de Guayaquil a la causa patriota se presentó con ocasión de una reunión

de carácter social en la residencia de José de Villamil, el 1 de octubre de 1820, a la cual asistieron varios partidarios de la emancipación, lo mismo que algunos militares venezolanos del batallón ‘Numancia’ y oficiales peruanos del ‘Granaderos de Reserva’ acantonados en el puerto. Fueron veinte conspiradores en total, ante los que José de Antepara pronosticó que ‘esta será la fragua de Vulcano’, lo que en efecto se cumplió. Con la consigna de ‘Guayaquil por la patria’ se resolvió la independencia de España, llevando al frente el idealismo americano de libertad y el rechazo a la monarquía.

El 8 de octubre, nuevamente se reunieron los patriotas en casa de Villamil. Allí se determinó que la insurrección comenzara a las dos de la mañana del día siguiente. Los hechos del día 9 se ejecutaron con precisión: Nájera apresó al jefe de artillería; Febres Cordero, al mando de cincuenta granaderos, se tomó el cuartel de artillería y consiguió la adhesión de la tropa; Antepara y Urdaneta, al frente de varios jóvenes guayaquileños, asaltaron al escuadrón ‘Daule’, sus tropas apoyaban la causa patriota. Antepara, con un grupo de civiles se apoderó, sin hallar resistencia, de la batería ‘Las Cruces’. Cayeron presos el comandante del ‘Granaderos’, el gobernador Vivero, su lugarteniente coronel Elizalde y el fraile realista Pedro Querejasú. Al conocer estos acontecimientos, el pueblo salió a las calles y proclamó la libertad.

Ese mismo día se reunió el cabildo y sus alcaldes, Manuel José Herrera y Gabriel García Gómez, proclamaron la independencia “por el voto general del pueblo, al que estaban unidas las tropas acuarteladas”. En ese acto se designó jefe político a José Joaquín de Olmedo y jefe militar al comandante Gregorio Escobedo. En la misma sesión se acordó “propender a la independen-

cia de América” y comunicar esta decisión a Quito y Cuenca, en poder realista, “exhortándoles a la uniformidad de sentimientos y operaciones”. Unos días después salieron de Guayaquil a comunicar lo acontecido y pedir ayuda a Bolívar y San Martín, el capitán Lavayen y el coronel Villamil, respectivamente.

Jorge Salvador Lara, señaló con respecto a la revolución de Guayaquil:

...se produjo casi sin derramamiento de sangre, [...] abrió camino definitivo a la emancipación del antiguo reino de Quito; rubricó, aunque fuera once años más tarde, la clarinada quiteña de 1809, anunciadora de la libertad e hizo posibles el triunfo de Pichincha, el encuentro de Bolívar y San Martín y las victorias finales de Junín y Ayacucho.

Cuenca conoció los acontecimientos de Guayaquil a mediados de octubre de 1820; allí, un grupo de patriotas, dirigidos por los jóvenes Tomás Ordóñez y José Sevilla, se dirigió desde Todosantos hasta la plaza mayor, a exigir la convocatoria de un cabildo abierto para discutir la situación de Guayaquil. La terca respuesta de las autoridades realistas, que sacaron tropas y armas a las calles, hizo fracasar este primer intento de emancipación. Pero el día 3 de noviembre, al mando del mismo Ordóñez, se produjo el primer enfrentamiento con soldados realistas. Los patriotas, con armas blancas y lanzas, con guadañas y hoces, casi fueron derrotados por soldados que contaban con armas más eficaces. En esas condiciones, un gran número de campesinos blancos e indígenas, dirigidos por Javier Loyola, cura de Chuquipata, se unió a los patriotas y definió el enfrentamiento a favor de quienes

luchaban por la independencia de España. Ese mismo día se proclamó la libertad de Cuenca.

Durante el mes de noviembre hubo algunos movimientos en la región interandina: el día 11 en Machachi, Latacunga y Riobamba, el 12 en Ambato y el 15 en Alausí. De ahí en adelante se dieron algunos enfrentamientos armados, en algunos triunfaron los realistas y en otros los patriotas. Para 1822 hubo algunos combates menores, entre los que se destaca la batalla de Tapi del 21 de abril, que aseguró la libertad de Riobamba.

El enfrentamiento definitivo se dio en Quito, donde estaba fortificado el ejército realista. Los patriotas ascendieron por las estribaciones del volcán Pichincha, al occidente de Quito. Allí se produjo el encuentro decisivo, en el cual se dieron muchos ejemplos de valor en los dos ejércitos, en el de los patriotas sobresale la actitud de Abdón Calderón, de quien señala Alfredo Pareja Diezcanezo: “Era un adolescente al mando de la tercera compañía del ‘Yaguachi’, había recibido cuatro heridas mortales. Le ordenaron retirarse del combate, pero el joven héroe se negó. Murió al amanecer del día siguiente. Sucre lo ascendió a capitán después de su muerte”.

Acerca de este enfrentamiento, Carlos Landázuri Camacho dice:

La Batalla de Pichincha fue hasta entonces la más internacional de la independencia hispanoamericana. Sucre traía consigo venezolanos, neogranadinos, ingleses e irlandeses, aparte de guayaquileños, cuencanos y quiteños de todas las provincias por las que había pasado. Con Santa Cruz venían argentinos, chilenos, peruanos y alto-peruanos. En ambos bandos había españoles. Al pie del campo de

batalla, contemplándolo con emoción contenida desde balcones, plazas y campanarios, estaban los habitantes de Quito.

Triunfó Sucre y el presidente de la Audiencia, general Melchor Aymerich, capituló y entregó la ciudad y sus fuertes. También entregó 1.100 heridos de tropa y 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles y otros elementos. En conjunto murieron 400 realistas y 200 patriotas y quedaron heridos 190 realistas y 140 patriotas, según el parte oficial de la batalla de Pichincha.

De esta manera, por fin, la antigua Audiencia de Quito alcanzó la independencia de España el 24 de mayo de 1822. En el Perú, al mando de Antonio José de Sucre, el 9 de diciembre de 1824, se alcanzó el triunfo en Ayacucho y, con ello, “la verdadera independencia de los pueblos de América frente a España”. Por esta acción y por su extraordinaria trayectoria en favor de la libertad, Sucre fue ascendido por Bolívar a Gran Mariscal de Ayacucho, título tan solo inferior al de Libertador.

BIBLIOGRAFÍA

ASTUTO, Philip L. (editor)

2008 **Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Obras completas.** Biblioteca Mínima Bicentenario.
Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Chimborazo
y Matriz Quito, Quito.

CUETO CÁRDENAS, Mario T.

2017 **Ayacucho y su riqueza cultural.** Librería imprenta
DSG Vargas S.R.L., Ayacucho.

GRUPO AMÉRICA

2009 **En torno al 10 de agosto de 1809.** Contribución del Grupo América al Bicentenario, Quito.

JARAMILLO, Víctor Alejandro

1953 **Participación de Otavalo en la guerra de la independencia.** Ensayos Monográficos Regionales, Imp. 'Cultura', Otavalo.

LANDÁZURI CAMACHO, Carlos

2009 "La independencia". En: Carlos Paladines (compilador), **Pensar Habitar en el Bicentenario.** Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Quito.

NÚÑEZ SÁNCHEZ, Jorge

1999 **La defensa del país de Quito.** Ministerio de Defensa Nacional, Centro de Estudios Históricos del Ejército, Biblioteca del Ejército Ecuatoriano, 16, Quito.

PAREJA DIEZCANSECO, Alfredo

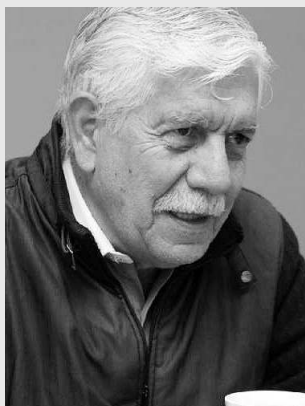
1962 **Historia del Ecuador.** Editorial Colón, Quito.

SALVADOR LARA, Jorge

1981 "La Revolución de Quito: 1809-1812". En: **Historia del Ecuador**, Vol. 5, Salvat Editores Ecuatoriana S.A., España.

Las sin nombre ni historia

**“Mi cuerpo
es mi instrumento
para sobrevivir.
Sobrevivo trabajando
con mis manos y caminando
con mis pies. En ese trajinar,
un día llegué a este ejército
donde cada día sobrevivo”**



Fausto Jaramillo Y.

Soy, antes que nada y a pesar de todo: un ser humano. Todo lo aprendí de esta vida que la llevo sin quejas ni llanto. Nadie me enseñó nada, ni siquiera los libros, porque nunca aprendía a leer. No escogí vivir como vivo, porque como mujer ni siquiera tengo el derecho de hacerlo. Pertenezco a la única especie que es capaz de alcanzar la cima de los valores humanos y, al mismo tiempo, de hundirse en la sima de sus miserias. Capaz de dar, pero también de cobrar; de extender su mano limpia para ayudar, al tiempo que esconde la mano sucia para matar. Sí, soy una pecadora y por ello no acepto que nadie me juzgue porque yo no juzgo a nadie, y aunque somos iguales, al final todos somos diferentes.

Por mis venas corre sangre y en ella encuentro mis pasiones y mis virtudes, mis amores y mis odios, mis ambiciones y mis contriciones, soy orgullosa de mi humildad y soy humilde ante mis orgullos.

Mientras mi mente crece creando, analizando y criticando, mi cuerpo se enferma, y se destruye cada día más ya que no puedo escapar de mi muerte.

Tengo un par de ojos para mirar la belleza del mundo y las miserias del hombre. Un par de orejas con las que oigo los sonidos del planeta y de los seres que lo habitan. Un par de ternillas con los que distingo el aroma de una flor y la fetidez de lo podrido. Un par de manos con los que puedo crear, cocer, zurcir, bor-

dar, cocinar, lavar, planchar y mecer con ternura la figura de un recién nacido. Un par de piernas unidas a un par de pies con los que me traslado de un lado en busca de una esquiva felicidad. Sobrevivo con inteligencia y sentimiento; en suma, soy capaz de pensar, sentir, sufrir, amar, gozar, odiar; siento vergüenza y siento alegría. Mi mente me dicta que pensar y mi corazón cuando late de amor, de ternura, de conmiseración y de solidaridad está gritando que soy una mujer.

Mi cuerpo es mi instrumento para sobrevivir. Sobrevivo trabajando con mis manos y caminando con mis pies. En ese trajinar, un día llegué a este ejército donde cada día sobrevivo.

De día cocino las raciones que debo entregar a cada soldado, coso sus camisas y sus pantalones rotos, bordo sus uniformes y sus galones cuando se los ganan, cuido las heridas que reciben en combate ya que aprendí a detener su desangre con compresas y sus diarreas con ventosas, aprendí a distinguir las buenas hierbas de las malas, aprendí a escuchar las quejas y dolores de estos niños que juegan a ser soldados porque no tienen o no tuvieron a su madre junto a ellos, lloran y sufren su infancia perdida. Hay otros, adultos estos, que maldicen la suerte que les ha tocado; y, también los hay ancianos que añoran los días, los años perdidos. Aprendí a estar junto a ellos. Por las noches los acompaño y los hago felices; al menos eso lo creen ellos. A mí no me hacen feliz, pero yo no cuento; son ellos los que deben tener el espíritu alegre para entrar al combate sin temores ni miedos. Yo, aunque jamás lo diga, soy feliz cuando me busca ese sargento viejo mugroso y mal hablado, pero de un corazón que se derrite en soledad; entonces, esa noche yo no acepto otra compañía, permanezco junto a él y comparto sus suspiros.



¿Qué edad tengo? Eso no tiene importancia. Nunca nadie me enseñó a contar, nunca aprendí a sumar o a restar, esos números no significan nada para mí. Solo sé que tengo una edad como para afirmar que he vivido y que aún puedo seguir viviendo, y si ahora se abren las puertas del infinito caminaré erguida y sin rencores ni remordimientos hasta perderme en el olvido.

Confieso que no he perdido mis sueños de niña y mis esperanzas de joven aún los conservo, aunque sé que nunca podré cumplirlos. Tengo ilusiones sin esperanzas y las que me restan, crecen sin la luz de las pasiones. Ya el tiempo de la paz ha llegado, quiero mirar mi pasado para olvidarlo y no quiero mirar mi futuro porque no pretendo alcanzarlo.

¿De dónde vengo? No sé, ni me importa. Vengo de allí, de allá, de más acá, de lejos o de cerca. Siempre he visto estos paisajes por lo que son míos, los comparto con usted, si quiere doña; o con usted, don. Son bellos, son generosos, por eso son míos, son nuestros.

Son míos y suyos esos ríos que al llegar al mar pretenden romper la armonía de las olas del mar cuando tierna y pausadamente arrullan a la arena, mientras en el horizonte se juntan los dos azules en un beso de eternidad.

Son suyas y son mías las blancas montañas desde donde descienden raudos y felices pequeños riachuelos a perderse en la inmensidad del frío páramo; cuando se juntan son más grandes y caudalosos, corren, saltan y brincan sin descanso hasta alcanzar los valles a los que generosamente regalan el líquido vital. En ocasiones, sin saber ni pretender llegan a caer en un vacío de maravillosa sinfonía colorida y estremecedora belleza, para luego seguir la ruta que la tierra les ha marcado a través de los siglos. En otras,

se acumulan para descansar formando lagos y lagunas brindando su apacible mirada colorida a quien quiera detener el tiempo y contemplar sin prisa el milagro de su existencia.

Más allá, una verde alfombra se extiende perezosa e inmutable. Ella acoge en su seno a la mayor diversidad biológica que hombre alguno haya conocido. Sin verlos, los cantos, los pitos y los silbos, anuncian efervescentemente que la vida cumple su ciclo.

Nací en estos paisajes y a ellos pertenezco. Dígame, su merced, ¿de dónde soy?

Nada poseo, tengo apenas mi cuerpo y mi trabajo, que los doy a quien quiero y en cualquier momento y lugar.

¿Cómo me llamo? Pues, como usted quiera señora, puedo ser María o Magdalena, Inés o Gertrudis, Manuela o Petronila, Blanca o Rebeca, Isabel o Anastasia, Sisa o Rosa, Mercedes o Yari. No importa mi nombre, he vivido sin él, y podría morir sin que mi nombre signifique algo para mí o para los demás. Todas las mujeres que, como yo, acompañamos a este ejército, apenas seremos recordadas como GAURICHAS.

El Retorno*

**“Fondo, el Imbabura...
El arcángel del Señor
vela el alumbramiento.
La virgen tímida, delicada
y aromosa como florecilla de
campo, surge como ensueño
de la fecunda entraña
de la buena tierra en rincón
legendario, en una fresca
mañana de septiembre
de esplendorosa naturaleza”**



Francisco H. Moncayo

*Tomado de la Revista Imbabura No. 1,
Año 1954.

Ibarra, hidalgo nido de amor anclaje de la vida, mi Shangri-la espiritual...

Avanzo por el camino polvoriento. Desde el exquisito cobijo de la Ciudad, por la suave pendiente, hacia el terreno de Las Monjas. La canícula agita mi fatiga. Gruesas gotas de sudor perlan mi cuerpo, siento un cansancio físico infinito y una extraña desazón en el espíritu. Si, allí está la columna cuadrangular, oteando la rosa de los vientos en las direcciones sustanciales. A la vera del camino, erguida como un símbolo. El águila en la cimera con las alitas desplegadas, dubitativas, aún cobardes en el ansia suprema del retorno hacia el rincón del valle avizorado por sus pupilas trémulas... Es toda una significación de historia. Facetas de la historia de un pueblo que allá, en la cercanía, cobra en la sucesión de los días, el vigor ensoñado por quienes le hicieron surgir cual virgen dulce y emotiva como el rico milagro de una predestinación para nobles destinos... Estoy en tierra sagrada. En tierra hollada por antepasados. En tierra que fue su cobijo en el terrible quebranto y fue una esperanza. Me descubro. Un impulso extraño me domina. Me inclino reverente. Cojo con indecible respeto un puñado de esa negra tierra prolífica, la aprisiono como en caricia para dejarla caer en alegoría derrito al lugar de donde fue, en tanto se aviva la lámpara reminiscente...

El 28 de setiembre de 1606 se fundó la Ciudad de Ibarra, dice la leyenda de la cara oriental... Como en dulce amanecida. Frente a la luz que llega cotidianamente, el aviso de la prócera partida de nacimiento... En el solar hermoso, forjado en los predios de doña Juana de Atabalipa, don Antonio Cordero, don Gonzalo Carvajal y de algunos indios de Caranqui, aflorará siempre la robusta voz de don Cristóbal en el solemne minuto del espaldarazo; el jubileo de la campanita de los frailes dominicos y la del Hospicio de los agustinos en la justiciera ponderación de la escena creadora, y repercutirá el credo del hombre que la hizo... Por la Cruz y por su espada, por su nombre y por su raza, la Villa había nacido en día venturoso y estaba destinada a la grandeza...! Profesión de fe enraizada en el espíritu de la descendencia. Ya no sólo los propósitos como exquisita pero vaga fantasía. Las calles anchas y tiradas a cordel se llenaban de los jugos de la vida y había una pasmosa prosificación de las casitas coquetonas con macetas en los balcones y con flores en los patios y por los horizontes convergían los caminos y afluían inquietudes y nuevas ansias de mejoramiento o palpitaciones febriles de renuevos... Y era la paz del alma y era la dulzura del corazón, y era la tierra buena y ancha, tierra de leche y miel en donde no habían los clamores de la angustia, la opresión de la necesidad y el hombre no era el lobo del hombre... La Villa de San Miguel de Ibarra había progresado rápidamente... La iglesia parroquial toda de cal y piedra labrada con buena arquitectura... El convento grande, alto y hermoso de los dominicos... La iglesia y convento de los franciscanos... La iglesia y convento de los agustinos... La magnificente de los mercedarios toda de piedra y su convento enorme y suntuoso, de alquerías altas y bajas en justo parangón con el de Qui-

to... El Colegio de los Jesuitas, de fábrica antigua en parte y moderna en otra, con su iglesia de piedra viva, con dos hermosas torres... La iglesia de las religiosas de la Concepción, también de piedra y con un monasterio bien construido... El Hospital con su capilla pequeña pero limpia y acogedora... Así la encontró el historiador Velasco... La vida colonial, ansias de incremento con paréntesis de agobio en el vaivén de los ánimos de los Presidentes de la Audiencia... La Independencia la conturba en el flujo y reflujo de la aventura heroica. Quiere a España, pero comprende que ha llegado la hora de la libertad y se adhiere a la causa libertaria y “atendida su constante fidelidad y amor al orden público con que se ha manejado unida a las deliberaciones de la Capital y habiendo manifestado sus ideales habitantes su honor y patriotismo en promover y sostener con el mejor celo la defensa de la causa común”, según reza el Decreto de la Junta Soberana de Quito, de once de noviembre de 1811, es condecorada con el título merecido de Ciudad.. Años más tarde, el Libertador, el dos de noviembre de 1829, habrá de ratificar la gracia de la Junta desaparecida en epílogo de sangre y de martirio... Combate de San Antonio... Plaza de Santo Domingo que vio morir a Francisco Calderón... Insurrección de Boves... Batalla de Ibarra... Cuántas fechas memorables...1812...1822...1823... Cuántos imbabureños al servicio de la Patria... Y después?... El horizonte enrojecido por las guerras fratricidas... y la influencia en la Comarca por las campañas del Norte... En luego, el respiro de las agitaciones violentas... Tranquila vida provinciana... encendido amor hogareño... aquerenciamiento en el terruño... el culto al honor de siempre... expansiones religiosas propias de un espíritu creyente como consecuencia virtual de su entregamiento a Dios en la nacerencia...

Y sin embargo... ¿Cómo fue?... ¿Dónde la Ciudad?... Fue cierta la intuición sorprendente del agustino Jibaja o efecto de libaciones abundantes del buen vino de España que le hiciera contemplar desde una de las calles de la urbe hacia el sureste en el mismo sitio de la columna, el alzamiento de una población, y le hacía exclamar, “si no podéis hallarla con vuestros ojos, ya la veréis más tarde, ya la veréis a través de vuestras lágrimas?... Qué existe en la versión del aviso de Dios a la madre Santa Clara de las religiosas de la Concepción, de fama de vida sobrenatural y del don de comunicarse con el Hacedor, de que él iba a mandar el flagelo del terremoto enseñándole el lugar en donde ella debía perecer?... Y qué del llamamiento de ese loco Plácido Sandoval, preso en la cárcel de Otavalo, en la tarde del 15 de agosto de 1868 que después de extrañas agitaciones como la de medir distancias desde los muros de la casa correccional, se encerró en el círculo que trazara en el patio y pidió le acompañaran los que como él no quisieran morir?... No. No puedo ser yo quién os lo diga, porque muchos de vosotros habréis oído la relación de la feroz tragedia de algunos de esos pocos testigos presenciales... Va a ser Don Juan, el inmortal, en la bellísima elegía dirigida al Viejo de Los Miserables y de Nuestra Señora de París...” En esta nueva Arcadía vivían hombres satisfechos del mundo y de la vida, quiero decir que eran felices.

Terrenidad fecunda, ganados rellenos de la más dulce y espumosa leche, cañas que transpiran el azúcar por entre sus doradas hojas, todo lo que la especie humana necesita para crecer risueña y de buen gesto. Y esos habitantes no eran inicuos, ni por sus crímenes, habían concitado la ira del Altísimo: acostábamos tranquilos, y con la aurora salía cada cual a sus labores, después de

haberle dado gracias en su templo. Pero un día echaron de ver que la atmósfera tomaba un color siniestro y experimentaron angustia en sus corazones y se retiraron profundamente dentro de sí mismo, y en silencio se estuvieron esperando lo que iba a sucederles”

El Doctor Amable Herrera, ese sencillo pero rico espíritu otavaleño, asegura que el 15 de agosto del año fatídico, hubo un ligero temblor de oscilación a eso de las tres de la tarde, en medio de un corto aguacero de gotas gruesas como granizo, y el Presbítero Juan de Dios Navas, en Ibarra y sus Provincias, indica que hubo otro a eso de las siete de la noche. Ambos recios, que sumieron a los pobladores, en justificada alarma... se acostaron "Vela-ron hasta las once de la noche y se acostaron sin poder intuir muchos, muchísimos, el sueño de la fatalidad y de la muerte... A la una y veinte minutos de la mañana del 16, comenzó el terremoto como consecuencia de un fortísimo temblor trepidatorio... Los temblores se sucedieron unos a otros, cada minuto, cada cinco, cada diez y de este modo continuaron hasta el día (Dr. Herrera). Fuerzas subterráneas sacudieron con tanto furor y violencia las capas terrestres en la vasta extensión de centenares de leguas cuadradas y en un abrir y cerrar de ojos, los edificios de las poblaciones se desquiciaron y sumieron, sepultando entre sus escombros a los desprevenidos moradores, dice el Académico Navas... y Montalvo..." Todo se había venido abajo, y de manera tal, que los cimientos como impelidos por bocas de fuego, salieron disparados y se pusieron sobre las techumbres. Un vasto nubarrón de tierra envuelve la Comarca donde las tinieblas se agitan como enfurecidas, queriendo arrastrar al caos al universo: mugidos profundos salen de las entrañas de la tierra atormentada por una tempestad subterránea en que estallan mil rayos en todas di-

recciones; las estrellas se apagan en el firmamento con un chirrío temeroso; el incendio nace y crece como gigante en medio de los escombros, iluminando ese teatro donde la muerte, repleta y abominable, salta de alegría. Entre las sombras se oyen intensos ayes; los muertos se quejan en las sepulturas, los vivos piden la muerte; los animales, en alocado vaivén, corren dando aullidos al siniestro centellar de los meteoros que serpentean en los retintos horizontes”...

Espantosa la contribución macabra de los tres cantones existentes por entonces: 9.700 para Ibarra; 6.000 para Otavalo; 3.400 para Cotacachi...19.100 vidas humanas...

Yo he visto de cerca análoga tragedia a la de este pueblo mío. El siete de agosto de 1949, como uno de los representantes del Municipio otavaleño que, en retribución de una obligación sagrada y esencialmente por sentimiento de valorada hermandad, se apresuró a enviar su óbolo cariñoso a las víctimas de Cotopaxi y Tungurahua, recorrí las poblaciones devastadas por el ciego furor de la naturaleza convulsionada por las emanaciones de gases expandidos de las infinitas fraguas subterráneas de las entrañas de los Andes, aprisionadas en las cavernas y grietas interiores y por los desplazamientos de las capas terrestres... Latacunga, Salcedo, Ambato, Guachi, Cevallos, Pelileo... San Andrés, Píllaro, San Miguelito... He contemplado los profundos, los intensos desmoronamientos del Casigwana, las grietas profundas como heridas sangrantes de la buena tierra, el deslave de los caminos, el aplastamiento de ciudades enteras; el derrumbamiento de las casas, el tambalearse de otras y las crispaciones o retorcimientos de edificios que fueron orgullo de arte y fortaleza, en las menos destruidas... He aprehendido las tiendas formadas con esteras al bor-

de de las zanjas o con encubrimiento de ramas de los árboles o de paja de los trigales; las carpas de los más afortunados...; el desentierro de los aprisionados por los escombros y he sentido en carne viva el hambre y desnudez de muchos de los sobrevivientes y he sabido también que la naturaleza humana no siempre es compasiva y generosa... Y con estas impresiones, doblemente recogidas en mi doble peregrinaje, por igual motivo, a esas nobles tierras devastadas y sumidas en espantosa, en cruel desesperación, cómo cobra más horror, mas congoja, más tribulación, el meditar en la tragedia de los nuestros, mayor en proporción del cataclismo, mayor en porcentaje de vidas segadas por la muerte, cerca de veinte mil y cincuenta mil hundidos en la miseria. Y algo más aún: la peste, como otro flagelo y la gavilla de salteadores, los bandidos noveles, como los llama Montalvo, saqueadores de ruinas, hienas humanas, buscadores de algo, entre los restos putrefactos de los cadáveres. Vosotros conocéis en detalle, el viacrucis de un pueblo que, estrechado por los brazos de la muerte, no debía morir. Y si no, buscad las crudas impresiones de la tragedia en la relación que hicieran de ella el Doctor Amable Herrera, el académico Juan de Dios Navas, el Cosmopolita, Don Abelardo Moncayo, el Doctor Pedro Moncayo y Esparza, el Doctor Mariano Acosta, los Doctores Luis F. Madera y Cristóbal Tobar Sumbía y en las comunicaciones oficiales del Gobernador de Imbabura, de entonces, Don Manuel Zaldumbide, del Vicario Capitular de la Diócesis de Ibarra, Doctor Francisco Pigati, del jesuita Aguilar, del cura de San Luis de Otavalo, fray Darío Martínez Orbe, del cura párroco de El Jordán del mismo cantón, Doctor Francisco E. Dávila... y sentiréis entonces las inhumanas crispaciones de agonía, de dolor sin nombre de pueblos que vi-

vieron las horas más difíciles, más dramáticas de su existencia; pero como también, en medio de la desgracia, de la dispersión por los sitios abiertos de los Lulunquies, de Caranqui y Monjas o en el aventarse por lares extraños, supieron encontrar un alivio en los veneros de la resignación y mantener carácter, el suyo, con el vencimiento de la apatía general. Era necesario vivir, alejar las sensaciones macabras pese a su frescura y forjar realidad del mito eterno de la vida que nace de la muerte, porque a través de la muerte, “se ve aún el alma inmortal de las razas fuertes que se preparan a animar nuevas existencias ávidas de luchas” para servirme de la profunda expresión de Gómez Carrillo.

“En este sitio se establecieron los pobladores de Ibarra después del terremoto del 16 de agosto de 1868”, advierte la inscripción de la cara norte de la columna... Sí, el milagro se hizo. El llano de Monjas se abrió como un cobijo. Los sobrevivientes, por ese virtual principio instintivo de vinculación en la desgracia, en los minutos cruciales, se concentraron y comenzó la delineación de las calles y la construcción de precarias, de rudimentarias viviendas. Y surgió la inicial de Santa María de la Esperanza el veinte de agosto. Cercano el punto al “Valle de los muertos”, los sobrevivientes sufrían la nostalgia sin embargo del lar abandonado. El recordatorio de sus antiguas iglesias con sus torres empinadas, el dulce clamor de sus campanitas a vuelo; la anchura de sus calles y la reminiscencia languidecente del refugio de sus casitas limpias como tazas de té y amplias para el acomodo, era un incentivo torturante en el lapso. Tan cerca el solar y tan distante... Y en la cuasi impotencia de la indecisión de los primeros tiempos para el arrimo de la obra, el grito del anhelo y el deseo, señalaba implacablemente a veces, misericordiosamente en otras, la ruta del re-

torno... La decisión del Municipio en sesión de 17 de marzo de 1869, de construir la Ciudad en la Esperanza, siempre que fuese factible dotarla de agua suficiente, y la demostración de su posibilidad fueron congojas para el vivo sentimiento del regreso. El Decreto decisivo arrancado por voluntad y generosa comprensión de García Moreno –13 de julio del mismo año–, disponiendo que Ibarra, la ensoñada, se edificase en su propio suelo, fue baño lustral de encantamiento y jubileo. El prelado Iturralde, con su verbo, inyectaba fortaleza en los espíritus dubitativos o temerosos. “Sacudíos del abatimiento y postración en que os ha dejado el cataclismo... Emprended presurosos en la reedificación de vuestras ciudades arruinadas... La provincia de Imbabura vivirá y obligados estáis a trabajar por su prosperidad física y moral...”

Y, lentamente, el ansia del retorno venció la vacilación y el parecer de algunos, complejo justificado del trastorno, por el enraizamiento en el refugio... Los más querendones sintieron la llamada imperativa y edificaron en el solar querido sus casitas embrionarias, sin orden ni concierto, tanto que Rodger, el ingeniero, al realizar el trazo de la ciudad actual en setiembre de 1870, tuvo que demolerlas, y desde entonces, la preocupación consciente de reedificar cobró vigor y efectividad en el concierto: limpieza de escombros, reapertura de calles, levantamiento ordenado de edificios, instalación de oficinas públicas... escuelitas para la inteligencia y la cultura...templos para las almas...

“El 22 de Abril de 1872, la metrópoli ibarreña se trasladó a su antiguo solar”, respira a leyenda en la columna, en la cara sureña. Al fin...!!!, debieron exclamar nuestros mayores, soltando libremente la respiración como en profundo desahogo. Y debieron escuchar alborozados aquel bando solemne pregonado en voz al-

tisonante y temblorosa de nostalgia, ansiedad de retorno y recuento de lágrimas, repetido en algunos lugares del exilio...

“Juan Manuel España,
Gobernador de la Provincia de Imbabura, considerando:

Que para atender más eficaz” e inmediatamente a la reparación de las ruinas de la ciudad capital de esta provincia; dar cumplimiento a la resolución popular acordada en la sesión pública del 18 de marzo de 1870; y llenar la voluntad y disposición de la legislatura última y del Supremo Gobierno de la Nación, es indispensable trasladar cuanto antes todos los despachos a la ciudad de Ibarra.

Decreto:

Art. 1º.— Desde el 22 del presente mes se establecerán en la ciudad de Ibarra todas las OFICINAS de despacho tanto políticas como municipales y judiciales y la guarnición militar; y desde aquella fecha se DIRIGIRÁN a dicha ciudad cuantas comunicaciones oficiales y asuntos tengan relación con los servicios públicos.

Art. 2º.— Para la conservación del orden y administración de justicia QUEDARÁN en la población de La Esperanza durante el tiempo que ella permaneciere, el Teniente y Jueces parroquiales, según la Ley de Régimen Interior.

Publíquese y circúlese para la común inteligencia.

Dado en la Sala de Despacho de la Gobernación en la Esperanza a 10 de abril de 1872... Juan M. España.— El Secretario, Luis F. Lara.

El epígrafe reminiscente, sin embargo, en relación al documento, no precisa la realidad. El 22 de abril fue la instalación oficial, por así decirlo. Sólo el 28 del mismo mes y año, se realizó la inauguración solemne, el bautismo en la expresión de uno de los monografistas de Ibarra, pues en el dicho día, la población se trasladó definitivamente al antiguo solar, el inolvidado, el DESEADO, y hubo fiesta religiosa en la Iglesia de La Merced y una asamblea en el Salón Municipal, en la cual, en jubileo esplendoroso, se declaró rehabilitada la capital de la provincia; y horas más tarde, en la Junta Popular, en la Plaza Pública, a petición del doctor Rafael Peñaherrera, que quedaba restablecida la ciudad de Ibarra, material, política, y socialmente y en giro emotivo del doctor Mariano Acosta, restituida a la Bandera Ecuatoriana, la estrella de Imbabura. Y la culminación del instante sagrado, en transmutación del recuerdo del martirio y el angustioso golpetear del corazón atribulado que retorna a la esperanza y la fe en el porvenir, llega cuando se enciende de fervores el espíritu valiente, abnegado y generoso de ese querendón del lar y de su muchachada a la cual consagrara cuarenta años de su vida, de don José Nicolás Vacas, el señor Vaquitas como cariñosamente se lo nombraba, cuando exclama con verbo tembloroso pero alto, vibrador en el espacio...: “Ibarra, asiento del honor, del valor y de la inteligencia, yo bendigo mil veces el fausto momento en que tu nombre vuelve a resonar entre los nombres de los pueblos vivos, saliendo nuevo y brillante de entre el polvo del olvido en que ibas a sepultarte”.

Tres años, ocho meses, doce días de exilio impuesto por las duras circunstancias. Cielo de constante tortura de sed filial de madre tierra, de esa sed infinita de hogar, de retorno al hogar, que produce las ausencias prolongadas... El Valle de los Muertos ha

ido perdiendo su aspecto tétrico, desolado, conturbador y hosco. Y es como un canto de primavera la transformación que le llega por los auxilios que avienen de todas partes y por el noble afán de los hijos que sobrevivieron, en el cual se trasluce el reverdecimiento de las antiguas energías, la decisión del propósito, la abnegación profunda, el desinterés en la obra común y el indiscutido apego al solar y la noble ansia de superación..., virtudes de los antepasados, virtudes de la raza, infiltradas, enraizadas mejor en lo más hondo de la psiquis... Y el hogar cobra vida e irradia la frescura de la sangre remozada por la anchura de las calles y en los grandes cuadriláteros de las plazas. Y la ciudad no es sino la transparentación de ese cantar de fiesta que anima el corazón de cada uno de los hijos del retorno... Que no son todos los que han sobrevivido. Lástima grande de los apellidos desaparecidos, de las familias extinguidas por la gran tragedia de su vida; de los troncos genealógicos ya sin retoños, improductivos de vástago que fuese orgullo y airón en la existencia que renace; y vacío también, innegable, sensible, de aquellos que dejaron sus afecciones para enclavar la tienda en otras latitudes, hasta en apartados rincones de tierra ecuatoriana en donde fructificaron porque los jugos vitales conservan límpidas las admirables virtudes de la procedencia... No puede hablarse nunca del revivir precipitado, estrafalario... Despaciosamente, pero con amor, con fe, con perseverancia, fue cobrando el propio camino, el señalado por su destino, el intuido en los minutos supremos de la gesta, de su razón de ser... Rúas que van sumándose según la necesidad y el acomodo. Casas aisladas en principio, sin arrimo, pero a la postre, apiñándose hasta forjar la poética blancura mágica de un conjunto emotivo; población que aviene de los rumbos porque el gran nido vuelve a dar abri-

go, seguridad y paz para el enclave. Escuelas que se aumentan. Colegios que se fundan. Caminos, que mejoran. Arterias que se abren. Relaciones que aumentan. Ibarra es ya corazón de un sistema circulatorio de un proceso de multifásicos matices de grandes proyecciones. Ya han llegado los años del relativo esparcimiento, no de la locura febril. Es feliz en la fiesta recordatoria de la indecible pujanza del civismo, en la fastuosidad de las rituales, en la vibración de los aconteceres locales y en el culto a sus hombres que fueron energía o carácter, talento o inteligencia y ejemplos de caballeridad e hidalguía... En el caso, las piedras conmemorativas, las estatuas, las columnas... dicen de fechas memorables..., de pasos significativos, olor de historia perpetuadora de triunfos o quebrantos, de la serie de avatares que merecen el recuento...

La columna sencilla pero simbólica, erguida a la vera del camino, en los lindes del Valle de las Monjas, en Santa María de la Esperanza, hace al peregrino y su voz de eternidad que resuena por los rumbos esenciales señalados por la rosa de los vientos, le dice la última leyenda que borra cualquiera imputación de olvido... “El Concejo Municipal de Ibarra.- 22 de abril de 1922...” A los cincuenta años del retorno decretado por la autoridad, que sólo había de perpetuarse definitivamente seis días después, por esa voluntad que es Dios por ese rubricamiento de realidad del querer de un pueblo que no quiso morir, que no pudo morir, que no debió morir, menos aún lejos de sus pagos, de su querencia, de la hermosa tierra de sus antepasados y propia, en virtud del nacimiento y de todas sus más caras, de sus más sentidas afecciones...

Fondo, el Imbabura... El arcángel del Señor vela el alumbramiento. La virgen tímida, delicada y aromosa como florecilla de campo, surge como ensueño de la fecunda entraña de la buena

tierra en rincón legendario, en una fresca mañana de septiembre de esplendorosa naturaleza. Cristóbal de Troya y Pinque la ayuda al erguimiento con infinito celo. Severa la preocupación de Don Miguel de Ibarra. Pero es indudable que en su semblante adusto, se cuajan signos de fruición intensa. “Admirable la concepción de ese exquisito poeta, mago y filósofo de la pintura, de ese campechano Don Rafael de Troya, en el bellissimo cuadro que se ostenta en el muro occidental del Salón Municipal...” Nacencia de la Urbe, como yo le llamara en un momento de explosión admirativa. Nacencia de la Urbe, con el triple atributo otorgado en la cuidadosa precautelación inicial: Dios, la madre naturaleza y la autoridad, emanación de la misma sociedad. Crecimiento junto a la tierra buena, de leche y miel, como tierra de promisión; acunación con el sentimiento y respeto a la ley. Y así hubo de irse por el rumbo, Embrionaria en el amanecer, minúscula y tímida. Despaciosa pero segura en el desarrollo y, en luego, propicia y acogedora de innovaciones eficientes que no pueden apartarla nunca de sus virtudes de espíritu... Por la Cruz y por la espada, por su nombre y por su raza, la Villa había nacido en día venturoso y estaba destinada a la grandeza... Esta grandeza augurada por el ensueño del hidalgo fundador y que habría de ser el norte de sus pasos. Furores de la naturaleza, el hambre, la peste, el robo, el crudo proceso de las dubitaciones... qué significaba todo esto, pese a los desgarrones del alma, si había de volver siempre a la entereza, sacudirse de espantos y proyectarse en el futuro con las más nobles aspiraciones...

Seguridad del Cacique de la cerviz severa, del ojo de águila, que otea el horizonte gallardeando pujanza y dominio absoluto. Meditaciones del Corregidor, del señor Corregidor de capa y es-

pada, para impulsar la Villa... Huella de los hijos, señores del ensueño y místicos de ideales por caminos difíciles para fraguar hazañas y merecer un nombre... Energías ciudadanas del hermano negro, del hermano indio, del hermano blanco, de todos los hermanos, forjadores de grandeza... Mañana promisorio... La urbe se enaltece... Y pese al flujo y reflujo de inquietudes extrañas, las afanares aumentan... Hay ya un palpitar de vida multiforme y está cercano el minuto de la apretada atadura, tantos años buscada, de la azul tonalidad del mar de Balboa con el verde matiz de nuestros campos y el azul infinito de nuestros cielos... La urbe se agiganta, se embellece y avanza...

Sucre: el héroe, el prócer, el hombre*

- * Disertación leída en el acto inaugural del Seminario “Sucre, soldado y estadista”, organizado en Quito por la Universidad Andina Simón Bolívar el 16 de enero de 1995.

“Es propicia la oportunidad para una revalorización fundamental del héroe americano y para proyectar sus virtudes como un legado a las nuevas generaciones. En el presente de América tenemos realidades agudas frente a las cuales el rectilíneo Mariscal nos puede dar su aliento, porque el ideal de Sucre está orientado por virtudes fundamentales que nos puedan servir como bandera”

Felipe Montilla

Antonio José de Sucre nace el 3 de febrero de 1795 en Cumaná, ciudad oriental que para fines del siglo XVIII ya había adquirido la jerarquía de una de las poblaciones más importantes de la Capitanía General de Venezuela; ciudad que desde hacía tiempo era capital de la provincia, había sido fundada tempranamente en el año de 1521, convirtiéndose en la ciudad primogénita del continente.

Es el quinto vástago de una de las familias más honorables de Cumaná, integrada por don Vicente Sucre y doña María Manuela Alcalá, quienes habían constituido honorable hogar desde 1792. El padre, don Vicente, era un patricio insigne y la madre, doña María, una matrona de estirpe singular.

Cumaná es por excelencia una ciudad de mar y de montaña. La amplia casa de los Sucre se llena aquel día de vecinos, amigos, familiares que acuden a asomarse a la cuna del recién nacido, donde el presentimiento les advierte que la van a encontrar preñada de porvenir.

EL ADOLESCENTE GUERRERO

En el transcurso de su vida, Sucre va a representar gallardamente la estirpe de los hombres que nacieron para abrirse camino entre las dificultades.

El niño Sucre se caracterizó por la consagración al estudio, por sus finos modales y por su temperamento modesto, que ya per-

miten a familiares y amigos descubrir el embrión de una personalidad excepcional.

La adolescencia de Sucre coincide con el alborear de la Independencia y las circunstancias no dejaban más alternativa que la guerra: acepta gustoso su destino y a los 15 años, apenas, sale en campaña y se nos convierte, como tantos otros, en un adolescente guerrero.

Larga y tremenda fue para él la escuela de la guerra, que ya el 12 de julio de 1810 lo hace subteniente a los 15 años; en 1817 lo hace coronel a los 22 años; en 1819 lo hace general de Brigada a los 24 años; en 1822 lo hace general de División a los 27 años: y el 9 de diciembre de 1824, el Campo de Gloria de Ayacucho lo consagra como el único Gran Mariscal que produjo la guerra de emancipación, a los 29 años.

Su carrera militar fue fructífera y fulgurante; pero la pretensión de este trabajo no es solamente destacar al Sucre guerrero, sino en la medida que sus acciones permitan hablar del otro Sucre, del Sucre hombre, del Sucre humano, del Sucre de alma noble y generosa, del Sucre solidario y leal, del Sucre de talento juicioso, de valor y arrojo serenos, del magnánimo, del Sucre estadista austero y emprendedor; porque este Sucre es tanto y quizá más admirable que el Sucre guerrero.

UN HOMBRE QUE SE CRECE EN EL DOLOR

Una de las cosas más tremendas de la guerra es hacer que los hombres sucumban ante sus miserias. La guerra, por su propia circunstancia, genera odio, rencor, venganza, crueldad. La figura de Sucre es una de las más preclaras excepciones a esa norma:

las miserias de la guerra, por más desgarradoras que hayan sido, le sirvieron de acicate para templar sus virtudes.

La familia de Sucre, numerosa y prócera, sintió en carne propia como ninguna otra, los rigores inauditos de la guerra a muerte; su hermano Vicente, herido y enfermo en un hospital, fue degollado en su cama de la manera más brutal; su hermana Magdalena, de apenas 14 años, huye desesperada del acoso morboso de los bárbaros de Boves y se lanza del balcón a la calle, muriendo por su apellido y honor para no ser ultrajada; su madrastra, doña Narcisa Márquez, no resiste la suerte de su hija y de su ciudad, y perece en acto desesperado; su hermano Pedro, prisionero en La Puerta, fue fusilado por Morillo en 1817; sus hermanas, Agua Santa y María Josefa, mueren ahogadas en un naufragio, tratando de escapar de tan inaudito ensañamiento.

He allí motivos suficientes y hasta justificados para que cualquier hombre sucumba al encrespamiento de sus pasiones, y se deje agobiar por el odio y el rencor que lo lleve a buscar afanoso la venganza. Pero Sucre no es un hombre de rencores. La retaliación está ausente de su alma y estas dolorosas experiencias familiares solo sirven para templarle sus virtudes de hombre noble, magnánimo y generoso.

En lugar de la venganza, ese hombre se crece sobre su dolor y más bien lleva la consigna de salvar de suerte tan tremenda a propios y extraños.

En 1820, Sucre representa a los patriotas venezolanos en conversaciones con emisarios de los realistas, para concertar acuerdos que le pongan diques de contención a la barbarie de la guerra. La gestión diplomática de Sucre hace posible la firma de dos tratados, uno de armisticio que se convirtió en un instrumento es-

tratégico para fortalecer la causa de la Independencia y otro, más importante aún, el Tratado de Regulación de la Guerra, suscrito el 26 de noviembre de 1820. Es allí donde se pone de relieve la magnanimidad de Sucre: él mismo redacta los artículos de dicho tratado mediante el cual se pone fin a la guerra. Es el recuerdo de la suerte que corrieron sus hermanos lo que le inspira a redactar los artículos 2 y 4 de dicho Tratado, que establecen normas categóricas para que la guerra entre España y Colombia se haga como lo hacen los pueblos civilizados.

El artículo 2 establece: “Los militares o dependientes de un ejército tomado en el campo de batalla, aun antes de decidirse esta, se conservará y guardará como prisionero de guerra y será tratado y respetado conforme a su grado antes de lograr su canje”.

El artículo 4 del mismo Tratado establece:

Los militares o dependientes de un ejército que se aprehendan heridos o enfermos, en los hospitales, o fuera de ellos, no serán prisioneros de guerra, y tendrán libertad para restituirse a las banderas a que pertenecen, luego que se hayan restablecido... estos deberán ser tratados con doble consideración y respeto que los prisioneros de guerra, y se les prestará por lo menos, la misma asistencia que a los heridos y enfermos del ejército que los tenga en su poder.

Fue también el recuerdo de la trágica suerte de sus hermanas y de su madrastra lo que movió a redactar el artículo 11 de dicho Tratado, que establece lo siguiente:

Los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen por las armas de ambos gobiernos, serán altamente respeta-

dos, gozarán de una extensa y absoluta libertad y seguridad, sean cuales fueren o hayan sido sus opiniones, destinos, servicios y conducta con respecto a las partes beligerantes.

Con razón, años después escribió Bolívar lo siguiente: “Este Tratado es digno del alma de Sucre, la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron. Él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra”.

AYACUCHO, GLORIA Y GALLARDÍA

Pero la clemencia, la generosidad y la magnanimidad de este hombre van a seguir dejando testimonios que hoy parecen como únicos en los anales de la historia de la humanidad. En efecto, ningún general victorioso ha tenido frente a los vencidos la gallardía inmensa que Sucre desplegó en el campo de gloria de Ayacucho. Allí se rompió el principio clásico de que el vencedor arrasaba con los vencidos, y en un gesto de hidalguía sublime ofrece una capitulación tan generosa que sus cláusulas parecen increíbles, no solo si se les compara con lo que había sido hasta entonces la conducta de los vencedores, sino con lo que ha sido esta hasta nuestros días.

Mucho se ha escrito sobre Ayacucho, simplemente quiero agregar una modesta reflexión. Cuando vemos a Sucre más allá del contenido oficioso de la capitulación, atendiendo personalmente a los vencidos; visitando y atendiendo al Virrey La Serna, herido en la Batalla y acompañándolo hasta Huamanga para ponerlo en manos de médicos amigos; cuando sienta en su mesa a Canterac y a Valdés, sus dignos contendores; disponiendo alojamiento especial a los oficiales derrotados; brindando su amistad

y afecto, está diciéndonos, con esa manera tan suya de decir las cosas más trascendentes, que Ayacucho no solo es la victoria que rompió las cadenas de América, que más allá de eso Ayacucho es también el comienzo de la reconciliación del mundo hispanoamericano.

Pero es oportuno señalar también que Sucre estuvo dotado de una impresionante energía de carácter para tomar las decisiones más severas cuando las circunstancias lo requerían y aconsejaban.

SUBALTERNO LEAL, NUNCA SUMISO NI INCONDICIONAL

La corta y fulgurante vida de Sucre es pródiga en testimonios de fecunda lección. Le asiste su perseverancia, su tenacidad, lo acompaña su arrojo y su desprendimiento y nunca le vemos alardear de sus gestos heroicos, ni lo encontramos haciendo reclamos para su beneficio personal.

Pocas veces se le ocurrió solicitar prebendas o premios personales por sus ejecutorias. No resisto la tentación de mencionar dos oportunidades en que el Gran Mariscal solicitó una recompensa para sí mismo, pues sus propias palabras lo dicen todo.

La primera vez fue después del esplendoroso triunfo de Ayacucho; en carta dirigida al Libertador le dice: “Por premio para mí, pido a usted me conserve su amistad”.

La segunda oportunidad en que Sucre reclamó un premio por sus servicios, lo hace en su último mensaje al Congreso de Bolivia cuando renunció definitivamente al poder de aquella nación creada por él. Al final de su mensaje de despedida, formuló el siguiente reclamo:

No concluiré mi mensaje sin pedir a la representación nacional un premio por mis servicios que, pequeños o grandes, han dado existencia a Bolivia, y que lo merecieran por tanto. La Constitución me hace inviolable: ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego pues, que se me destituya de esta prerrogativa y que se me examine escrupulosamente toda mi conducta... Exijo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado.

Estos eran los reclamos que Sucre hacía para sí. Qué distinto a tantos otros próceres que terminaron poniéndole precio a sus servicios y pasándole factura a la República por los pliegues de su sufrimiento.

Sucre no fue hombre de maniobras ni de intrigas, las combinaciones subalternas jamás vencieron su verticalidad y el personalismo ególatra no contó nunca con su simpatía; por eso mismo detestó las rivalidades infecundas y las deslealtades ambiciosas y supo ser subalterno leal, sin llegar a ser sumiso ni incondicional. Fueron estas cosas las que lo iban a llevar de manera ineludible al lado de Simón Bolívar.

Si algún día a uno de nuestros historiadores se le ocurre escribir la incidencia que han tenido en nuestra evolución histórica, desde la propia guerra de la emancipación hasta nuestros días, las disensiones, rivalidades absurdas, deslealtades, rupturas, traiciones, ambiciones insaciables y aventuras sin grandeza, se podrían llenar páginas, capítulos y tomos, pero estoy absolutamente seguro de que por ninguna parte aparecería el nombre impoluto de Antonio José de Sucre en esa historia miserable.

UNA RELACION SINGULAR

Las circunstancias de la guerra fueron acercando a Sucre hacia la Jefatura de Simón Bolívar. Con la genialidad que le permitía penetrar en el alma de sus subalternos, Bolívar le va a profesar a Sucre un afecto especial desde el momento en que los acontecimientos lo colocaron a su lado. Bolívar no dejará de estimularlo e impulsarlo, de instruirlo y consultarlo, de admirarlo y amarlo y se va a ir consolidando entre estos dos hombres uno de los binomios humanos más fecundos y hermosos que registra la historia de la humanidad.

Es difícil desentrañar con claridad el marco real de las relaciones de estos próceres, que se consolida en momentos de dificultades y se enriquece ante malos entendidos con los más puros afectos. En oportunidades es la relación simple de jefe a subalterno; en otras la de maestro a discípulo; en ocasiones se tratan de amigo a amigo: pero hay algo que está por encima de estas circunstancias: el hecho de que ambos se desearon mutuamente como padre y como hijo.

Bolívar no escatimará palabras para elogiar a Sucre, como no existe otro ejemplo en la historia de un jefe para con uno de sus subalternos.

En una oportunidad le dice a O'Leary:

Conmigo viene uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño Méndez, el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospe-

cha sus actitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará.

Más tarde también dice: “No hay cualidad que no tenga para servir bien a la República”.

Pero más allá de los elogios está la confianza que deposita Bolívar en Sucre, de la cual hay testimonios a lo largo de toda la Campaña del Sur de Colombia, de Perú y del Alto Perú, en el proceso que culmina con la creación de Bolivia, pero que tiene su máxima expresión en el momento de angustia por el exabrupto insólito de la invasión del Perú al sur de Colombia en 1829. Entonces, el Libertador acude a los servicios de Sucre y le dirige una carta por la cual le delega poderes y facultades en términos que conmueven por lo angustioso y categórico:

Dirijo a usted estos pliegos –le dice en febrero de 1829–, ellos contienen el nombramiento de jefe absoluto del Sur. Todos mis poderes buenos y malos los delego a usted; haga usted la guerra, haga la paz, salve o pierda el Sur, usted es el árbitro de sus destinos y en usted he confiado todas mis esperanzas. A usted le doy el ser de Simón Bolívar.

No es fácil encontrar otro ejemplo de un jefe que delegue en su subalterno tanto poder que solo es comparable a la fe, a la confianza y al afecto que le profesaba.

Pero quizá el mejor testimonio de la admiración de Bolívar por Sucre está en su resumen sucinto de la vida del general Sucre. La obra intelectual del Libertador está plasmada en manifiestos, proclamas, mensajes, epístolas y discursos; es la obra de un hombre a quien la titánica actividad no le permite escribir sino dictar, a

pesar de lo cual una de las pocas veces en que envainó la espada para empuñar la pluma fue para escribir la biografía de su admirado subalterno.

Pero esta relación tan singular entre estos dos hombres no estuvo, ni podía estar, exenta de contrariedades: las tuvieron y las dirimieron en forma tal que lejos de distanciarlos, la relación quedaba fortalecida por el mutuo afecto.

Una de esas contrariedades, que puso al descubierto la susceptibilidad de Sucre, ocurrió después de la Batalla de Junín, cuando la precaria situación del Ejército Liberador aconsejaba una tarea fundamental de reagrupamiento de soldados, de acopio de recursos estratégicos y de pertrechos, de organización de los hospitales y de preparación de reclutas; era sin duda una labor difícil, importante, pero era una tarea de retaguardia.

Para cumplirla Bolívar recurre a Sucre, cuya actividad, experiencia, y capacidad garantizaba el éxito, y le pide: “irse a la retaguardia a ordenar la marcha de los hospitales, atender la administración militar y asegurar las comunicaciones”.

Sucre cumple la misión con éxito total, pero se siente subestimado y hasta humillado y así se lo reclama dolido a Bolívar, en carta del 27 de agosto de 1824 desde Jaula:

Yo he sido separado del mando del ejército para ejecutar una misión que en cualquier parte se confía, cuando más a un ayudante general. Se me ha dado el más fuerte golpe que jamás preví, de reducirme ante el ejército unido al papel de conducir enfermos y atrasados.

Y en otro párrafo de la carta agrega: “No sé si al degradárseme con semejante comisión se ha tratado de abatirme, pero mi conducta me persuade que no lo he merecido”.

La respuesta de Bolívar a este reclamo, dolido pero firme de su subalterno, no se hizo esperar y el 4 de septiembre de 1824 le responde desde Huamanga en términos firmes para reconvenirlo, pero orientados a dar una satisfacción indiscutible a los reclamos de Sucre:

Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento. Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio cuando usted ha pensado que yo he podido ofenderlo, estoy lleno de dolor por el dolor de usted, pero no tengo el mejor sentimiento por haberle ofendido. La Comisión que he confiado a usted la quería yo llenar; pensando que usted la haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la confié a usted, más como una prueba de preferencia que de humillación y usted sabe que yo no sé mentir.

En otro párrafo de esta carta, Bolívar le reconviene con firmeza: “esas delicadezas son indignas de usted; la gloria está en ser grande y en ser útil. Si usted quiere venir y ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo despreció para mí”.

Así dirimían estos dos hombres sus enfrentamientos, con esa grandeza que se desprende de la mutua franqueza: con esa firmeza de parte y parte, pero dicha con una gran altura y con una gran delicadeza, sin poner en entredicho el mutuo afecto que los unía, que solo es posible en hombres de su jerarquía cuando ambos saben que no hay cabida para las dudas, las acechanzas ni las zancadillas.

Esta singular relación de estos dos hombres alcanzó extremos de profunda ternura en el momento de la despedida, de la tragedia y del infortunio.

Cuando Sucre regresa a Cúcuta, de cumplir su última misión

oficial como Presidente del Congreso Admirable, en un fallido intento por salvar la unidad de Colombia, ya Bolívar había salido de Bogotá en el laberinto trágico que lo conduciría a San Pedro Alejandrino y Sucre se despide mediante una epístola llena de los más puros sentimientos:

Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón no sé qué decir a usted... Usted sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto hacia su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa.

Y concluye diciendo: “Adiós mi General, reciba usted por gajes de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted”.

Bolívar le responde desde Turbaco, en una carta que no llegó a su destinatario, porque el insólito asesinato de Berruecos lo impidió.

“La apreciable carta de usted... me ha llenado de ternura y si a usted le costaba escribirme, ¿qué diré yo? Yo que no solo me separo de mi amigo sino de mi patria”. Y finaliza: “Yo me olvidaré de usted cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho”.

No puedo dejar de mencionar el momento singular y dramático de la relación de estos dos hombres. El 1 de julio de 1830, al pie del Cerro La Popa en Cartagena, recibió Bolívar la infausta noticia del asesinato de Sucre; llevándose las manos a la cabeza, exclamó conmovido por el dolor y estremecido por la indignación:

¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre de Abel!... la bala cruel que te hirió el corazón mató a Colombia y me quitó la vida. Como soldado fuiste la victoria. Como magistrado la justicia, como ciudadano el patriotismo. Como vencedor la clemencia, como amigo la lealtad. Para gloria lo tienes todo: lo que te falta solo a Dios le corresponde darlo.

SU ACTUACIÓN EN EL ECUADOR

Sin lugar a dudas, Antonio José de Sucre fue el protagonista fundamental del proceso histórico que culminó con la libertad del Sur de Colombia, o sea con lo que en tiempos coloniales había sido la circunscripción político-territorial de la Presidencia de Quito y con lo que en el curso del desarrollo histórico iba a dar origen a la hermosa República del Ecuador.

En efecto, la situación política y militar por la que atravesaban Guayaquil y Quito para comienzos de 1820 era sumamente delicada. Evidentemente, una secuela de fracasos y de contradicciones en el campo republicano colocaba en serio peligro el proceso emancipador de esta importante región del continente.

El Libertador Simón Bolívar percibe con absoluta claridad la magnitud de los problemas y de los peligros que para la libertad de América y para la consolidación de Colombia se están jugando en Guayaquil y en Quito, y ante la imposibilidad de atenderlos personalmente recurre a su mejor hombre, a Antonio José de Sucre, y lo envía como emisario a Guayaquil para manejar tan difíciles circunstancias.

Entre estas dos ciudades, Guayaquil y Quito, encontró Antonio José de Sucre el gran escenario histórico para poner de relie-

ve sus dotes para la diplomacia y su inmenso genio de estrategia militar y de guerrero victorioso.

Desde su llegada a Guayaquil se produjo una misteriosa penetración entre el héroe que se consolidaba y la tierra que lo recibía por primera vez, porque Sucre se encontró una verdadera tierra de alucinación, con una sinfonía de paisajes en verde mayor y con un mosaico de contrastes geográficos y sociales, a los que comprometió de manera profunda sus afectos. Él venía de una ciudad natal de mar y de montaña y encontró entre Guayaquil y Quito un símil geográfico que le hacía recordar los años de su niñez y de su adolescencia. Tal vez esto explique el hecho innegable de que aquí amó y cultivó las grandes debilidades de su vida, y aquí fue y sigue siendo amado con indescriptible y envidiable desenfreno.

Todas estas imágenes, todos estos paisajes casi inverosímiles, toda esta aventura que lo convocaba a la acción, todos los avatares claroscuros de esta gran región andina, con su laberinto de volcanes y con su imponente cordillera, cautivaron al joven militar Antonio José de Sucre con niveles de fascinación.

Un año, de mayo de 1821 a mayo de 1822, tardó la gestión diplomática, política y militar de Sucre para consolidar la libertad y la independencia de esta tierra y para ocupar esta histórica ciudad de Quito.

Pichincha, modelo de estrategia militar, decidió la suerte el 24 de mayo de 1822 y después de esta esplendorosa victoria Sucre ocupó la ciudad de Quito.

Bolívar, en su biografía de Sucre, opinó en los siguientes términos:

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre: en ella, mostró sus talentos y virtudes; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La Batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Fue nombrado, en premio por sus servicios, General de División e Intendente de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo.

Pichincha fue, en efecto, una obra maestra del guerrero, del estratega, del diplomático y del político Antonio José de Sucre, a quien el destino y su reciedumbre le depararon la gloria de dirigir las dos últimas grandes batallas que determinaron la independencia de América. Pichincha y Ayacucho.

No podemos dejar de recordar que en Pichincha destacó el heroísmo de un joven ecuatoriano llamado Abdón Calderón, quien herido en sus piernas y brazos se negó a abandonar su puesto de combate y murió en el campo de batalla. Bolívar, en reconocimiento, ordenó que al pasar revista al que había sido su batallón, se pronunciara su nombre, y al no responder, las tropas a coro dirían: “murió gloriosamente en Pichincha pero vive en nuestros corazones”.

Después de Pichincha y luego de una capitulación generosa, Sucre ocupó esta histórica ciudad de Quito. La ciudad lo recibió eufórica y cubierta de flores y banderas, pero Sucre prefiere aplazar todas las celebraciones de la victoria esperando la llegada de Bolívar, quien ya había triunfado en Bomboná.

El 16 de junio llega Bolívar a Quito. Su entrada triunfal acompañado de Sucre constituyó, sin duda, uno de los sucesos involvi-

dables de la historia de esta ciudad durante el siglo XIX. La señorial Quito los recibe jubilosa, enardecida, les abre su corazón de gran ciudad y los acoge en sus calles engalanadas de flores y arcos triunfales y de bullicio popular, pero también los recibe en sus refinados salones aristocráticos donde dos bellas y cultas quiteñas van a conquistar el corazón de estos dos próceres venezolanos: María Carcelén y Larrea, quiteña de alta alcurnia y de excepcional belleza, conquistó el corazón de Sucre hasta el altar; y Manuelita Sáenz, bella y culta también, conquistaría por el resto de su vida el amor desenfrenado de Simón Bolívar.

La victoria militar de Pichincha determinó una formidable popularidad de Sucre en esta tierra ecuatoriana, popularidad que se va a acrecentar y consolidar con su actuación de gobernante en su primera gran experiencia en el ejercicio del gobierno civil, en calidad de Intendente de Quito.

El ejercicio de la Intendencia proyecta a Sucre como el estadista de excepcionales condiciones que se consolidaría más tarde en sus funciones como Presidente de Bolivia.

Como Intendente de este departamento. Sucre se da a la tarea de gobernar y administrar con celo, pulcritud y eficacia. Reorganiza estas provincias e impulsa su progreso; administra los escasos recursos y les saca el mayor provecho.

Se ocupó de la protección de los indios, del control de las rentas, del abastecimiento y mejora de los servicios públicos y alentó el periodismo al fundar el primer vocero republicano de Quito llamado El Monitor.

El joven intendente Sucre dejó en su breve actuación un testimonio que debo resaltar. Venía de demostrar sus virtudes en el mando castrense, pero supo diferenciar su responsabilidad en el

ejercicio del poder civil. Investido como estaba de plenos poderes, gobernó con discreción y con apego estricto a las normas de derecho vigentes. Tenía en sus manos el mando absoluto pero no se convirtió ni en déspota ni en caudillo. Lo trascendente es que en el ejercicio del gobierno, Sucre fue una figura atípica, pues, el poder civil que ejerció lo proyecta como la figura cimera del anticaudillo en la historia de nuestras repúblicas, en franco y categórico contraste con las lamentables actuaciones de otros poderes, que posteriormente ejercieron el gobierno en cada una de nuestras naciones.

Las responsabilidades de la guerra lo van a reclamar de nuevo, primero en Pasto y luego en la dura y difícil campaña del Perú y del Alto Perú, donde su genio militar va a brillar de nuevo, sorteando dificultades que parecían insalvables hasta conducir las armas republicanas a la victoria definitiva de Ayacucho.

Es innegable que dejó su corazón en el Ecuador, no solo sembrado en el amor de su esposa quiteña, sino en el cariño y en el afecto recíproco del héroe y del pueblo del Ecuador que le ha sido fiel a lo largo de todos los tiempos; talvez por eso en la hora en que su desprendimiento le aconsejó retirarse a una vida privada y familiar encaminó de nuevo sus pasos hacia Quito, hasta donde no pudo llegar porque fue víctima del más infame de los crímenes que registra nuestra historia.

EL SUCRE ESTADISTA

Al Sucre gobernante lo disfrutaron en Quito como Intendente y en Bolivia, como Presidente. En ambas ocasiones se proyectó como un magistrado con excepcionales dotes de estadista; administrador honesto, pulcro, desprendido, escrupuloso y fecun-

do; organizador disciplinado y progresista; político magnánimo, respetuoso, responsable y republicano.

Los diversos aspectos de la administración fueron atendidos por Sucre magistrado, con celo y paciencia, pero hay que resaltar que le dio a la instrucción pública carácter prioritario. En Quito, creó la Junta Suprema de Instrucción Pública y en Bolivia, fundó escuelas en todas las provincias, pues tenía la firme convicción de que “la educación es el más sagrado deber de la autoridades”.

Su doctrina como gobernante la sintetiza prodigiosamente en un párrafo de uno de sus mensajes al Congreso de Bolivia: “En política no hay ni amistad ni odio, ni otros deberes que llenar, sino la dicha del pueblo que se gobierna, la conservación de sus leyes, su independencia y su libertad”.

Es difícil concertar en tan pocas palabras una doctrina tan apropiada para dirigir los destinos de un país, pero allí está expresada en forma categórica la conducta que guió a Sucre en el ejercicio del poder.

Fue por eso que en el mensaje de despedida ante el Congreso de Bolivia y después de haber sido objeto de tres intentos de asesinato, pudo escribir este bello párrafo: “No he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa”.

Cuando en 1830 surge la anarquía desintegradora, la figura de Sucre es objeto de la atención de todos los sectores; unos lo miran como esperanza, como el más legítimo heredero político del Libertador; otros lo ven con recelo, con envidia, como un estorbo para las ambiciones en marcha.

De nada vale su humildad ni el desprendimiento que lo lleva a tomar la decisión de retirarse de la vida pública para dedicarse a la vida privada y familiar, porque esta decisión era una ingenui-

dad de Sucre y los asesinos en acechanza lo sabían. Sucre era, en esencia, un protagonista que más allá de su desprendimiento tenía aureola de un inmenso prestigio y los protagonistas no deciden su suerte, porque los acontecimientos los rescatan inexorablemente de su retiro y hasta de su escondite.

En aquel mundo de intrigas, de ambiciones desenfrenadas, de pasiones encendidas, la figura de Sucre era amenazante. Poderosos intereses comenzaron a acariciar la idea de apartarlo a como diera lugar, y así lo hicieron.

En la historia de América son abundantes los ejemplos de personajes a quienes una muerte temprana les permite a sus biógrafos la afirmación veraz de que esa muerte prematura les impidió dejar obra concluida de la magnitud de la que de ellos podía esperarse.

Pero la muerte de Sucre se planteó en otros términos: la muerte prematura de Sucre no le impidió dejar obra concluida: a los 35 años Sucre era una personalidad realizada, con ejecutorias excepcionales en el campo de la guerra, de la diplomacia y del ejercicio del gobierno y su nombre sonaba como una clarinada ante el destino de los pueblos de América; por eso yo no voy a hablar de Berruecos en los términos desgarradores y dramáticos, ni bajo los contornos desoladores con que siempre se ha hablado del asesinato de Sucre, porque pienso que es preciso buscarle una interpretación a las horas finales del joven Mariscal que esté a la altura de la grandeza de su vida.

Afortunadamente las balas de Berruecos no destrozaron un capullo inédito; ellas se estrellaron, por el contrario, frente a una flor abierta que ya había impregnado con su aroma y su fragancia a todo un continente.

Esa flor era un estorbo para las ambiciones en marcha, era un

obstáculo para los privilegios pretendidos, era un impedimento para los nacionalismos oligárquicos que por sus intereses mezquinos lograron disgregar el ideal integrador del Libertador, balcanizándonos geográfica y mentalmente; pero no era posible destrozarla a tiros, porque ya esa flor representada en Sucre tenía ganada para siempre la reencarnación en el corazón de América, como una idea nueva, aportada por un espíritu limpio que había sido soldado de una idea y nunca soldado de la opresión.

En una memorable ocasión, contaba Andrés Eloy Blanco la anécdota de un hombre que habiendo sido condenado a la guillotina, en el momento de ser ejecutado, le dijo a sus verdugos: “prefiero tener la cabeza separada del cuerpo y no el cuerpo separado del alma”. Se me ocurre que está bien pudo ser la serena respuesta del joven Mariscal, si en lugar del asesinato vil y a mansalva hubiera sido sentenciado por los sedientos criminales. En su caso, el cuerpo era su patria, Venezuela y la América que él ayudó a liberar con espada invencible, y el alma su ciudad nativa que siempre añoró, la Quito que tanto amó, la Bolivia creada por él, la gloria de Pichincha y de Ayacucho y la libertad de América.

El día menguado en que se consumó en Berruecos el crimen más horrendo y más despreciable que registra nuestra historia, cuando perdimos a uno de nuestros grandes valores humanos, el alma de Sucre nos retornó con toda su grandeza para borrar las sombras de Berruecos, porque el eco desgarrador de los disparos solo sirvió para anunciar por toda América que la Cumaná de Sucre no solamente era la ciudad primogénita del continente sino también, gracias a su hijo más preclaro, la ciudad primogénita de la libertad.

EL BICENTENARIO

Los venezolanos, los americanos y los hispanoamericanos estamos convocados para conmemorar el bicentenario de la Batalla de Pichincha. Esta conmemoración debe estar a la altura de la significación histórica y de las relevantes virtudes de este héroe singular.

Es propicia la oportunidad para una revalorización fundamental del héroe americano y para proyectar sus virtudes como un legado a las nuevas generaciones. En el presente de América tenemos realidades agudas frente a las cuales el rectilíneo Mariscal nos puede dar su aliento, porque el ideal de Sucre está orientado por virtudes fundamentales que nos puedan servir como bandera.

Su vocación a la libertad, su empeño por la vigencia de las instituciones republicanas, su desprendimiento, su sentido institucional y su desprecio por la riqueza mal habida, son aspectos fundamentales que nos deben servir de estímulo para salvar nuestro destino de pueblo de dos de las desviaciones más detestables: una desviación política, el despotismo, y una desviación ética y moral, la corrupción y el peculado.

Muchas de las dolorosas realidades que conforman la crisis del continente han dado origen a una especie de incertidumbre trágica y pesimista sobre nuestro porvenir. Recurramos a la memoria de este prócer para salirle al paso a ese pesimismo absurdo que pretende cerrar las posibilidades de que podamos salir airosos de la acechanza de nuestros problemas. Sucre nos puede dar su aliento, porque su vida fue un llamado permanente al optimismo, enfrentado a las más difíciles empresas, convocado para tareas que parecían imposibles. Sucre debe ser para los americanos de hoy un ejemplo de lo que se puede lograr con la fe, con el coraje, con la voluntad y con la constancia.

Retorno al solar nativo*

* Discurso de orden pronunciado en sesión solemne, el 28 de abril, 1 Concejó Municipal.

**“En este día
en el que el alma de la ciudad
ha palpitado más urgente
y la sentimos más cerca,
más grande y sugestivamente
acariciante, rindamos
nuestro homenaje a quienes
realizaron el milagro
de levantarla ufana de entre
las ruinas para entregarla
con fe y con orgullo
a nuestra responsabilidad
y diligencia...”**



Abelardo Morán Muñoz

España que auspició el descubrimiento de América, vive en la historia y tiene el privilegio de haber señalado el camino ancho y propicio que se proyecta en el tiempo con caracteres de eternidad. Así, América es la prolongación permanente de España por su lengua, su religión y su cultura, que alentadas con nuevas virtualidades se traducen en la unión de dos pueblos en el concierto universal. A través de los mares ignotos, con sólo el sublime ideal por norte y guía, se trasplantaba a esta tierra virgen una raza que tendría el sortilegio de hacer brotar un nuevo mundo, alimentado en las raíces de la historia y de la tradición, tierra esta de América de las aventuras límites, de las conquistas epopéyicas, de las exploraciones pacientes; de las mitas, de los obrajes y las encomiendas, debía ser más tarde, en la plenitud de su desarrollo, tierra de progreso, tierra de rebeldía y de libertad... Tierra de creadores ideales, más realizables por humanos que aquellos que quedaron atrás, en la vieja y culta Europa, arrasada por los despotismos y los odios y donde encontraron prematuro ocaso tantos espíritus.

Y para ello, esos gigantes españoles que llevaron en su frente encendida la lumbre de la fe y en el corazón la santa enseña de «por su Rey y por su España», iban prendiendo en el valle tropical y sitibundo o en la sierra enhiesta, cuajada de nevados o en la selva sombría y solitaria, el milagro de las fundaciones... Riobamba, Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja hacia el sur, primeramente...

Después Ibarra, al norte de la línea equinoccial, como para balancear, completar y acrecentar el alma de la nacionalidad, nació el 28 de septiembre de 1606, en el lugar más propicio que escogiera esa inequívoca intuición ibérica que se adelantó siempre a las grandes realizaciones.

Cómo creció la ciudad en verde y anchuroso valle que descendiendo de las suaves pendientes de Imbabura iba a dejar de besar sus pies en sus tranquilas aguas del Tahuando.... Como las cúpulas de sus iglesias majestuosas urgían la diafanidad del cielo, desparramando en vibrantes centelleos el himno dignificador del trabajo y la súplica sublime de la plegaria unciosa... Cómo la vida tejía sus encantos y se activaba en torrentes de felicidad para sus hijos que veían y palpaban a su ciudad estirarse por los anchurosos campos del progreso, incorporando en su nombre evocativo, toda la predestinación que cimbrea en este sector de las comarcas coloniales.

Pero llegó la noche aciaga... 16 de agosto de 1868. Doscientos sesenta y dos años que representaban un mundo de esfuerzos tesoneros quedaban confundidos en el polvo y enterrados en la tragedia de los escombros. Y los aterrados sobrevivientes ni siquiera pueden asirse al cobijo de la paz de los sepulcros porque otros peligros escondidos les asechan para asestarles golpe fatal. La desgracia los empuja, los arrastra en vértigo macabro y en medio de un remolino de terrores, con el peso del dolor y la orfandad, inician el éxodo angustioso hacia Santa María de la Esperanza, en donde sosegados de los hervores de la tierra, podrían otear la luz del consuelo. Allí plantaron sus tiendas, peregrinos de la desgracia, para lamentarse viendo a la distancia el montón informe en donde quedaron tronchadas sus más acariciadas esperanzas...

Poco a poco soplaron los vientos de bonanza...Y nació la fe y la confianza. Porque la desgracia tiene el secreto de temblar los espíritus y forjar insospechadas energías. Y el hombre, purificado en el dolor, reconcentrado en sí mismo, buscando sus propias virtudes, queda en actitud eficaz de rebasar lo meramente transitorio, por material perecedero, para empinarse alto y crear en derecho aquello que es permanente y que nada ni nadie puede destruirlo... Había que hacer renacer a su ciudad... Había que volver a modelar a su Ibarra, más esbelta y graciosa, ofreciéndole el caudal de sus energías y el precio singular e invaluable de sus amores.

García Moreno, cuya figura se agiganta por los confines de la Patria, con celo y previsión, multiplicó sus cuidados y, a los cuatro años después del terremoto, ordena el retorno de la ciudad a sus antiguos lares. El entonces Gobernador de Imbabura Don Manuel España, en decreto de 10 de Abril de 1872, dicta las disposiciones más conducentes para que desde el 22 del propio mes y año se establezcan “todas las Oficinas de despacho tanto políticas como municipales y judiciales y la guarnición militar; y desde aquella fecha se dirijan a dicha ciudad cuantas comunicaciones oficiales y asuntos tengan relación con los servicios públicos”.

El día 28, bajo un sol radiante, en larga y presurosa caravana, venían los obligados expatriados a su añorado terruño... Llegaban cariacontecidos por el recuerdo, pero con insinuante optimismo en las miradas y renovadas esperanzas en el corazón... Porque ellos perdieran todos los tesoros y aún la vida misma que marcharse más allá de estos confines. Y se oficia en pomposa ceremonia la reinstalación de la urbe que equivalía a una nueva fundación... Fundación segunda para seguir gestándose la histo-

ria de Ibarra en el mismo libro que la naturaleza ofreciera, impoluto y magnífico, a la nacionalidad y en cuya primera página rubricaron hace 350 años la partida de nobleza española y de autenticidad americana esos dos hijodalgos de la España milenaria, Don Miguel de Ibarra y Don Cristóbal de Troya.

Porque Ibarra no sería Ibarra, alejada de su valle, alejada de su monte, sin las venas de agua que le rompen todo el cuerpo, llenándole de rumores inebriantes; sin el suave regazo de su tierra buena que revienta en floraciones de largueza para llenar las manos de quienes la riegan con sus sudores... Ibarra, sólo aquí sería la misma del ayer, la misma del presente y la misma para el futuro... Suspendida en la mitad de los Andes, tiene un destino milenario: conjugar las fuerzas vitales del septentrión ecuatoriano y empujarlas, victoriosamente hacia el mar, a través del callejón que le labrara el Mira y luego de recoger mayores recursos, volcarlos, en corriente ininterrumpida, de frontera a frontera, en función de grandeza nacional.

Y esta ciudad no ha traicionado a su destino ni a su nombre, porque ha conservado intactas su alma y su fisonomía sin mixtificarlas... Y se resiste con altiva dignidad cuando fuerzas y corrientes foráneas pretenden interponerse al paso triunfal o vertical de sus años... Ciudad pacífica e ingenua porque confía en sí misma... Ciudad tranquila porque su cielo límpidamente azul y sus lagos puramente transparentes, se han entrado de par en par, prodigándole esa su serenidad majestuosa que es equilibrio del corazón y de la mente... Vedla cómo se levanta airosa, en ansia de superación constante... Vedla cómo crece, compitiendo en gracia y en donaire con el paisaje sugestivo que la circunda... Vedla cómo se multiplica y aspira a más y mejor, mientras aliente en el pe-

cho de sus hijos el afán sincero por servirla: mientras de sus calles anchurosas y apacibles se aleje el odio emponzoñado que mata y que destruye; mientras en los hogares se enseñe a amarla con ternura delirante, que en ella veneramos y amamos a la patria que nos mira y nos cobija con su glorioso tricolor.

En este día en el que el alma de la ciudad ha palpitado más urgente y la sentimos más cerca, más grande y sugestivamente acariciante, rindamos nuestro homenaje a quienes realizaron el milagro de levantarla ufana de entre las ruinas para entregarla con fe y con orgullo a nuestra responsabilidad y diligencia... Para el hombre del campo y de la ciudad; para el obrero y el letrado; para el niño, el joven y el anciano; para el magistrado y el maestro; para el sacerdote y el soldado; para la mujer, relicario de virtud y fuente de ternuras; para todos los que hemos hincado nuestra querencia y nuestra devoción por esta ciudad, el requerimiento más fervoroso y cordial para que, en renuncia total, la amemos, la dignifiquemos y la engrandezcamos...

¡Que el Bicentenario valga la pena!

“Que el espíritu valiente, noble y decidido de Bolívar, Sucre, Calderón y de todos aquellos que ofrendaron sus vidas por liberarnos, nos inunden la conciencia todos los días para que los tengamos presentes en cada acto, como el fiel testimonio histórico de que cuando existe la voluntad de hacer algo para el bien común, se pueden conseguir grandes cosas”



Paolo Ponce

Han transcurrido dos siglos desde aquella legendaria fecha, cuando en territorio ecuatoriano, se libró uno de los combates que marcaron un antes y un después del proceso independentista de América, me refiero a la Batalla de Pichincha.

Del intelecto de virtuosos historiadores, habrán surgido un sin número de líneas respecto a esta lid, sin embargo, hoy, asumo con responsabilidad, el desafío de esbozar tan importantes eventos, para que no pasen desapercibidos, los interioricemos, aprendamos de ellos y sean un impulso para enfrentar con valentía nuestras propias contiendas de emancipación.

¿Cómo empezó la Independencia en Latinoamérica?

Según relata la historia, muchas veces posicionada como “El Descubrimiento de América”, se produjo en 1492, cuando Cristóbal Colón y su expedición, por orden de la Monarquía de España de aquella época, se encontraron en territorio americano tras cruzar el océano Atlántico.

Con el paso del tiempo los viajeros, por los hechos de los cuáles que fueron testigos y que siempre permanecieron intrínsecas en el alma indoblegable de nuestros ancestros, a lo mejor comprendieron que su dominio en el nuevo mundo, no iba a ser eterno.

Resultaría infinito pensar en que se puede narrar a detalle todas las aristas que se dieron como consecuencia del encuentro de estas dos formas de vida, pero todas ellas, ya preparaban el terreno para el inicio de los procesos libertarios.

Ya para el año de 1820, con la influencia de la geopolítica, permeó el liderazgo de José Joaquín Olmedo y el 9 de octubre, Guayaquil proclamó su independencia; hito que motivó a Cuenca, para que un mes después, hiciera lo propio el 3 de noviembre.

Con esa perspectiva y tras superar algunos infortunios, Simón Bolívar, desde Colombia, encomendó la tarea liberadora a su mejor General, Antonio José de Sucre, para que lidere estas operaciones militares. El acierto del encargo, se concretó la mañana del 24 de mayo de 1822, cuando



Sucre llegó hasta Quito y doblegó a las tropas reales en las faldas del Pichincha.

La victoria de Sucre en la Batalla de Pichincha, fue posible gracias a un ejército integrado por casi 3.000 hombres quienes libraron un combate feroz y sangriento con las fuerzas españolas; aquellos foráneos que estaban conscientes que la pérdida, equivalía a la conclusión de su dominio.

En ese contexto es necesario mencionar a los personajes que acompañaron a Antonio José de Sucre para cumplir la delegación del Libertador, me refiero a Abdón Calderón, quien fue destacado joven cuencano que pesar de haber recibido heridas de bala, permaneció indómito en la línea de fuego.

También consta el valioso aporte de Andrés de Santa Cruz, Comandante en Jefe de la División de Perú del Ejército Libertador, quien junto a Sucre, fue otro de los generales cuyo aporte táctico y político fueron puntales para la independencia de América.

¿Qué nos dejó este hito de la historia a los ecuatorianos y a Latinoamérica?

Es importante contextualizar la cronología de las campañas para la Independencia de Sudamérica, en las que tuvieron como sus principales impulsores a San Martín y Simón Bolívar, mismas que se cumplieron en Chacabuco (1817), Maipó y Cancha Rayada (1818), Boyacá (1819), Carabobo (1821), Bomboná (1822), Pichincha (1822), misma que se configuró en la recta final del dominio español, quedando las que se desarrollaron en Perú, en Junín y en Ayacucho en 1824.

Esto quiere decir que la guerra se la vivió en Chile, Venezuela, Ecuador, Colombia y Perú, donde sin dejar de lado todo el sacrificio que implica un enfrentamiento militar, de seguro habrán muchos más nombres que quizá no constan en los registros históricos, pero que gracias a su valor, juntado al de las bases sociales, los insurgentes y el anhelo de autonomía, en la modernidad podemos proclamarnos libres.

200 años más tarde: ¿Qué batallas debemos librar?

A pesar de la libertad que nos abraza, actualmente enfrentamos grandes contiendas a las cuales debemos atacar como lo hicieron nuestros ancestros, hoy la lucha es con la atadura a las redes sociales, contra la desigualdad de oportunidades, contra la concentración de la riqueza, contra la corrupción que se campea con intenciones de normalizarse en la sociedad, contra la inseguridad, contra los malos gobiernos y contra un sin número de antivalores.

Frente a esta realidad que pretende cerrar sus eslabones, considero que es el momento de regresar a ver a la historia y de actuar con valentía, de estar conscientes de nuestros problemas, de buscarles soluciones, de no esperar que todo nos llegue desde la comodidad, de mostrar la iniciativa y de luchar fehacientemente contra la desidia; de ser los mejores comandantes de nuestras vidas, de liderar iniciativas que nos benefician a todos, de velar para que a nadie se le vulneren sus derechos, de proteger a los indefensos, de dejar el egoísmo a un lado, de actuar con integridad, de ser honestos, de cuidar el ambiente, de respetar las diversidades y las opiniones de los demás.

Que el espíritu valiente, noble y decidido de Bolívar, Sucre, Calderón y de todos aquellos que ofrendaron sus vidas por liberarnos, nos inunden la conciencia todos los días para que los tengamos presentes en cada acto, como el fiel testimonio histórico de que cuando existe la voluntad de hacer algo para el bien común, se pueden conseguir grandes cosas; todo es posible si cultivamos la educación, la cultura, la promoción y la vivencia de principios.

Quizá estas reflexiones, llevadas a la acción, hagan que la conmemoración del Bicentenario valga la pena.

Glorioso Sesquicentenario

**“La lección del retorno
debe motivarnos
a los ibarreños de hoy
al esfuerzo creativo
que busca limpiar
los escombros del pasado
para empezar de nuevo”**



Luis Fernando Revelo

“Suprimamos las estatuas de nuestras plazas y calles y el conocimiento del héroe quedará solamente al alcance del pueblo en el empeño imaginativo del relato escrito, ya histórico y biográfico, ya puramente literario; faltaría a la vida cotidiana y al entusiasmo de nuestra alma esa afirmación espiritual, que espera las miradas y el silencio de los que pasan, y que ciertos días del año obtiene el calor de la multitud que la rodea” (Massini Correas, 1962)

Nos ubicamos mentalmente en el ámbito magnífico de lo que debería ser una emotiva Plaza Cívica y no un polideportivo en la ya famosa Av. El Retorno, bajo la azulada cúpula del firmamento, junto a esos monumentos históricos que nos hablan con lenguaje de eternidad del papel protagónico que ejercieron aquel historiado abril de 1872. Allí el primero, en cuya cúspide se yergue adusta e imponente el águila con sus alas desplegadas como símbolo de resurgimiento. Allí el Obispo de Ibarra, Monseñor Thomas Iturralde, que parece pronunciar su Resolución eclesiástica de bajar desde la Esperanza para vivir en Ibarra, comunicación que fue bien recibida por García Moreno, quien exhorta a reinstalarse “aunque sea en tiendas de campaña o a cielo raso”. Allí el dinámico Gobernador, Dn. Juan Manuel España que parece leernos la expedición de su decreto: Considerando: “Que para atender más eficaz e inmediata-



FOTO: S.MORAN P - 2014

mente a la reparación de las ruinas de la Ciudad Capital de esta Provincia, dar cumplimiento a la resolución popular acordada en la sesión pública del 18 de marzo de 1870 y llenar la voluntad y disposición de la Legislación última y del Supremo Gobierno de la Nación, es indispensable trasladar cuanto antes todos los despachos a la ciudad de Ibarra”. Decreta: Artículo 1. “Desde el 22 del presente mes, se establecerán en la ciudad de Ibarra, todas las oficinas de despacho, tanto Políticas, como Municipales y judiciales y la Guarnición militar, desde aquella fecha, se dirigirán a dicha ciudad, cuantos con comunicaciones oficiales y asuntos, tengan relación con los servicios públicos...”. Allí la efigie del Profesor José Nicolás Vacas o como amicalmente solían llamarle los ibarreños el «Señor Vaquitas» quien, cuando Ibarra, fugitiva y desolada, acampó en Santa María de la Esperanza durante cuatro años, no cejó un punto en su campaña de convencimiento para abandonar los hospitalarios campos de la Esperanza y retornar a los antiguos lares. En un bien trazado discurso, todavía parece decirnos: “¡Salve Ibarra! dulce patria mía, Ibarra asiento del honor, del valor y de la inteligencia. Bendito sea mil veces el fausto momento en que tu nombre vuelve a resonar entre los nombres de los pueblos vivos, surgiendo nuevo y brillante del polvo del olvido en que ibas a sepultarte...Loor eterno señores al Supremo Dispensador de todos los bienes; y después de Él, a los hombres a quienes debemos tan señalado beneficio. Que la Historia, depositaria fiel de todos los grandes sucesos, recoja los nombres del egregio Presidente actual de la Nación; del laborioso joven Gobernador de esta provincia, y de las demás autoridades locales, y los compagine con los del ínclito Miguel Ibarra, haciendo resaltar el 28 de Abril de 1.872, junto al 28 de Septiembre de 1.606.”

Hoy a la vuelta de 150 años, los ibarreños del siglo XXI, hemos retornado al sitio de su glorioso asentamiento, luego del danteresco terremoto del 16 de agosto de 1868. Aquí se radicaron los sobrevivientes en improvisadas chozas y tiendas cubiertas de tejas y esteras. Aquí el llanto y el dolor, pero también el afán de supervivencia, la grandeza de espíritu de los ibarreños de aquel entonces, para superar las secuelas de semejante terremoto. Este fue el lugar, ubicado al sur de la ciudad, donde la montaña ofrecía una mejor estructura geológica y firme, amén de las posibilidades fundamentales como el abastecimiento del líquido vital para el uso doméstico.

El Presidente de la República de ese entonces, Xavier Espinosa, nombra Jefe civil y militar de esta región a Gabriel García Moreno. Al contemplar la horrenda destrucción de la ciudad, García Moreno exclamaba atónito: “Parece que la tierra ha hervido”.



José Nicolás Vacas



Juan Manuel España



Mariano Acosta

Las ruinas, la desolación y la muerte cundían por la otrora apacible ciudad, remanso de paz, trasunto de colonia. Ibarra no estuvo sola para restañar sus heridas. Dos personajes señeros irrumpieron en el escenario: García Moreno poniendo su dinamismo para la reconstrucción y Juan Montalvo, el excelso escritor ambateño, con su pluma doliente hacía conocer al mundo la magnitud del azote que había flagelado la ciudad donde sonreía la esperanza.

Pero el espíritu de los ibarreños rebrotaría pujante después del tormento; no podía abatirse la reciedumbre de la tierra que había dado grandes hijos. Entonces emerge magnífico aquel ángel de la caridad que se llamó Mariano Acosta. Este ilustre presbítero se constituye en el auspiciador incondicional del retorno a los lares donde por tantos años floreció la hidalga Ciudad Blanca como un centro proficuo de valores humanos y de riqueza del país.

Quién no recuerda el mito del Ave Fénix, aquella ave fabulosa que, según nos narraban nuestros maestros de Literatura, cíclicamente moría sobre una pira y renacía luego de sus propias



Personajes emblemáticos que tuvieron su protagonismo en El Retorno, cuyos bustos demandan urgente mantenimiento y una verdadera PLAZOLETA CÍVICA.

cenizas. Los ibarreños de 1872, en su interior, debieron haber experimentado el aliento de aquella ave fabulosa, para emprender resueltamente su retorno, desde estos llanos de Santa María de la Esperanza hasta a aquellos sitios que dejaron en 1868. El retorno de los sobrevivientes empezó el 22 de abril de 1872 y la nueva fundación ocurrió seis días después, precisamente el 28 de abril, fecha epónima de la ibarreñidad. Así consta en el acta protocolizada por el Escribano público: “En Ibarra, a 28 de abril de 1872 se constituye en el templo provincial de la Merced el Venerable Cabildo y el Clero, presidido por el Ilustrísimo Tomás Iturralde, las autoridades civiles, presididas por el Sr. Gobernador de la provincia, Juan Manuel España, los Sres. que componen el Muy Ilustre Concejo Municipal, los Oficiales de la Guarnición, presididos por el Comandante de Armas, Crnl. Manuel Salazar y el pueblo, y saliendo en procesión se dirigieron a la Plaza mayor en donde se bendijo la ciudad...Luego se volvieron al templo en donde se celebró la Misa y después de cantado el Evangelio por el Sr. Canónigo Mariano Acosta pronunció un discurso contraído a manifestar la excelencia de los exorcismos e infundir en los oyentes suma confianza... “¡Ibarra Patria mía!, levántate del seno de las ruinas y la diestra del Altísimo te embellecerá. Tus calles serán espaciosas y pobladas. Tus plazas hermosas y afluidas de gentes de los mares. Tus aguas cristalinas y puras. Tus habitantes virtuosos y felices. Un ángel de Dios velará en las alturas de tus Andes para contener los desenfrenos de la naturaleza; y despejará el horizonte al amanecer de los felices días que se te prometen...”

Así comenzó a levantarse la nueva ciudad con la dirección técnica del Ing. Arturo Rodgers, tomando como punto de referencia aquella palmera de coco perteneciente al huerto de los Gómez

de la Torre, y el auspicio incondicional de preclaros ibarreños como el Crnl. Teodoro Gómez de la Torre, el talentoso maestro José Domingo Albuja, una pléyade de docentes como Eduardo Grijalva, Carlos Elías Almeida, Elías Vacas, Heliodoro Espinosa, entre otros. Los lineamientos se esbozaron así: “Las calles tendrán trece metros de ancho para toda calle nueva; estas serán rectas, tiradas a cordel, sin ninguna curva como antes, y se ha de prolongar como sea debido, expropiando, previa indemnización de aquellos solares que anteriormente interceptaban el tránsito. Las aguas potable y de riego deberán introducirse por cañerías metálicas o de cal y canto y con los desagües respectivos que conduzcan el líquido sobrante a los ríos Tahuando o Ajaví, según sea el caso...” (Resolución del Cabildo Ampliado para la reconstrucción de Ibarra).

Sin lugar a dudas, los 150 años del Retorno de los ibarreños pone de relieve la presencia del espíritu de lucha y de superación de hombres y mujeres de aquel entonces, para comenzar de nuevo, voltear la página oscura y, poner un hito glorioso en la historia de la ibarreñidad. Y es que la efemérides del 28 de abril, como bien lo puntualizara nuestro cronista de ibarreñidades Dn. Roberto Morales Almeida, es fundacional, pues se trata nada más ni nada menos que la segunda siembra del árbol fecundo de la ibarreñidad, donde 266 años atrás el Capitán Cristóbal de Troya, levantó los pendones de la institucionalidad jurídica del Cabildo de la Villa de San Miguel de Ibarra.

La lección del retorno debe motivarnos a los ibarreños de hoy al esfuerzo creativo que busca limpiar los escombros del pasado para empezar de nuevo. Hay tantos escombros que han ido dejando la corrupción, la delincuencia, la mentira, el hurto, la ca-

lumnia, la lujuria, el fraude, la pereza, la violencia, la injusticia social...Si de verdad queremos una Ibarra progresista, con identidad propia, preciso es que cada uno de los ibarreños debemos retornar por los fueros de la verdadera grandeza, la que se alcanza con la virtud, la que eleva la voluntad y el carácter, la que le sitúa en la posición inconfundible del deber y en la cúspide ideal del honor. Sin una mente clara, metódica, munida de sólidas realizaciones, la voluntad se pierde, la persona se torna débil, sin carácter, sin decisiones. Cuando el impulso se ha perdido en la vida, el ser humano se convierte en juguete vulgar de las pasiones y se vuelve difícil su retorno a lo que edifica, a lo que construye, a lo que nos hace ser personas.

Frente a una sociedad que promete el cielo en el consumo, que ha trastocado los valores, es probable que a muchos se les dificulte emprender resueltamente el retorno. Tienen a sus espaldas, una niñez vivida entre lágrimas y angustias, tienen bajo los ojos el espectáculo del derrumbe y de la desorientación general, sienten vibrar en el aire la posibilidad de nuevas ruinas cercanas. ¡Basta de contemplar escombros! ¡Basta de jóvenes sin la fresca juventud, de viejecillos prematuros sin la experiencia de los viejos, de hombres sin juventud, de conciencias tornadizas al menor sople del viento, que no vacilan en arrojar por la borda todos los principios de la honradez, de la dignidad y de la justicia!

Aleccionados por los ibarreños de 1872, unidos por los lazos de la gratitud y del respeto, por la voz del deber y del sentimiento de admiración, emprendamos juntos la gran tarea, atrevida y arriesgada, para verla surgir radiante y bella como subrayaba el laureado poeta colombiano:

“Como enorme esmeralda refulgente
que el pecho de los Andes condecora,
cerca del lago azul que la enamora,
Ibarra la gentil, surge riente...”
(Alfredo Gómez Jaime)

O como decía otro inspirado bardo:

“Ciudad de los encantos,
de luz y de esperanza,
donde a soñar se alcanza,
en mundos de otro sol...”
(Agnelio Hurtado)

BIBLIOGRAFÍA:

- * Monografía de Ibarra, Tomos V, VI y VII, Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”.
- * Apuntes personales.

Ad Maiorem Dei Gloriam: Apuntes sobre la antigua iglesia de la Compañía de Jesús en Ibarra

“Por ellos, que labraron el porvenir de la ciudad en diversas épocas y enfrentando obstáculos de todo tipo, es justo rescatar estas memorias que alimentan nuestra identidad y nos dan luces para construir un proyecto de ciudad”



Pablo Rosero Rivadeneira

Cuando los ibarreños regresaron a su antiguo solar, en abril de 1872, la ciudad estaba lejos de recobrar la normalidad. En el ángulo nororiental de la plaza Mayor apenas se columbraba el espacio para levantar la catedral. Del lado oeste, las oficinas municipales ocupaban una construcción provisional. En tanto, en la esquina suroeste, como doloroso testimonio de la catástrofe, se erguían las ruinas de la antigua iglesia de la Compañía de Jesús dedicada a San Francisco Javier.

Manos piadosas pusieron a buen recaudo algunos de los retablos de la antigua iglesia jesuita para engalanar la incipiente catedral. Orfebres y talladores ibarreños curaron en los altares las heridas del terremoto. Su talento anónimo salvó los restos de una historia que inicia con la fundación misma de la ciudad.

El deseo de la villa

El 27 de julio de 1622 el procurador de la villa de Ibarra, Pedro Rodríguez, dirige una petición al corregidor y justicia mayor de ella, Pedro Ponce Castillejo, expresando que:

Desde que esta villa se fundó ha deseado y desea que en ella funde casa y colegio la Compañía del Nombre de Jesús y aunque siempre lo han tratado con los prelados, se ha dejado de hacer por parecerles que las mandas que en esta villa se han hecho no eran congruentes. (Villalba, S.J., 1997, pág. 252)

A continuación, el procurador cita las “mandas” o donativos de los ibarreños para obtener la fundación de la casa, colegio e iglesia jesuita. Entre ellos, además de las doce caballerías de tierra en Chorlaví (poco más de dos hectáreas actuales) se asignan “otros tres solares, esquina de la plaza, para iglesia y casa” (Villalba, S.J., 1997, pág. 252).

Días antes, el escribano Pedro Carvallo –quien estuvo presente y levantó el acta de la fundación de Ibarra en 1606– se sumó a los donativos y “mandó de limosna para la fundación y colegio que se fundare en esta villa de la Compañía de Jesús, cincuenta patacones de a ocho en reales” (Piñas, S.J., 2020, pág. 109).

Empero, el anhelo de la villa no se cristalizó sino hasta el 19 de agosto de 1684 cuando el rey Carlos II *El Hechizado* promulgó la Real Cédula autorizando la fundación del colegio. Meses más tarde la cédula llegó a Quito y el obispo Alonso de la Peña y Montenegro, en cumplimiento de ella, dispuso en auto del 9 de abril de 1685:

Dar ascenso a la religión de la Compañía de Jesús para que en dicha villa de San Miguel de Ibarra se funde el dicho colegio y erija iglesia y sagrario donde esté el Santísimo Sacramento y se coloquen así mismo campanas y todo lo demás que sea anexo a la dicha fundación sin que ninguna persona o personas de cualquier estado, calidad y condición que sean impidan dicha fundación en virtud de la santa obediencia y so pena de excomunió mayor. (Piñas, S.J., 2020, pág. 161)

Quedaba así fundado el primer establecimiento de educación secundaria que tuvo la ciudad.

La calle de la Compañía

Si comparamos el plano levantado por el sabio Francisco José de Caldas a inicios del siglo XIX con la disposición actual de las calles de Ibarra, veremos que el trazado colonial se mantuvo luego del terremoto de 1868. Lo que cambió con el Retorno fue el ancho de las calles que pasó de 8 a 13 metros. Se rectificaron, además, ciertas sinuosidades que tenían algunas arterias. Corroborra esta hipótesis el ilustre ibarreño Luis F. Madera:

Después del terremoto del 68, la nueva delineación afirmó la antigua, rectificando y ampliando las calles con regularidad perfecta. La actual carrera Sucre, por ejemplo, se hallaba pocos metros más hacia el oriente, como lo demostraba el muro occidental largo tiempo existente de las ruinas del templo de la Compañía. (Madera L., 1975, pág. 6)

Precisamente a lo largo de la calle Sucre —en el tramo entre la Flores y Oviedo— se hallaba la antigua iglesia de la Compañía de Jesús, dedicada a San Francisco Javier (1506-1552) el patrono de las misiones que evangelizó la India, Japón y murió a las puertas de China soñando con sembrar ahí la buena nueva de Cristo.

En realidad, toda la manzana comprendida entre las calles Flores, Sucre, Oviedo y Rocafuerte pertenecía a los jesuitas. Allí es-



“San Francisco Javier”

Luis Cadena

Siglo XIX

Museo Centro Cultural BEAEP

taban los “tres solares esquina de la plaza” que habían sido donados en 1622 para la fundación del colegio de la Compañía. De acuerdo con el P. Jorge Villalba, S.J., “el colegio ocupaba toda la manzana del actual Seminario¹ y tenía una planta de cuatro patios” (Villalba, S.J., pág. 175).

La iglesia de San Francisco Javier

El 9 de diciembre de 1743, a lomo de mula, entraba en Ibarra un grupo de jesuitas provenientes de Europa. Entre ellos iba el joven novicio Mario Cicala. La experiencia de su viaje y los años que pasó en la Real Audiencia de Quito hasta el fatídico año de la expulsión de los jesuitas dieron lugar a su libro *Descripción Histórico Topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús*.

En esta obra, Cicala nos deja el siguiente testimonio de la iglesia jesuita de Ibarra terminada de construir pocos años antes:

Todas las iglesias son suntuosas y hermosas (...) pero la más noble, esbelta, majestuosa e imponente es la de la Compañía de Jesús, acabada totalmente hace pocos años. Es de una sola nave, larga, ancha y luminosa, con un crucero grandioso; al centro se levanta, sobre cuatro pilas-tras y arcos torales, una magnífica cúpula. Los altares todos muy hermosos y ricamente adornados con preciosísimos retablos de cedro, labrados con caprichosos tallados, arabescos y columnas, todo dorado con oro finísimo. (Cicala, 2008, pág. 321)

.....
1 Se refiere al Colegio Seminario San Diego que, para la época en que el P. Villalba escribe su artículo, aún funcionaba en su antiguo edificio de la calle Flores entre Rocafuerte y Sucre.

De acuerdo con el P. Villalba, la construcción de la iglesia la empezó en 1715 el jesuita napolitano P. Januario Garófalo y el material de construcción fue obtenido de unas caleras compradas en Cotacachi.



“Iglesia de San Francisco Javier que la Compañía de Jesús tuvo en Ibarra”
Luis Salas Garzón bajo dirección de Mons. Elías Liborio Madera
Dibujo y xilografía
Siglo XX
Tomado del Volumen III de la Monografía de Ibarra

En efecto, en el documento de entrega de los bienes del colegio de Ibarra que hace el P. Mathías Lazo al P. Garófalo el 6 de julio de 1715 se hace constar que “compróse dicha calera en mil y quinientos pesos, los mil de dicho censo y con obligación de dar y pagar ciento ochenta y cuatro fanegas de cal” (Piñas, S.J., 2020).

El 4 de octubre de 1717 el P. Garófalo informaba los avances de la obra en carta al P. Provincial Nicolás de Arauz:

El cimientado de la capilla mayor y dos lados del crucero están llenos hasta al tope; se prosigue con los cimientos del lado de San Xavier. Paró un poco porque la capilla mayor se tragó toda la hornada de cal; el día 22 de septiembre se acabó de quemar el horno nuevo que he hecho en Cotacachi y a fines de este mes de octubre se deshonorará y proseguiré. (Piñas, S.J., 2020)

El P. Villalba menciona, además, que las obras de carpintería y herrería fueron realizadas en los talleres del colegio jesuita y que los azulejos con que se recubrieron las bóvedas fueron también fabricados en Ibarra. Añade que en 1729 la obra estaba tan avanzada que fue posible dar en el templo los ejercicios espirituales de Cuaresma. (Villalba, S.J., pág. 178)

La iglesia tenía dos accesos: el principal, ubicado sobre la actual calle Flores en el sitio donde hoy se levanta una entidad bancaria, y el lateral, ubicado sobre la calle Sucre. Ambos accesos tenían portadas labradas en piedra que enmarcaban sendas puertas fabricadas en cedro. En efecto, de acuerdo con la *Entrega que hace de este colegio de la villa y sus haciendas el padre rector Joseph Nieto Polo a su sucesor el padre rector Pedro de Arcentales en 17 de noviembre de 1732 años* vemos que:

Quedan labradas cuatro medias puertas grandes de cedro para las puertas de la iglesia nueva. Se ha hecho de nuevo el cañón de la iglesia desde la cornisa hasta las bóvedas y la que ha de ser capilla de nuestro padre San Ignacio cubiertas las bóvedas con azulejos.

Ítem la portada de la iglesia y puestas las vigas necesarias en el coro y una pared de adobes doble para que se divida y pueda estrenarse el cañón de la iglesia y servir de sacristía la capilla de nuestro santo padre. (Piñas, S.J., 2020)

Ese mismo año, de acuerdo con el P. Villalba, los jesuitas “se dispusieron a comenzar la media naranja: en reunión de consulta de comunidad se resolvió hacerla de piedra y no de ladrillo por disponer de piedra porosa que era menos pesada y costosa que el ladrillo” (Villalba, S.J., pág. 178)

El historiador ibarreño asevera que la obra material de la iglesia terminó en 1746 y cita el testimonio del P. Juan Antonio Giraldo, panameño: “La iglesia acabada con su púlpito, coro y un portón bien labrado de madera con dos caras. Ítem, una acequia subterránea larga y profunda para desaguar dicha iglesia con lo que se conserva seca”. (Villalba, S.J., pág. 181)

Más tarde, en 1759, luego de superar una enfermedad que lo mantuvo entre la vida y la muerte, el P. Juan de Velasco se hizo cargo de la procura del colegio de Ibarra. Años después, desterrado en Italia como otros jesuitas quiteños, apuntó lo siguiente sobre la iglesia:

El colegio construyó a grandes costos el magnífico altar mayor de nuestra iglesia. Esta era una de las más hermosas y mejores de la provincia en cuya construcción moderna se había gastado un caudal considerable. Hallábase adornada de bellísimos altares; aperada de ornamentos y, entre ellos, de uno muy rico de Génova, de una custodia muy preciosa de pedrerías, vasos sagrados y cantidad

de objetos de plata. Lámpara, mallas, candeleros, blandones y un gran sagrario que todo pesaba más de 1.200 marcos. (Villalba, S.J., págs. 184, 185)

Todo este esfuerzo arquitectónico, artístico y evangelizador se cortó de un solo tajo por una cruel e injusta medida nacida del “real ánimo” de un déspota ilustrado.

La Pragmática Sanción

En la madrugada del 24 de agosto de 1767, el corregidor Ramón Redín cercó con gente armada la manzana del colegio e iglesia de los jesuitas de Ibarra. Pocos días antes, mientras se encontraba en Huaca recaudando los reales tributos, recibió una copia de la *Pragmática Sanción* del rey Carlos III remitida por el presidente de la Audiencia, José Diguja.

La *Pragmática Sanción* incluía las instrucciones que las autoridades españolas debían observar para el arresto y expulsión de los jesuitas. El siniestro Conde de Aranda –mano derecha del déspota Borbón– fue el autor intelectual de ese documento infame. Sugería que el procedimiento se ejecutara de madrugada por temor a cualquier alzamiento del pueblo.

Redín no tenía soldados para ejecutar la orden. Obligó a personas del pueblo a empuñar las armas que lo obedecieron de mala gana. Los ibarreños tenían gratitud con los jesuitas que, además de la educación y los ministerios espirituales, les habían auxiliado con medicinas y alimentos en una ciudad que no tenía médico y que vivía con angustia la pobreza galopante en toda la Audiencia.

Como ave de rapiña, la Junta de Temporalidades cayó sobre los bienes de los expulsos. La iglesia de San Francisco Javier, gloria y ornato de la villa de Ibarra fue entregada a la autoridad eclesiástica junto a las obras de arte y los objetos de culto.

El regreso de los jesuitas

Setenta y tres años más tarde, la iglesia era administrada por clérigos seculares que no siempre llevaban una vida edificante. Así lo evidencia el juicio por injurias “de palabra y obra” instaurado por el presbítero José María González, vicerrector del colegio San Diego y capellán de la iglesia de la Compañía, contra el capitán Francisco Gaviño, documento que se conserva en el Archivo Histórico del Museo y Centro Cultural Ibarra.

No obstante, en 1850, los jesuitas regresaron al Ecuador procedentes de Colombia y se establecieron temporalmente en Ibarra donde “por especial protección de Dios, el 14 de julio ya se había formado una respetable comunidad de 26 jesuitas” (Jouanen, S.J., 2003, pág. 28)

Lamentablemente el retorno fue breve pues en noviembre de 1852 los jesuitas fueron expulsados por el gobierno de José María Urbina. En Ibarra, el maestro de escuela Manuel Alejandro Pasquel consignó en su diario:

“El año 50 vinieron los padres jesuitas, permanecieron dos años y el año 52 fueron expulsados por el presidente Urbina quien los sacó del país con desaire. Pertencí de edad de 10 años a la congregación que establecieron para la juventud. El día en que se salieron de Ibarra los si-

guieron hombres y mujeres hasta la hacienda de San Vicente; yo llegué hasta el puente del Chota, entre otras personas, pero no pudiendo por el cansancio y la fatiga, regresamos al otro día. Este viaje lo hicimos todos a pie. Varios fueron castigados a latigazos en el camino por los soldados que fueron enviados por el gobierno con este objeto. Yo pude librarme del castigo ocultándome en las playas del Chota”. (Pasquel, 1992)

Diez años más tarde, en 1862, los jesuitas regresaron definitivamente al Ecuador, pero ya no se establecieron en Ibarra. La iglesia de San Francisco Javier nunca les fue devuelta y en la madrugada del 16 de agosto de 1868 la naturaleza inmisericorde destruyó al templo más bello de la Ibarra colonial.

Relatos de maestros, diplomáticos y fotógrafos

El 22 de marzo de 1859 tembló la tierra. Aunque los principales daños se registraron en Quito, también hubo estragos en Imbabura, sobre todo en Cotacachi. En su diario, Pasquel anotó:

“Me he olvidado decir que en el año 59 hubo, antes de este terremoto, un temblor de tierra y cayeron algunos edificios. La torre de la iglesia de la Compañía se dividió por el muro. Fue día terrible para nosotros”. (Pasquel, 1992)

Ese día, la torre del templo jesuita de Quito también sufrió serias afectaciones que obligaron a derrocarla para que no se desplome sobre el cuerpo de la iglesia.

En Ibarra, aunque no fue necesario derrocar las torres (pues eran dos y no una como en Quito) el templo quedó con un daño estructural que seguramente fue la causa de su colapso casi total en el terremoto de 1868.

Pocos años antes de la catástrofe, en 1863, el diplomático norteamericano de origen austríaco Friedrich Hassaurek visitó la provincia de Imbabura. En su libro *Four years among spanish-americans* —o *Cuatro años entre los ecuatorianos* como se lo conoce en ediciones contemporáneas— definió a la iglesia de la Compañía como la *construcción pública más hermosa de Ibarra*. Desde sus terrazas —señaló— era posible admirar la planicie y los pueblos de los alrededores.

Hassaurek mencionó, además, algo muy curioso: en la iglesia jesuita de Ibarra se conservaba un hombre embalsamado, cuyo cuerpo había sido encontrado en la cordillera por una partida de cazadores. El diplomático creía que, probablemente, el suelo calizo había ayudado a la conservación del cuerpo, cuya piel e intestinos estaban *perfectamente preservados*.

Quizás por esa misma época el fotógrafo estadounidense Camillus Farrand visitó Ibarra y dejó el que hoy es quizás el único testimonio gráfico de la ciudad antes del terremoto: una vista de Ibarra tomada desde el Alto de Reyes. Al fondo de la imagen, detrás de indígenas y afros que miran la cámara entre el asombro y el recelo, las torres de la iglesia de San Francisco Javier refulgen bajo la luz ecuatorial.

Reliquias que permanecen

Durante décadas, las ruinas del templo jesuita se mantuvieron sin derrocar. En 1875, el gobernador Juan Manuel España infor-



“Ibarra, la capital de Imbabura”

Camillus Farrand

1866

Getty Museum-Estados Unidos

maba que “a excepción de los escombros de la iglesia de la Compañía, los demás se encuentran demolidos, habiendo desaparecido por este motivo ese aspecto desolador que nos recordaba a cada instante las desgracias que sufrimos” (España, 1875).

Los restos de la iglesia de San Francisco Javier sirvieron para levantar la Catedral entre 1872 y 1878 aunque, como señala Luis F. Madera, “muchos han opinado que, en vez de sacar, como sacaron, las piedras labradas para construir la actual Catedral, se hubiera podido reparar y utilizar la Compañía” (Madera & Madera, 1923).

En realidad, demoler los recios muros de la Compañía fue una tarea que demandó un esfuerzo descomunal y que nunca concluyó del todo. En 1933, por iniciativa del canónigo Elías Liborio Madera, la portada de piedra del acceso lateral de la iglesia en la calle Sucre fue trasladado al entonces Asilo Oviedo (hoy Unidad Educativa) donde hasta hoy puede observarse.

Tras el terremoto, el púlpito y cuatro retablos fueron rescatados de las ruinas de la antigua iglesia jesuita. Se colocaron en la



Ruinas de la Iglesia de la Compañía de Jesús en Ibarra, autor aún no identificado, 1870, Archivo Leibniz-Institut für Länderkunde. Leipzig, recuperado del sitio web del Fondo Nacional de Fotografía INPC.

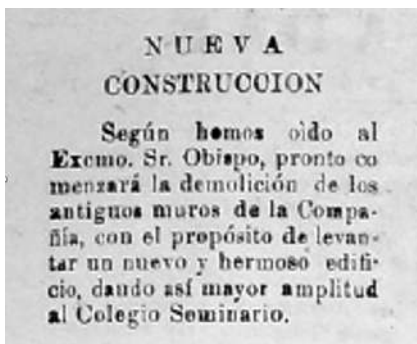
Catedral donde permanecen hasta hoy. Estos son: el de la Inmaculada Concepción, el del Corazón de Jesús o del Santísimo, el de San Miguel Arcángel y el del Calvario.

Se salvó también la puerta de cedro del acceso principal, “obra valorada con primor de arabescos de relieve” (Madera L., 1975) que, tras el terremoto, fue colocada como puerta principal de la capilla del Seminario San Diego y que lamentablemente fue sustituida después sin que se conozca el fin que tuvo esta reliquia colonial.

El 27 de febrero de 1938, el quincenario *El Ferrocarril del Norte* anunciaba la pronta demolición de los escombros que quedaban de la antigua Compañía. Se buscaba construir un nuevo edificio

para dar mayor amplitud al Colegio Seminario y, aunque esto se consiguió, hasta hoy pueden verse vestigios de esos recios muros levantados por nuestros antepasados.

Por ellos, que labraron el porvenir de la ciudad en diversas épocas y enfrentando obstáculos de todo tipo, es justo rescatar estas memorias que alimentan nuestra identidad y nos dan luces para construir un proyecto de ciudad.



Nota de El Ferrocarril del Norte # 718
27 de febrero de 1938



Portada de piedra del acceso lateral de la antigua iglesia de la Compañía que se empotró en la capilla del colegio Oviedo. La puerta de madera es ya del siglo XX. Foto: Pablo Rosero Rivadeneira

Referencias

- Cicala, M. (2008). *Descripción histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús*. Quito: Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.
- España, J. M. (1875). Informe del gobernador de Imbabura. En *Exposición del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores dirigida al Congreso del Ecuador en 1875*. Quito: Imprenta Nacional.
- Jouanen, S.J., J. (2003). *Historia de la Compañía de Jesús 1850-1950*. Quito.
- Madera, H., & Madera, L. (1923). *Ibarra en 1923: Album de vistas de la ciudad y sus cercanías*. Ibarra: Tipografía y Encuadernación “El Comercio”.
- Madera, L. (1975). *Cabos Suelos*. Ibarra: Imprenta Municipal Pedro Moncayo.
- Pasquel, M. A. (1992). *Para que lean mis hijos*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Piñas, S.J., F. (2020). *El Colegio de Ibarra de la Compañía de Jesús en la Real Audiencia de Quito*. Quito.
- Villalba, S.J., J. (1997). La instrucción pública en la villa de San Miguel de Ibarra en el siglo XVII. En S. A. Ibarra, *Monografía de Ibarra Volumen II*. Ibarra: Talleres Offset Diario La Verdad.
- Villalba, S.J., J. (s.f.). El colegio de los jesuitas en Ibarra. En S. A. Ibarra, *Monografía de Ibarra Volumen III*. Talleres Offset Diario La Verdad.

El terremoto de Imbabura

“Ciento cincuenta y cuatro años han pasado desde aquella madrugada de muerte. Ibarra parecía hasta hace veinte años una ciudad de papel a cuadros. Se podía admirar las lomas de Yuracruz y Aloburo. Ahora algunos edificios cortaron el paisaje. Todas las ciudades cambian. Algunas traicionan su historia”



Ramiro Ruiz R.

Para tener una información cercana del terremoto de 1868, no hay mejor manera que acercarnos a las personas que dejaron testimonio. Ellos escribieron acerca de este acontecimiento de pánico y dolor. Algunos observaron directamente, otros escribieron con una base concreta de investigación. ¿Qué pensaron? ¿Imaginaron la destrucción física y el desastre moral? En la actualidad, ¿cómo representar el sufrimiento y la pérdida de los bienes que los pobladores de la provincia consiguieron con mucho tiempo y trabajo? Han transcurrido ciento cincuenta años. No hay posibilidad de aproximarnos a la realidad del evento telúrico. Sólo las palabras nos llevan al pasado y ahí esperan las crónicas escritas por personas sensibles al acontecimiento.

Mientras la historia nos acerca a los lugares y a las personas desde una mirada humana, la ciencia informa las causas de los desastres como en este caso. ¿Para qué necesitamos información sobre este hecho trágico? Para conocer, imaginar y pensar lo que pasó el 16 de agosto de 1868. Más todavía, para prevenir.

A líneas seguidas presento relatos publicados en 1962 por el escritor Alfredo Albuja Galindo, y textos mencionados de Juan Montalvo y Gabriel García Moreno. Se suma a este trabajo información de Astro Ciencia Ecuador.

Alfredo Albuja Galindo

En 1864 el número de habitantes a que asciende la población total del Cantón es de 10.989, distinguiéndose 1.564 hombres y

2.639 mujeres de la clase de blancos o españoles; 3.086 hombres y 3.660 mujeres indígenas y 22 hombres y 28 mujeres negros. En Imanta viven 7 ciudadanos, y en Intag, 4 hombres y 2 mujeres.

El terremoto de 1868.— Cuando el hombre plasmaba su espíritu y su acción en obras de aliento, y cuando sus pacíficos habitantes se creyeron más seguros, entregados a la meditación y al trabajo, tranquilos como una nueva Arcadia, la naturaleza realizó el experimento más macabro y terrorífico de su alquimia para acabar con todos y con todo: nos referimos al terremoto del 15 al 16 de agosto de 1868.

En Cotacachi, todo ese esfuerzo creador realizado con fe y esperanza de progreso en los primeros tiempos de su vida cantonal; todo ese proceso evolutivo seguro realizado en siete años, se sepultó para siempre en un momento. “El sol que alumbró las nuevas obras que se levantaron alentadoras, alumbró también en el 16 de Agosto, las ruinas y los escombros empapados de sangre y lágrimas”, en angustias y en ayes, en dolores y en desesperación.

La víspera, tal vez se durmieron nuestros abuelos, cansados por el duro esfuerzo del día, confiados en los designios del Ser Supremo y en la última palabra entre los labios, pero sin imaginarse que centenares y miles de ellos, ya no se despertarían jamás o iban a hacerlo envueltos en sombras, ahogándose bajo las caídas.

“El terremoto del 68 trituró la carne y enfermó el alma de Imbabura. Muertos incontables; casi todas las familias enlutadas, y sin tener una cabaña que les sirva de refugio; muchos hombres inhábiles para continuar buscando el pan para sus hijos; las propiedades destruidas y sin limitación; los sembríos perdidos totalmente; hambre, desolación, orfandad; he aquí el producto de ese fatal cataclismo”.

Sería imposible ciertamente, narrar semejante tragedia apocalíptica: no era que la muerte se deslizaba tranquila para volver a sus hijos a la madre tierra. Rasgándose en mil jirones y en enormes boquerones y sin respetar ni siquiera a los muertos, volvía a devorarlos junto con los vivos, sepultándolos en sus profundas entrañas.

El Gobernador de entonces, Don Manuel Zaldumbide, al informar al gobierno central, decía: “todo fue sepultado el día Domingo a la madrugada”, bajo las más espantosas ruinas por el volcán de Ocampo.

No queda de estos pueblos más que escombros y quizá la sexta parte de la población. Los que viven son contados, y de éstos la mayor parte han sido invalidados bajo las ruinas. “Más tarde podría contarse el número de los vivos, pero jamás el de los muertos”: “Luto y espanto, desolación y horrores cuanto se presenta a la vista en esta bella porción de la República, perdida casi en su totalidad, decía desde Caranqui la Comisión médica nombrada por el Supremo Gobierno. Vendrían, luego las enfermedades pestilenciales a causa de la emanación de los cadáveres, para diezmar más todavía a los que han logrado sobrevivir.

Juan Montalvo

Hincháronse los ríos y se derramaron mugiendo fuera de sus márgenes; hirvieron los lagos en montones de sanguinolenta espuma, como soplados por las legiones infernales; desaparecieron las fuentes sorbidas por no sé qué monstruos subterráneos; donde corría una agua cristalina y dulce, se las tragaron las bocas allí abiertas al instante. Murieron los hombres, los brutos, perecieron, y la naturaleza está como asustada de su trastorno”.

Y en otra parte relata: Un vasto nubarrón envuelve la comarca, donde las tinieblas se agitan como enfurecida, queriendo arrastrar al caos el universo; mugidos profundos salen de las entrañas de la tierra atormentada por una tempestad subterránea en que estallan mil rayos en todas direcciones; las estrellas se apagan en el universo con un chirrido temeroso; el incendio nace y crece como gigante en medio de los escombros iluminando este teatro donde la muerte, repleta y abominable, salta de alegría. Entre las sombras se oyen intensos ayes: los muertos se quejan en las sepulcros, los vivos piden la muerte; los animales en alocado vaivén, corren dando aullidos al siniestro centellar de los meteoros que serpentean en los retintos horizontes”.

Según la estadística provisional de García Moreno, había de quince a veinte mil muertos en toda la provincia.

Gabriel García Moreno

“La convulsión ha sido tan horrorosa que es preciso ver sus estragos para comprenderla. “Parece que la tierra ha hervido en este jirón de la patria, exclamaba Gabriel García Moreno, nombrado Jefe Civil y Militar en la reconstrucción de esta provincia, al descender de las alturas de Cajas y acercarse al hermoso valle de Otavalo. “Tengo el corazón destrozado como la tierra que me rodea, pero algo me consuela el bien que hago a tanta desgracia”, decía después.

Acerca de la obra de reconstrucción, García Moreno explicó el 26 de Agosto: “He llegado a las ruinas de esta ciudad después de recorrer las parroquias de Atuntaqui y Cotacachi, socorriendo las necesidades más urgentes y principiando la reparación de

los caminos destruidos. El hipoclorito de cal ha llegado muy temprano, para evitar la epidemia que nos amenaza por la putrefacción de millares de cadáveres sepultados bajo los escombros. Los caminos está reparándose excepto en la parroquia de la Concepción y el tránsito de Imantag a Intag. Los hospitales provinciales de la Esperanza, Caranqui y Cotacachi, no dejan nada que desear en cuanto a la buena asistencia y al celo inteligente de los Doctores Sierra, Vélez y Cevallos; pero los desgraciados heridos del terremoto carecen de colchones, sábanas y almohada. Me es imposible determinar lo que sea suficiente.

Comisión médica

Juan José Samaniego en su obra “Cronología Médica Ecuatoriana” cita algunos datos al respecto: La comisión Médica de Caranqui – Antonio Rivadeneira y Roberto Sierra – informa también lo ocurrido en Cotacachi, Ibarra y otros lugares.

El Dr. Miguel Egas comunica el establecimiento de un hospital de emergencia en Otavalo y lo mismo indica el Jefe Civil de Caranqui, Calpaquí y Cotacachi. Ahí se cita la cifra de muertos, aproximadamente de esta manera: En Ibarra, 9700 muertos, entre ellos el Dr. Rafael Almeida, médico y antiguo Gobernador de la Provincia. En Otavalo, 6000 muertos y en Cotacachi, 3.400 muertos aproximadamente.

Astro ciencia-Ecuador

Astro ciencia – Ecuador, informa desde el punto de vista científico. Los terremotos de Ecuador de 1868 se produjeron el 15 de

Agosto a las 19:30 UTC y el 16 de Agosto a las 6:30 UTC. Tenían una magnitud estimada de 6,3 y 6,7 MW. Causaron un total estimado de 40.000 a 70.000 víctimas (entre muertos y heridos), y severos daños en la parte noreste de Ecuador y en el Sureste de Colombia.

El terremoto del 15 de agosto se produjo cerca de El Ángel, provincia del Carchi, cerca de la frontera con Colombia. Mientras que el del 16 de agosto se originó cerca de Ibarra en la provincia de Imbabura.

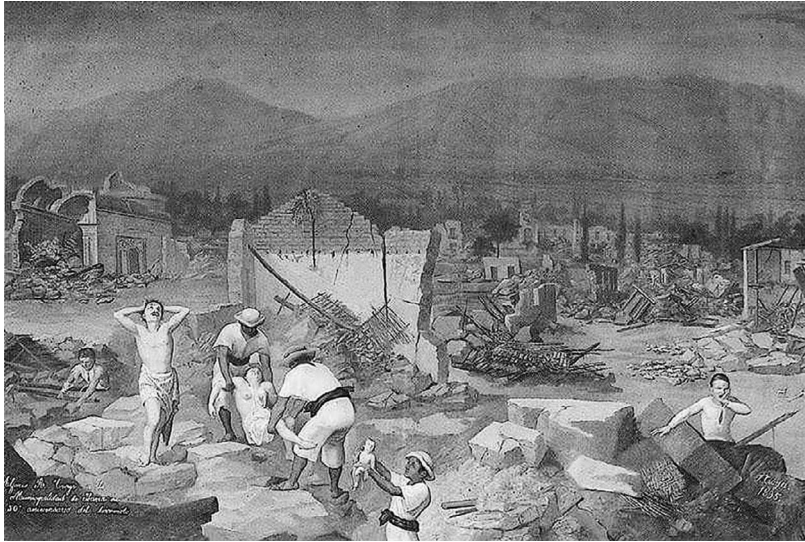
Contexto geológico

Los procesos tectónicos de Ecuador son dominados por los efectos de la subdivisión de la placa Nazca bajo la placa Sudamericana. Las fallas que se encuentran en la zona de los epicentros incluyen las fallas de San Isidro, El Ángel, Río Ambi y Otavalo. Se especula que todas estas fallas experimentaron movimientos en las últimas 1,6 millones de años.

Víctimas y daños

15 de Agosto. Las localidades de El Ángel y la Concepción fueron severamente sacudidos por el primer terremoto y se describió El Ángel como “en ruinas”.

16 de Agosto. El segundo terremoto dejó la ciudad de Ibarra completamente devastada; todos los edificios fueron destruidos y murieron 6.000 personas. En la provincia de Imbabura se estimó el número de víctimas mortales en 15.000 a 20.000.



Características

La tarde anterior sucedió el movimiento sísmico del 15 de agosto. Mientras que el sismo principal fue a las 01:30 hora local en la madrugada del 16 de agosto. El temblor del 16 de Agosto duró un minuto.

El Retorno

El 15 de agosto de 1868 a las dos de la tarde se sintieron los primeros temblores. Cinco horas más tarde, hubo réplicas intensas.

En la madrugada del 16 de agosto, una formidable conmoción destruyó casi todas las casas de Ibarra. Una descomunal polvareda se levantó por los aires. La gente quedó sepultada entre los escombros. Otros pueblos de la provincia soportaron el pánico.

Antonio Ribadeneira y Roberto Sierra, de la Comisión médica del Gobierno de ese año, escribieron: “Sus habitantes se

han salvado en sus dos terceras partes, y si se hubiera acudido con unos cincuenta brazos siquiera, desde el día siguiente podemos asegurar que las víctimas no habrían llegado a trescientas; más la indolencia, la incuria, el desorden y el latrocinio dejaron consumir la existencia de miles de desgraciados que daban gritos hasta el quinto día y aún el sexto que fue ayer, en que pudimos sacar de los escombros a uno de esos “infelices, siguiendo la dirección del grito”.

Los sobrevivientes buscaron refugio en La Esperanza. Habían pasado nueve meses y las autoridades debían definir el futuro de la ciudad. El Municipio sesionó el 17 de mayo de 1869. Acordaron construir la ciudad en La Esperanza, siempre que fuera factible dotarla de suficiente agua. Sin embargo, un grupo de ciudadanos cuestionaron la decisión.

Después de algunas semanas García Moreno observó detenidamente los escombros. Esos materiales servirían para reconstruir la ciudad. Hizo el primer reciclaje de la historia. Ordenó la reedificación de Ibarra en su propio suelo, por decretos del 13 de julio de 1869, y el 22 de abril de 1872. El ingeniero Rogers hizo la planificación urbana.

La construcción de Ibarra fue de infinita paciencia. Las casas de la administración política y municipal se construyeron de un piso con el apoyo de García Moreno y Baquerizo Moreno. Terminó la obra el Gobierno provisional de Isidro Ayora. Pedro Moncayo amplió la segunda planta reconociéndose deudor del dinero enviado por el Gobierno.

Se edificó el Hospital, la Catedral, las iglesias de los dominicos, mercedarios y capuchinos, de las Hermanas de la Caridad y las monjas de la Pura y Limpia Concepción, el convento de las

Carmelitas y el Seminario San Diego. La iglesia de San Agustín se levantó con fondos de la imagen del Señor del Buen Amor.

En la administración de Veintimilla se tendieron los puentes de mampostería sobre los ríos Chota y Tahuando.

Ciento cincuenta y cuatro años han pasado desde aquella madrugada de muerte. Ibarra parecía hasta hace veinte años una ciudad de papel a cuadros. Se podía admirar las lomas de Yuracruz y Aloburo. Ahora algunos edificios cortaron el paisaje. Todas las ciudades cambian. Algunas traicionan su historia. Desapareció el paisaje y el aparecido de Sanjuán Calle, El animero, La tradición de la Cruz Verde y otras que huyen del cemento.

El Clero imbabureño y su participación en la Batalla de Pichincha

“A comienzos del siglo XIX los curas pobres tuvieron singular importancia y participación en los movimientos subversivos propiciando la rebelión de la gente contra España, debido a que mantenían relaciones verticales y horizontales con el vecindario”



Amílcar Tapia Tamayo

Sin lugar a dudas, las guerras de la independencia tuvieron como protagonistas no sólo a militares, sino a otros actores tan importantes como los criollos, pueblo llano y la clerecía. Cada uno de ellos cumplió un papel protagónico en el desarrollo de las luchas libertarias. Lamentablemente, dentro de las investigaciones históricas no se ha dado importancia a estos sectores debido, en su mayor parte, a la supuesta falta de informes, documentos y evidencias que hablen de ello, causa por la que el análisis corresponde, generalmente, a la estrategia militar y sus principales figuras desde la jerarquía castrense.

Si hacemos un estudio pormenorizado, las fuentes son generosas cuando se habla de personajes criollos que aportaron con dinero y sus bienes para la causa patriota, siendo, incluso, algunos partícipes directos en los enfrentamientos bélicos. Resta saber cuáles fueron las causas para ello, toda vez que no siempre actuaron por lograr libertad, sino para defender sus intereses económicos afectados por leyes realistas, sobre todo las borbónicas, que limitaban en grado extremo sus ingresos personales.

En igual forma, había muchos hijos de españoles nacidos en América que no podían acceder a puestos gubernamentales significativos, ocupando tan sólo funciones de segundo grado por el sólo hecho de haber visto la primera luz en tierras quiteñas, particularmente, lo cual generaba hostilidad y odio hacia las autoridades realistas.

Tanto chapetones como criollos depositaban todas las cargas impositivas y de trabajo en los hombros de los mestizos y del llamado “pueblo llano”, constituido además por indios y negros, quienes ocupaban los últimos niveles de la escala social. Los mestizos que vivían en pequeñas ciudades como Ibarra para 1822, se desempeñaban generalmente como artesanos y gentes de “bien hacer”¹ y era quienes llevaban la economía doméstica de la ciudad. De ellos y la época, se conoce muy poco.

El clero, en tiempos de la independencia, se dividía en religiosos y sacerdotes oriundos de la península, americanos y mestizos, así como curas de pueblos, razón por la que existieron frailes y curas de alto y bajo rango; en tal virtud, siempre existieron graves divisiones y discordias en razón de su origen y nacimiento.²

Para el caso de los curas españoles, éstos defendían sus canonjías; en tanto que los criollos y mestizos, su derecho a ejercer cargos y posiciones en virtud haber nacido en tierra americana, ser hijos de españoles o descendientes de ellos; en tanto que los “curas pobres”, hasta casi su propia supervivencia. Sobre este aspecto, hay pocos estudios específicos y menos de Ibarra, por cuanto los archivos eclesiásticos desaparecieron luego del terremoto de 1868; sin embargo, copias de la mayoría de datos sobre la vida colonial y de comienzos del siglo XIX se hallan en el archivo de la Curia de Quito y Biblioteca Ecuatoriana “Aurelio Espinosa Pólit”

Es importante aclarar cuales eran las condiciones en las que se desempeñaban los curas y religiosos en la Audiencia de Quito en el siglo XIX.

.....
1 CÓRDOVA, Eliecer, *La chagrería urbana del siglo XIX*, Imprenta de L. Chiriboga, Riobamba, 1935 (Edición de Batalla), p. 34

2 TAPIA, Amílcar, *El Comercio*, 30-01-2022

Para el caso de Ibarra, la autoridad eclesiástica era el vicario general, que tenía jurisdicción sobre las 18 parroquias en que estaba dividida la iglesia de la villa, la cual, desde el punto de vista religioso, pertenecía al Obispado de Quito. No olvidemos que apenas el 29 de diciembre de 1862 se crea el Obispado de Ibarra, siendo su primer prelado Mons. José Ignacio Checa y Barba, elegido el 6 de agosto de 1866.

Los curas seculares estaban divididos en dos clases: letrados y parroquianos³. Se entiende que letrados eran aquellos que no solamente habían cursado estudios eclesiásticos en el seminario, sino tomados cursos en la Universidad de Santo Tomás, en Quito, causa por la que eran muy pocos. Ellos ocupaban cargos jerárquicos en la curia; en tanto que los parroquianos, llamados también del “clero bajo” estaba conformado por gentes con poca vocación para el ejercicio del sacerdocio y provenían de clases sociales de bajos recursos económicos, cuya única finalidad era “hacerse curas para salir de la pobreza”⁴

Para 1820, Ibarra tenía cuatro conventos de frailes regulares: mercedarios, agustinos, dominicos y franciscanos, cuyos religiosos se regían por sus propias reglas, de allí su nombre de “regulares”.

En los monasterios vivían curas de procedencia española, a quienes llamaban chapetones, así como criollos y mestizos, estos últimos, por su propia condición, eran pocos.

En el convento de la Merced residían 10 frailes; tres españoles, tres criollos y dos mestizos más dos hermanos legos. Atendían

3 VIVAS, Miguel, El clero en el período colonial, S/a, s/e, BAEP, p. 21

4 PINZON, Manuel, La iglesia y su realidad en el siglo XIX, En Revista de la Academia de Historia Religiosa de Colombia, (Edición refundida), Bogotá, 1960, p. 48

varias doctrinas, tales como Otavalo, Atuntaqui y pueblos de la región occidental, llegando hasta Lita, toda vez que ellos fueron en el siglo XVII los primeros en abrir la ruta por el río Mira para llegar a Esmeraldas.

Los dominicos eran quince: cuatro españoles, cuatro criollos, tres mestizos y cuatro legos. Doctrinaban la región de Pimampiro y zonas aledañas. Fueron los primeros en abrir convento en la villa de Ibarra, siendo el padre Pedro Bedón su fundador.

En el convento franciscano residían 8 frailes: tres españoles, dos criollos, dos mestizos y un hermano lego.⁵ Doctrinaban principalmente a indígenas de las zonas de Otavalo, Cotacachi y la zona occidental de Íntag circundante.

Agustinos eran pocos. Apenas tres, quienes trabajaban en pueblos de la cuenca del río Mira. Se los hallaba en Salinas y lugares anexos.⁶

En tiempos de la independencia a partir de 1810, El desafío entre los miembros del clero era evidente, ya que luego de la masacre de 1810, se evidenció una grave pugna entre sacerdotes y religiosos españoles y americanos, y más aún con los aislados curas de parroquias.

González Suárez nos comenta que *“Muchas y poderosas causas contribuyeron para la relajación de las comunidades en tiempo de la colonia. Una fue la alternativa, que consistía en que durante un período era provincial un español y durante otro, un americano; en el período del español eran tam-*

.....

5 Los hermanos legos eran aquellos que sin ser religiosos habitaban junto a los frailes, desempeñando tareas domésticas y oficiosos varios. Vestían hábito religioso sin haber realizado votos propios de la Orden.

6 GONZÁLEZ, Juan, O.P, Pueblos y doctrinas de la villa de Ibarra en el siglo XVIII, Manuscrito, Archivo Curia Diocesana de Quito, hoja No. 3.

*bién españoles todos los definidores á consultores de provincia y hasta los Prelados de lo conventillos. Para la conservación del estatuto de la alternativa, los padres españoles hacían venir de España, con frecuencia, algunos frailes, no, por cierto, de los mejores, no siquiera de los buenos, sino de los que allá merecían castigo por su vida disipada; de este modo la observancia era imposible en los conventos de la colonia. De la alternativa se originaron las divisiones y los odios, las rivalidades y los disturbios entre americanos y españoles”*⁷

Lo grave de todo era el hecho de que los curas peninsulares siempre contaban con el respaldo de las autoridades realistas que en más de una ocasión perseguían a los frailes criollos y denostaban a los llamados “curas pobres”. Esta situación dio paso a la participación activa de muchos clérigos que se enlistaba en los ejércitos patriotas en calidad de capellanes y en algunos casos de soldados rasos, como ocurrió con el cura Miguel Tufiño, franciscano, que doctrinaba en el pueblo de Cayambe, el cual fue expulsado de su convento en Quito por su condición de revolucionario y fue a servir como simple soldado en el batallón Albión que intervino en Pichincha.⁸

A comienzos del siglo XIX los curas pobres tuvieron singular importancia y participación en los movimientos subversivos propiciando la rebelión de la gente contra España, debido a que mantenían relaciones verticales y horizontales con el vecindario. Ello les facilitaba influenciar, generar ideas de protesta entre sus feligreses y parroquianos por cuanto conocían su vida, aspiraciones y pasiones, generando adhesiones por la causa patriota, sobre todo antes de la batalla de Pichincha efectuada en 1822.

Para el caso imbabureño, los datos publicados y conocidos sobre la participación de sus habitantes en las luchas independentistas son relativamente escasos. Apenas se tienen estudios sobre

7 GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico, Historia General del Ecuador, Tomo V, Quito, 1949, p. 210.

8 Archivo Curia Diocesana de Quito, Batalla de Pichincha, 1822, fol52

Otavaló y su filiación al espíritu bolivarianos gracias a los trabajos de Víctor Alejandro Jaramillo. Algunas referencias en la Monografía de Ibarra, de Cristóbal Tobar Subía; otras de Juan de Dios Navas, Ibarra y sus provincias; también breves rasgos contenidos en la Monografía de Ibarra, de la Sociedad de Amigos de Ibarra y publicaciones menores, pero no hay ningún trabajo que refleje la vida social de la comarca imbabureña sobre todo en el siglo XIX.

Frente a este panorama, debo comentar con optimismo que disponemos de significativos materiales logrados en el archivo de la Curia quiteña, así como en la BAEP, con la esperanza de publicarlos en alguna oportunidad.

De todos ellos, citaré una carta de fray Gumercindo Montalván, prior del convento de Santo Domingo dirigida al superior de Quito, en donde le comenta el 20 de enero 1821 sobre una panorámica de lo que sucedía en la villa de Ibarra.

“S.P.M.R.⁹ acabamos de tener vice capítulo en este convento de Nuestra Señora del Rosario de la Peña de Francia de Ibarra para elegir prelado y consejo conventual. Fue una lucha sin cuartel por cuanto Fr. Melchor de Peñalosa, español, quiso perennizarse en la prelatura, para lo cual distribuyó una buena cantidad de dinero, así como ofrecimientos de capellanías a varios frailes nativos quienes fueron sus secuaces en cuanto a los motines internos que se produjeron en este pequeño convento. Con suerte, los frailes estábamos atentos a sus maniobras y logramos superar por un número mínimo se respete la sucesión acostumbrada. (...) Debo comentar a su PR. que de los cuarenta frailes criollos y mestizos, más creo la mayoría sino todo los curas de parroquias, que vivimos en la villa, un 80% nos inclinamos por la causa patriota, razón por

.....

9 SPMR Su paternidad muy reverendísima

la que hemos hecho conocer del particular al S.E. el Sr. Libertador señalando que la mayoría de habitantes de esta villa estamos con la causa patriota, a la cual apoyaremos con todas nuestras fuerzas para romper el yugo que nos ha oprimido en todos estos siglos...”¹⁰

Otro ejemplo: Fray Gonzalo de Carvallo, religioso mercedario que doctrinaba en 1822 en el pueblo de Otavalo, informa en 20 de mayo de manera apresurada al comendador del convento de Quito, fray Lucas Pérez, criollo revolucionario, lo siguiente: “... *El coronel chapetón Carlos Tolrá pasó por este pueblo en desesperada carrera hacia Quito para fortalecer a los realistas que van a pelear contra el General Sucre que según se sabe está de avanzada a Quito. (...) este miserable llegó como tromba y se adentró en los pueblos a cazar a los hombres enlazándoles como animales para obligarles a que se incorporen a las tropas opresoras sirviendo de cargadores y luego carne de cañón. ¡Infame! No le importó el llanto y dolor de sus mujeres y peor de sus hijos pequeños.*

De manera personal organicé un pequeño grupo de resistencia en la quebrada de Carguaico formado por hermanos y parientes de los atrapados para liberarlos y luego marchar con ellos a Quito y apoyar al General Sucre en su batalla contra estos abusivos. (...) Nadie puede imaginar la miseria y pobreza en la que vive esta gente, que casi nada entiende de libertad, ya que su vida está marcada por la desventura. Ojalá valga la pena luchar por la independencia. Ojalá no sea un simple cambio de amos, por cuanto se van los chapetones y quedan los criollos que tampoco dan felicidad.”¹¹

En Cotacachi, en abril de 1822, los frailes franciscanos Antonio Maldonado y Amador Guzmán, ambos ibarreños, fueron to-

10 Archivo histórico convento de Santo Domingo de Quito, Cartas y varios. Conventos, T. III, fol. 114

11 Archivo convento de la Merced de Quito, cartas 1822, T. II, f. 35



mados presos por el teniente de Milicias Esteban Riofrío, por “*sediciosos y levantiscos contra la autoridad real en la persona del administrador de correos don Celestino Peralbo, quien llevaba órdenes terminantes al cura del pueblo para que denuncie todo intento de apoyo a los insurrectos que buscan desconocer a S.M. Estos fueron llevados amarrados y con argolla a pesar de ser frailes, pero que no son otra cosa que discolos porque están levantando a la gente contra la autoridad suprema. Son llevados a Otavalo para su juzgamiento y luego a su destierro a Filipinas...*”¹²

Esta es una pequeña muestra del aporte del clero imbabureño a la causa patriota.

12 ANH. Caja 3, fol. 18

En busca de la piel y el espíritu de América

“Desde Pasto tropas chapetonas inician el viaje temerario a Quito, al mando de su caudillo Agustín de Agualongo. Bolívar que el 16 había tenido un dulce sueño en San Pablo, cobijado del monte y el lago, viaja por las laderas del taita Imbabura, llega al Tahuando en Ibarra, y enfrenta esta asonada y sepulta las pretensiones godas”



Marcelo Valdospinos Rubio

Resistencia épica. –

La conquista española fue una paranoia de la historia. Una aventura sin límites y sin conciencia. Pisadas y huellas teñidas de sangre, obsesión y ceguera. Hecho innegable e imborrable en nuestra América.

Pero la presencia ibérica, desde otra mirada, desde la necesaria transculturación—que cierra heridas— dejó herencias: lengua, religión, instituciones políticas, sociales, comerciales y asimila para la corona: culto a la naturaleza, cosmovisión nativa, mitos, costumbres, ceremoniales, productos. Y, como el mayor legado el mestizaje.

La resistencia épica de criollos, mestizos, indios, afros, por ser libres siguió una ruta iluminada por la fe, tesón y unidad. Liderados por los Libertadores abrazan su emancipación. Pero no sólo ambicionan sepultar la monarquía española, el escenario ideológico en Europa es otro. Viento que llega desde la ilustración francesa, del empirismo inglés, del romanticismo. Dice Fernando Tinajero “que sin teoría no se puede entender la realidad”. Las proclamas se filtran de puntillas en las naciones. Florecen fecundas las doctrinas de Humboldt, Rousseau, Voltaire.

Ideal mayor era ya hurgar por el rastro y rostro y por la piel y espíritu, de América.

En las faldas del Pichincha. –

Bolívar confió a Antonio José de Sucre dos misiones: la independencia total de Quito y su anexión a la Gran Colombia. Aurelio Espinosa Pólit reflexiona: “ La guerra no es únicamente talento táctico, valor, audacia y fortuna, la guerra es también constancia e indómita voluntad de no ceder ante los golpes adversos.” Y Sucre, el joven líder, detenta carisma y firmeza y es uno de los pocos que capta los sueños de Bolívar.

Luego de cumplir tareas militares en el austro, se enfrenta a un reto cuya única alternativa es: vencer o morir. Quito en 1822 vivía las tinieblas del desgobierno y la opresión. Dios escucha la súplica de Sucre y las religiosas oran por él. La noche del 23 de mayo ordena el épico ascenso a la montaña. Al encuentro con la gloria o el abismo. Fue una guerra de estrategias. Venció la logística del Abel americano. El triunfo se convirtió en epopeya. Capituló el general Aymerich y la autocracia. El mariscal con





madurez declara “ La victoria se yergue sobre el pedestal de la humanidad cristiana”.

Emergen los héroes anónimos, así Abdón Calderón, que en frase de Bolívar quedó inmortalizado “ Murió gloriosamente en el Pichincha pero vive en nuestros corazones”. Sucre quedó sembrado en la lozanía del volcán”.

En el listado de protagonistas constan dos ibarreños: Juan Alejo Esparza y Antonio Rivadeneira; y un otavaleño: Ramón Espinosa.

Perfil humano de Sucre .-

El historiador Enrique Cantos lo describe “ Sucre es un joven de mediana estatura, más bien delgado, de rostro oval, vasta frente ensanchada por grandes entradas de un cabello negro y ensortijado. Bien delineadas cejas, piel tostada, ojos pardos y tristes”.

De raíz afro, generoso y sensible, firme en sus fundamentos, un tanto ermitaño. Su ámbito amoroso fue reservado. Pero los libertadores vivían en los ojos seductores de las damas. Tuvo amores fugaces, pocos dejaron cicatrices. En Guayaquil se enamoró de la bella Pepita Gainza, cuyo idilio terminó pronto, ella viajó a Guatemala. Se dice que tuvo un hijo con Tomasa Bravo. Ya en la Sierra, en Latacunga conoce a Mariana Carcelén, a quien lo vuelve a ver en Quito. Inician un romance que culminó en nupcias. Fue el amor de su vida, aun cuando la marquesa de Solanda decía “ que no se casó sino que le casaron”. Cosas de la vida, a cuántas doncellas no les hubiese gustado amanecer en brazos de una leyenda viviente.

En las faldas del Imbabura.—

Un año más tarde cuando todo hacía pensar que las tropas realistas cruzaron el telón del oprobio y miraban el ocaso, se prende una brasa inapagada y un 17 de julio de 1823 detona la batalla de Ibarra.

Desde Pasto tropas chapetonas inician el viaje temerario a Quito, al mando de su caudillo Agustín de Agualongo. Bolívar que el 16 había tenido un dulce sueño en San Pablo, cobijado del monte y el lago, viaja por las laderas del taita Imbabura, llega al Tahuando en Ibarra, y enfrenta esta asonada y sepulta las pretensiones godas. Este Bolívar que es paradigma de virtudes cívicas, que insiste en la emancipación pese a los enemigos, que es ejemplo de indomable firmeza, pone punto final al despotismo español en nuestras tierras.

Bibliografía

Espinosa Pólit, Aurelio

1993 Escritos Selectos

Colección Aymesa N. 9

Jurado Noboa, Fernando

1991 Las noches de los Libertadores V.2

Colección IADAP

**La batalla del Pichincha llega al
bicentenario** siendo casi una desconocida
para las nuevas generaciones

**“Al finalizar este texto,
me gustaría señalar
que la historia es,
probablemente, la ciencia
más apasionante de todas
las que hay, sociales y puras,
pues está hecha de las
vivencias de la gente,
de sus vidas, de sus
fortunios e infortunios”**



Santiago Vallejo V.

Conversando con un amigo de muchas lecturas intentábamos, como ejercicio intelectual y de honestidad, encontrar una explicación al inveterado subdesarrollo de nuestro país, y lanzábamos así varias hipótesis, algunas que habíamos leído de autores más o menos conocidos y de algunos simplemente desconocidos, otras teorías como producto de descubrimientos y reflexiones propias. Y no faltaron las que tomamos presadas de los amigos. Por cuestiones de espacio no mencionaré todas las que pusimos sobre la mesa, me detendré sí en una de ellas, apropiada para la ocasión: el desconocimiento de la población joven de su propia historia. Y ya no es solo que el español George de Santayana tenía tantísima razón cuando dijo aquello de: “Los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla”, es que esa ignorancia –elegida, desde luego– no permite al ecuatoriano desarrollar una identidad nacional –que no étnica– fuerte y orgullosa. No es necesario caer en nacionalismos estridentes, pero es imprescindible la creación de un mito fundacional de nuestra nación, uno con el que se identifique el ecuatoriano y del que pueda sentirse orgulloso, porque tiene razones para ello. Estas meditaciones a propósito de la proximidad de un aniversario de máxima trascendencia para la ecuatorianidad: el bicentenario de la batalla del Pichincha.

Y es que cada 24 de mayo en nuestro país se conmemora un evento de cuya importancia las nuevas generaciones no tienen ca-

bal sentido, y probablemente ya no puedan tenerlo, pues esto queda para ellos a años luz de distancia y las clases de historia no son tan entretenidas como estas nuevas generaciones necesitan para que capte su atención. Es imperativo comunicar a los ecuatorianos más jóvenes que este acontecimiento y otros similares configuraron el Estado-nación ecuatoriano, fueron la semilla del desarrollo de una sociedad libre de cadenas coloniales en un tiempo temprano, como no pudieron hacer otros países, como Filipinas y Cuba, en la región, y otros en África, que siguieron manteniendo el estatus de colonias durante mucho más tiempo, lo que les ha impedido escribir su propia historia. La batalla del Pichincha fue un acontecimiento importante para toda América Latina, para nosotros fue el evento trascendental de esa época.

Así, es preciso recordar que la batalla del Pichincha ocurría el 24 de mayo de 1822, hace exactamente dos siglos en este 2022. Para contextualizar al lector en la época y sus circunstancias hay que establecer algunos datos objetivos al respecto: primero y principal, que lo que entonces se denominaba Reino de Quito era parte de los dominios de ultramar de la Corona española, en román paladino, éramos colonia de España. Otro dato es que esta batalla se daba en el contexto de las guerras de la independencia, cuando un bando de los españoles nacidos en el continente quería dejar de rendir cuentas a la Corona y se propuso conseguir la independencia por la única vía posible, la bélica. En definitiva, que existía desde hacía ya algunos años una enconada lucha por la independencia en toda la región, casi la totalidad de los países que se encontraban bajo el yugo español mostraban signos de desapego, hartazgo y algunos ya habían tenido escaramuzas con el Ejército del Rey, con éxito en pocos casos, pero sin visos de ren-

dición en esos intentos que se multiplicaban en todas partes donde España ejercía su tiranía. La América Latina había emprendido un camino sin retorno hacia la libertad, y no se detendría hasta conseguirlo.

Esta coyuntura histórica, las luchas independentistas, estaba liderada en el norte por Simón Bolívar y en el sur por José de san Martín. Por todo el subcontinente circulaban ideas libertarias, había reuniones clandestinas, se publicaban pasquines secretos y se hacía acopio de armas y valor en espera del momento oportuno. Los gobernantes que administraban los territorios en nombre del rey ya no estaban tranquilos en ninguna parte, un rumor sordo los inquietaba sin cesar. El fin estaba cerca y lo sabían, no obstante, no estaban dispuestos a irse sin pelear.

Para entonces ya se había librado victoriosamente, en agosto de 1819, la batalla de Boyacá (bajo el liderazgo de Bolívar y Santander), incursión bélica que había sellado la independencia del virreinato de Nueva Granada, hecho a destacar como un precedente de enorme ascendencia en la posterior batalla del Pichincha, pues el aliento de Bolívar era el que sentían en la nuca las fuerzas realistas. Otro precedente fundamental para que ocurriera la batalla del Pichincha fue el Primer Grito de Independencia de Guayaquil, el 9 de octubre de 1820, que estuvieron dieciocho meses derramando su sangre para liberar Quito.

En términos actuales, diría que para entonces la colonización había cumplido su ciclo, que cada una de las ciudades y villorrios rechazaba seguir siendo parte de un imperio venido a menos por unas administraciones arduamente deficientes, es decir, ya no querían continuar pagando impuestos que el monarca de turno se gastaba alegre cuando no estúpidamente, en tanto que en lo que

consideraba sus colonias había hambre de comida y de libertad en niveles cada vez más altos.

Y es en esa época, de espíritu libertario potente y decidido, cuando las tropas denominadas realistas (las de la Corona) ocupan Quito el 14 de mayo de 1822, craso error de los esbirros de la tiranía, pues ya los ánimos y las voluntades no estaban dispuestos a aceptar semejante provocación sin reaccionar. Ese fue el detonante de la gesta heroica que es la batalla del Pichincha, y el germen que fundaría la nación ecuatoriana: la batalla del Pichincha.

La batalla, bajo el liderazgo del general Antonio José de Sucre, tuvo como escenario las laderas del volcán del que la provincia toma su nombre, y fue librada en contra del Ejército español, que estaba al mando de Melchor Aymerich, un general fiel al Rey. La contienda duró poco, apenas unas horas, y cambió para siempre la historia. Nuestra historia. Se la reseña como un episodio de enorme heroicidad por varios motivos, en el ámbito bélico porque la desigualdad en número de soldados y en pertrechos era clamorosa, Sucre apenas contaba con aproximadamente tres mil y los realistas (que así se llamaba al Ejército de su majestad) con más del doble, notablemente mejor equipados. Pero no tenían aquellos soldados la motivación que los patriotas nacionales, para quienes el ideal libertario era brújula y acicate. Ellos peleaban no solo por la comida, les iba la dignidad en ello, querían ser libres y ya no súbditos de ese barril sin fondo que era el reinado español.

En el aspecto político su importancia fue colosal mucho más allá de las fronteras nacionales y andinas, inclusive. Las consecuencias de esta victoria generaron un efecto, dominó, pues la

capitulación del ejército español, firmado por el general Aymenrich y Sucre, por la Corona y la Gran Colombia, respectivamente, permitió a los patriotas entrar triunfantes a Quito y declarar, por fin y para siempre, la independencia. Otro resultado de la gesta del Pichincha fue la anexión del departamento de Quito a la recientemente creada (1819) Gran Colombia, a los pocos días, el 29 de mayo de ese mismo año, porque el sueño y la ambición del Libertador era crear una gran nación uniendo varios territorios. Anhelos suyos que no llegaría a cumplir por las ruindades y mezquindades de los políticos de entonces, que –por cierto– no son muy distintos de los de ahora. Pero esa es otra historia.

Sin ahondar en los hechos históricos propiamente dichos, tarea de la que se ocuparán otros y otras con mayor preparación para la labor, creo que esta efeméride debe obligarnos a reflexionar respecto a lo que significó para la región en general y para nuestra patria en particular, puesto que después de ganar la batalla del Pichincha el Ecuador empezó su largo camino para convertirse en una nación, primero, y en un Estado de derecho después, es decir, fue el inicio del establecimiento de Ecuador como un país libre y soberano. Sin lugar a dudas, aquel acontecimiento fue el germen del actual Ecuador, entre cuyas secuelas también puede contarse la independencia ya definitiva de Guayaquil en julio de 1822, Cuenca lo había hecho el 20 de febrero.

A continuación se dio la inclusión de Ecuador en la Gran Colombia, apenas cinco días después de su independencia conseguida en la batalla del Pichincha. Este hecho es interesante de destacar porque, pese a que fue un proyecto geopolítico de naturaleza efímera (1819-1831), debe otorgársele un lugar importante en nuestra memoria colectiva, y ello por más de una razón. En

primer lugar, fue la concreción del ideal bolivariano, o lo más cercano a ello. En segundo porque reunió a Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela en una república donde se consolidaron sus independencias y se empezó a crear la institucionalidad política sobre la que funcionan las actuales repúblicas. Aquello fue un experimento, pero de enorme alcance para la época. Como he sostenido en alguna otra ocasión, Bolívar soñaba con hacer una sola gran nación con las naciones que iba liberando del yugo español, y aunque hoy vemos la enorme dificultad que entraña el gobierno de países tan extensos, problemas apenas solventado por unos federalismos que desconcentran la administración pública, pero que no tienen las competencias para hacer todo lo que la gobernanza eficiente implica, tenemos tanto en común que una unión latinoamericana, por lo menos como mercado común, habría, barrunto, ayudado a la creación de mayor riqueza en la región.

En cuanto a lo que implicó para la región, creo firmemente que la batalla del Pichincha significó un impulso espiritual invaluable para los independentismos, territorios que estaban guerreando con los españoles leales al monarca en todo el continente vieron en la batalla del Pichincha el ejemplo a seguir, la inspiración para no desfallecer, el modelo a imitar y la ayuda militar que necesitaban. La derrota del Ejército realista fue de un simbolismo fundamental para la lucha por la independencia de todos los países de la región, pues envió el mensaje de que la Corona, con toda su parafernalia colonialista y el tan decisivo apoyo del Papado, no era invencible. Ahí está la principal razón para haberlo establecido como un hito histórico que doscientos años después sigue estimulando la imaginación y llenando de orgullo a quienes sentimos a la patria como una par-

te indistinguible de nosotros mismos, pues el ser de este sitio del mundo nos ha hecho lo que somos.

Al finalizar este texto, me gustaría señalar que la historia es, probablemente, la ciencia más apasionante de todas las que hay, sociales y puras, pues está hecha de las vivencias de la gente, de sus vidas, de sus fortunios e infortunios. La de la gente de este tiempo, nosotros mismos, se está escribiendo ahora, está plagada de redes sociales y noticias falsas, pero un día, mucho más adelante, alguien nos analizará con sentido crítico, como hacemos nosotros con aquellos. Hago votos por más historia en la educación formal de nuestra patria, pero historia contada por gente que la conoce y la disfruta. Es fundamental que se entienda en estos tiempos de redes sociales que copan el tiempo de las nuevas generaciones (y no tan nuevas), que la responsabilidad cívica de los próceres fue lo que nos hizo una nación libre y soberana.

Batalla de Pichincha, un sueño de libertad

“Recordar la historia es volver a vivir, no para ser revolucionarios y destruir gobiernos, sino para luchar inteligentemente, con acciones honestas y éticas, no solamente para beneficiar nuestros intereses personales sino también para velar por el futuro de la sociedad, que como lo vimos en este artículo, las buenas acciones serán recordadas así hayan pasado 200 años”



Enrique Vallejos

- *Como recordamos la historia, en la batalla no solamente lucharon quiteños, sino que se unieron personas de muchas nacionalidades por un fuerte ideal.*

Como parte de la enseñanza desde temprana edad es la Historia, la cual muchas veces es poco apreciada por los estudiantes y ciudadanos, sin saber que ciertas fechas han marcado acontecimientos históricos que deben ser recordados y deben ser parte de nuestra Cultura. En el presente ensayo se resume brevemente los hechos más destacables de la Batalla de Pichincha y se expone las razones por las cuales deben ser de importancia en nuestra vida académica y social.

La Batalla de Pichincha ocurrió el 24 de mayo de 1822, cumpliéndose 200 años de tal hecho heroico, al mando del Mariscal Antonio José de Sucre, se llevó a cabo en las faldas del Pichincha en participación de batallones de la Gran Colombia y de la Real Audiencia de Quito para luchar por la independencia y soberanía ecuatoriana.

Sueño de libertad

Todo inició del sueño de libertad de una nación sometida a las abusivas tropas españolas. Los personajes más destacados de esta revolución fueron Abdón Calderón, Simón Bolívar, Andrés de Santa Cruz, respaldados por un ejército de más de 2900 solda-



Monumento a los Héroes Desconocidos del Pichincha

dos, entre guayaquileños, cuencanos, argentinos, chilenos, colombianos y peruanos, quienes sacrificaron sus vidas desde 1809 en continuos actos valientes por defender su ideal.

Como consecuencia de esta batalla lograron que las tropas españolas entreguen sus armas, queden inestables y vulnerables, alcanzando así la independencia de la actual República del Ecuador, con estrategias militares bien planificadas, las cuales fueron la base para la posterior independencia de los demás territorios de América del Sur.

La victoria de Pichincha no fue fácil, luego de la liberación de Guayaquil, el 9 de octubre de 1820, el país entra en una profunda refundación de su identidad y tras dos intentos fallidos por liberarse de la opresión española, se produce dos años después la Gran Batalla en las faldas del volcán Pichincha, las tropas avanzaron silenciosamente buscando la mejor ubicación para el ataque y estratégicamente lograron vencer al enemigo.

Otras batallas importantes

Es importante mencionar que antes de la Batalla de Pichincha (24 de mayo de 1822), lograron victoria en la Batalla de Riobamba (21 de abril de 1822), y después alcanzaron victoria en la Batalla de Ibarra (17 de julio de 1823).

En las ciudades del Ecuador existen monumentos alusivos a las batallas que se dieron lugar para revivir los tiempos de independencia. En la ladera del monte Pichincha en donde tuvo lugar el combate, se levantó en 1922 (100 años después) un obelisco conmemorativo de la Batalla. El Obelisco, ubicado en un paraje andino a 3000 metros de altura, recuerda los nombres de los soldados patriotas y también tiene una placa dedicada al valor del soldado español. En el Centro Histórico, se levanta el Monumento a los Héroes Desconocidos del Pichincha, una columna con un cóndor de bronce, en el paseo “24 de Mayo” construido también al pie de la montaña. (Guamán, 2016).



Mural de Eduardo Kingman en la Cima de la Libertad



Museo Templo de la Libertad

Una de las actividades que incluyen en las agendas de las Alcaldías de Quito de todos los años, ha sido celebrar el aniversario de la Batalla de Pichincha, para que los ciudadanos de esta provincia mantengan viva en sus mentes estas fechas memorables y sean embajadores de las simbólicas obras creadas para enaltecer a los héroes quienes nos dieron la libertad.

Recordar la historia es volver a vivir

De esta historia podemos recalcar la valentía de sus participantes en busca de un ideal sólido de libertad para su población, que con persistencia lograron la tan anhelada victoria.

Con estos sucesos, se evidencia que con cada batalla se iban sumando victorias y los territorios poco a poco se iban liberando de la opresión. Las victorias no se dan de la noche a la mañana, sino que requieren planificación, estrategias y pensar en grande, saber levantarse después de cada derrota y aprender de los intentos fallidos, es lo que nos fortalece y nos acerca más al éxito.

Para los ciudadanos estas fechas históricas deben mantener nuestros ideales de superación y recordar con alegría que somos libres; y para los gobiernos deben comprometerlos a trabajar en la defensa y fortalecimiento de la democracia y unidad de los pueblos ecuatorianos.

Como recordamos la historia, en la batalla no solamente lucharon quiteños, sino que se unieron personas de muchas nacionalidades por un fuerte ideal, y eso va más allá de la discriminación, y es alentador observar como en la actualidad, tanto en nuestra vida académica como en nuestra vida laboral, diferentes clases sociales y raciales forman parte de nuestros grupos de trabajo, quienes aportan ideas valiosas para alcanzar objetivos en común.

Recordar la historia es volver a vivir, no para ser revolucionarios y destruir gobiernos, sino para luchar inteligentemente, con acciones honestas y éticas, no solamente para beneficiar nuestros intereses personales sino también para velar por el futuro de la sociedad, que como lo vimos en este artículo, las buenas acciones serán recordadas así hayan pasado 200 años.

Referencias

Centro de Inteligencia Estratégica. (2021). Obtenido de <https://www.cies.gob.ec/24demayo>

Instituto Metropolitano de Patrimonio. (2021). Obtenido de <http://www.patrimonio.quito.gob.ec/?p=7252#:~:text=El%20Municipio%20de%20Quito%2C%20a,sociales%20del%20Municipio%20de%20Quito.>

TeleSurTV. (2021). Obtenido de <https://www.telesurtv.net/news/batalla-pichincha-bolivar-sucre-ecuador-independencia-20180523-0065.html>

De la indignidad a la dignidad

“La independencia política del Ecuador se selló con la batalla de Ibarra el 17 de julio de 1823. El General Simón Bolívar, genio del arte militar aplastó al Ejército Real comandado por el coronel Agustín Agualongo. Es ciertamente lamentable que no se dé a esta batalla la importancia que se merece y pase inadvertida”



Miguel Vega Beltrán

La Batalla del 24 de Mayo de 1822 y la Batalla del 17 de Julio de 1823 constituyen la coronación de otros tantos intentos fallidos encaminados a liberarse del yugo español.

Es cierto que hay que situarse en los tiempos, pero sinceramente cuesta comprender cómo nuestros antepasados vivieron sometidos a una vida inhumana y brutal por más de 300 años, mientras duró la colonia. Nuestros hermanos indígenas recibieron un trato nada acorde con su condición de seres humanos.

En realidad, existieron motivos suficientes para un legítimo levantamiento encauzado a reclamar con altivez sus derechos conculcados.

No faltaron quienes pusieron en tela de duda que los naturales tengan alma, otros afirmaban que no eran seres humanos, eran tratados como animales, utilizados y explotados. Se les obligaba a trabajar en los obrajes sin límite de tiempo, mal remunerados y mal alimentados. Muchos perdieron sus vidas en los trabajos forzados de las mitas o minas.

Sus derechos a vivir con dignidad, a pensar y expresarse con libertad eran violados a diestro y siniestro. Vivían en una situación de esclavitud.

El General José María Urbina presidente de la República del Ecuador durante el período 1851 a 1856 abolió por fin la degradante esclavitud.

No se puede tapar el sol con un dedo, puesto que tanto los indígenas como los afros han ocupado todo un siempre la última rueda del coche.

El sistema de encomiendas era otro pretexto para cometer toda clase de abusos e imposiciones de parte de los encomenderos.

El P. Bartolomé de las Casas fue también encomendero hasta que ingresó a la orden de los predicadores, de presbítero diocesano pasó a ser presbítero regular o religioso. Fray Bartolomé de las Casas O.P. escribió dos obras polémicas: “Brevisísima relación de la destrucción de las indias” y la “Historia general de las Indias” en las que narra con lujo de detalles las barbaridades cometidas por los encomenderos que se creían dueños de los indígenas a su cargo y que podían venderlos y comprarlos a discreción cual mercancías.

Las Casas O.P. se valió de estas obras para poner el grito en el cielo y denunciar con coraje y valentía la violencia y tiranía de los conquistadores.

Realizó varios viajes a España en orden a alcanzar medidas favorables a los indios y, desde luego, que logró que se produzcan cambios sustanciales en la reforma del sistema de encomiendas. Razón por la cual el P. Bartolomé de las Casas O.P. con mucha justicia ha pasado a la posteridad como “el protector de los nativos” estas denuncias como era de esperarse le trajeron inquina y aborrecimiento de parte de sus paisanos españoles.

Sin embargo, en homenaje a la justicia de la “madre-patria” hemos heredado la fe, el idioma y algunas técnicas adelantadas de trabajo.

El principal inspirador de la independencia en América fue indiscutiblemente Eugenio de Santa Cruz y Espejo, quiteño, de ra-



Eugenio Espejo

za india. Con sus escritos explosivos consiguió despertar la conciencia social e influyó poderosamente en el desarrollo de la revolución americana. Mantuvo siempre vivo su espíritu de superación; lector insaciable de obras

clásicas y poseyó una mente enciclopédica.

En la universidad de Santo Tomas de Aquino regentada por los dominicos obtuvo los títulos de Doctor en Medicina, en Derecho Civil y Canónico.

Por ser el fundador del periódico “Primicias de la Cultura de Quito” ha sido declarado pionero del periodismo ecuatoriano.

Debido a sus críticas mordaces y picantes tuvo varios problemas con las autoridades, llegando a apartarle del entorno social, le acusaron de conspirador contra el orden establecido. Desde entonces la persecución y los dardos fueron continuos hasta que fue detenido y murió en la cárcel como delincuente cuando apenas frisaba los 47 años de edad. Pero, los ideales revolucionarios de Espejo prosiguieron vivos y constituyeron un acicate para todos los que luchaban por la misma causa libertaria.

Con la luz de la libertad encendida por Espejo, el 10 de agosto de 1809 se dio en Quito el Primer Grito de la independencia en América. Quito dio ejemplo para que otros países de Hispanoamérica despertaran y se decidieran a sacudirse de la opresión

española. Quito se bañó de gloria y patentó ante el mundo el glorioso título de “Luz de América”.

El propósito último era derrocar el poder español.

La víspera del Primer Grito de la Independencia, la Junta Soberana conformada por connotados hombres públicos se reunió en la residencia de Manuela Cañizares y acordaron entregar un oficio al presidente de la Real Audiencia don Manuel Urriez dándole a conocer que quedaba cesado en sus funciones. Los valerosos próceres que integraron la Junta Suprema fueron a dar con su humanidad en la cárcel y luego inmolados el 02 de agosto de 1810.

Por fin el 24 de mayo de 1822 sonó el clarín de la victoria, el Mariscal Antonio José de Sucre, el lugarteniente más ilustre de Bolívar derrotó al ejército español comandado por el General Melchor Aymerich. Esta victoria solo nos trajo independencia política ¿y la independencia económica? ¿y la independencia cultural? Un buen sector de ecuatorianos vive solo con el bono de desarrollo



Antonio José de Sucre



Santo Domingo

“bono de la pobreza” e igualmente subsiste todavía un buen número de habitantes analfabetos, cuya fuerza laboral es fácilmente explotada por terratenientes y empresarios desaprensivos.

San Juan Pablo II cuando en 1985 visitó el Ecuador consciente de la realidad en la que se debate mucha gente pronunció estas

inspiradas frases que deberían ponerse en un marco: “que nadie se sienta tranquilo en este país mientras haya un niño sin escuela, una familia sin vivienda, un obrero sin trabajo, ancianos sin la debida atención y enfermos sin medicinas”.

Pero, al parecer estas áureas frases duermen el sueño del olvido, han transcurrido 37 largos años y la situación casi no ha cambiado.

La independencia política del Ecuador se selló con la batalla de Ibarra el 17 de julio de 1823. El General Simón Bolívar, genio del arte militar aplastó al Ejército Real comandado por el coronel Agustín Agualongo. Es ciertamente lamentable que no se dé a esta batalla la importancia que se merece y pase inadvertida.

¡Llor a todos los patriotas que se sacrificaron y ofrendaron sus vidas en favor de la independencia política de América!



EXTRAORDINARIA
XXIX
MARZO 2022



La CCE, sembrando la buena semilla de la patria

www.casadelacultura.gob.ec

